

Marta Simonet
OJOS COLOR LIMÓN
Una novela para volver al pueblo. (Y respirar)
SUMA



OJOS COLOR LIMÓN

Una novela para volver al pueblo. (Y respirar)

SUMA de letras

Marta Simonet

Ojos color limón



A nuestras queridas viejas, que llegaron
a ser niñas hace tiempo.
A todos esos pueblos que no se ven desde el avión.
Y, especialmente, a las personas que corren hacia el futuro
dejando el presente siempre para más adelante

Mañana es solo un adverbio de tiempo.

GRAHAM GREENE

Y, si fuego es lo que arde en los ojos de los jóvenes,
luz es lo que vemos en los ojos del anciano.

VICTOR HUGO

Dom., 1 oct.

Hace un rato, sentada en el escalón de la entrada de esta casa en la que voy a vivir, me he quedado embobada mirando unos cuantos aviones que ya iban altos y parecían quietos sostenidos en el aire. No tengo ni idea de qué aeropuerto habrán salido esos aviones que he visto pasar por aquí ni en qué ciudades llenas de gente habrán aterrizado, si es que lo han hecho ya. En la hora y algo que habré estado apoyada en la puerta mirando al cielo —no recuerdo cuándo fue la última vez que estuve tanto tiempo haciendo nada— antes de que se volviera naranja, liláceo, azul muy oscuro y totalmente negro, no ha pasado nadie por el camino de delante. Ni una persona. Ni un coche. Ni una moto. Ni un perro. Sí, he oído uno que, de vez en cuando, ladraba a lo lejos. Y el estornudo de alguien tras la persiana de la casa de al lado. Se ve que esa es una de las veintinueve que están habitadas en todo el pueblo. He pensado que desde allí arriba, desde las ventanas de esos aviones este pueblo no se distingue. No se ve. No aparece. Para toda esa gente es probable que esto no exista aun habiéndonos pasado por encima. ¿Por qué se iban a fijar en este pueblo deshecho? ¿Para qué vendría alguien aquí si no es a cambio de dinero? ¿A quién le puede importar este lugar que es casi como la espina de un pescado? A cuatro gatos. Está claro que de aquí se ha ido mucha más gente de la que ha llegado. Solo deben quedar raspas. Lo que ya nadie quiere. La descomposición del tiempo. Viejos cansados, casas arcaicas y restos. No ha pasado nada ni nadie desde que me he sentado a escribir. Lo hago, esto, practicar el *journaling*, con la intención de conseguir sacudirme el ansia de futuro. Si es que esto sirve para algo. Bueno, no sé. He empezado hoy y ya veré. Quizá sea una tontería. Pero ¿qué otra cosa puedo hacer aquí ahora mismo? Este ordenador desde el que escribo, abierto sobre la mesa, dentro de este

pueblo, me parece un marciano desnudo recién caído de un cielo verde. Qué raro me resulta todo en este lugar invisible. Yo, hasta hace unas semanas, tampoco tenía ni idea de la existencia de este pueblo. Vi el anuncio y tecleé el nombre en Google. Me salieron dos fotos de lejos donde se veían un puñado de casas blancas desconchadas rodeadas de montañas de pinos entre las que sobresalía un campanario amarillo. Todo arremolinado en dos dedos de pantalla. Puse al muñeco cabezón de Google Maps a andar y aparecí en una cuesta estrecha con casas a los lados que no puede estar muy lejos de donde ahora mismo me encuentro. Todo vacío. Como esta tarde. Ni una ventana abierta. Una hilera de fachadas de colores desteñidos, algún balcón del que colgaban macetas con plantas vivas. Una plaza con un único banco. El cielo de este pueblo se veía igual de azul en el mapa y la luz de las imágenes era amarilla y vibrante. Todo parecía quieto y sereno. Y sentí un pálpito. Volví a la página del anuncio y rellené (sin pensar mucho, como casi todo lo que hago en mi vida) el formulario de solicitud de acceso al programa de repoblación de la Generalitat Valenciana. Unas semanas después, aquí estoy. Incluso a mí me parece surrealista que esté haciendo esto. Me resuena en la cabeza lo que siempre me dice Paula, que estoy como una cabra. Le doy la razón. La última vez que me lo ha recordado ha sido esta mañana al acompañarme a la estación:

—A ver si te centras de una vez, que tenemos casi cuarenta castañas. Estás como una cabra, amiga. Irte a ese pueblo, pero si no hay nada.

—Te quiero, señora.

—Y yo. —Me ha dado dos toques en la pierna para que saliera del coche—. Venga, que no voy a llegar al despacho.

He subido al bus a las 10:45 en la Estación Sur de Autobuses de Madrid con mi maleta grande de ruedas y una bolsa de mano donde traía algunos de mis libros de recetas de masas y el portátil en el que escribo esto. He llegado con el Alsa a la Estación de Autobuses de Alicante cinco horas y veinte minutos después. Como un vuelo a Moscú, pero recorriendo muchos menos kilómetros y por carretera. Miraba cómo iba pasando el paisaje borroso y espídico tras la

ventanilla. Al llegar a la estación, he ido a hacer pis y me he pedido un bocadillo vegetal. Tristísimo. Lo he masticado como si fuera un chicle y me lo he tragado. Con el hambre que traía no estaba yo para quejarme del pan. Al cabo de veinte minutos ha venido a buscarme, en una Renault Kangoo gris tal y como me dijo, Julio Peralta, el responsable del programa de repoblación.

—¿Clara?

—Sí, soy yo —le he dicho también con los ojos.

—Soy Julio Peralta, responsable de…

—Ya imagino —le he cortado, nos hemos reído. Me ha sorprendido oírle reír.

—Tenía ganas de ponerte cara después de tantas entrevistas telefónicas. —Me ha cogido la maleta grande y la ha metido en el maletero al lado de un montón de briks de leche.

—¿Ah, sí?, pues tengo esta. —Me he puesto las dos manos enmarcando la barbilla para no sonar demasiado borde; después de escucharle en las entrevistas hacerme algunos comentarios insensibles y algo retrógrados ya sé que no es el tipo de persona con la que suelo llevarme bien. Así que he hecho esfuerzos por parecer lo contrario—. La misma que la de la foto que envié en el formulario, ¿no?

Pienso que qué importa la cara que tenga yo para ir a un pueblo al que casi nadie quiere ir ni aunque le paguen. Yo nunca hubiese venido a un sitio como este a vivir. Estoy aquí por lo que estoy, porque ya es imposible vivir donde siempre. Aunque reconozco que podía sentir cierta ilusión (el estímulo de llegar a un sitio nuevo), pero ha sido poner un pie aquí, verme aquí, y se han esfumado por completo las chiribitas del estómago. La idea idílica que me había dibujado de un destino como este no tiene nada que ver, ahora que lo he pisado con los dos pies y no solo con la cabeza. Otro de mis grandes errores es pintar escenarios futuros. Soy especialista en imaginarme cosas que puede que nunca sean. En fin, aquí estoy. Yo, que siempre he vivido en lugares llenos de luces, supermercados, personas, metro y actividad a cualquier hora. Aquí, en la nada. La pura verdad es que he venido porque me pagan. Solo por eso. Me pagan por estar aquí, no es un decir. Si no, es probable que, a pesar de la desesperación, no me

hubiese atrevido a esta locura. ¿Quién va a querer vivir en un sitio como este? No creo que haya tenido mucha competencia en el proceso de selección. ¿Cuántas personas debimos enviar la solicitud? ¿Diez? ¿Doce? ¿Tres? ¿Importa la cara para tener buenas ideas? La cara de Peralta es redonda, tiene las cejas anchas y oscuras. En comparación con el resto del pelo las cejas parecen de alguien más joven. La nariz descansa grande sobre un bigote corto y el pelo blanco le cae a un lado de la frente, a excepción de dos remolinos castaños sobre las orejas.

—Sí, sí. Se te reconoce rápido —me ha dicho.

—¿Por el pelo?

—Claro. No hay muchas pelirrojas por aquí.

—Ya. No hay muchas en ninguna parte. —He cerrado la puerta del coche, él también estaba dentro. Parecía que no había marcha atrás.

Me lo esperaba diferente. Igual de áspero, pero más…, no sé, más trajeado, con una carpeta rancia bajo el brazo y un boli en la solapa. Fumando Marlboro mientras me esperaba en la puerta de la estación con unos zapatos relucientes. Mirando el reloj grande de su muñeca que le señala cuántas horas le quedan para jubilarse. Así me había sonado por teléfono, pero en esta primera impresión me ha hecho dudar sobre el tipo de persona que es. Si lo veo por ahí y no sé que es Julio Peralta de segundo apellido Responsable-del-programa-de-repoblación, le hubiese contestado sin filtro. Reconozco que últimamente no estoy para aguantar a nadie. A veces tampoco a alguien que se comporta con falsa amabilidad. Así que he intentado sonar mejor de lo que me ha pedido el cuerpo.

—Bueno, pues vamos para el pueblo —ha balbuceado mientras se pasaba el cinturón de seguridad por encima de su barriga abombada —. ¿Te sueles marear?

—Si bebo mucho —le he soltado socarrona. Me ha saltado la notificación de *mindfulness* del reloj para que respire. He respirado una vez. Ha vibrado y se ha dibujado una esfera azul que ha crecido y crecido para que mi respiración sea profunda. La he parado, no tenía tiempo. No era el momento.

Después de una hora y media de trayecto en coche sin atascos, con

él hablando sin parar sobre el Valencia de fútbol, el canto del pájaro jilguero —«Hay muchos por esta zona, a ver si escuchamos alguno»—, que si tiene dos hijos y una mujer con la que empezó a salir a los diecisiete años —«Y, hasta hoy, no la cambio por nada»—, la radio sonando entrecortada por detrás de su voz grave y cantarina y lo que me han parecido siete millones de curvas enroscadas como serpientes, hemos llegado por fin al pueblo. Me ha puesto la cabeza como un bombo. Yo solo necesito parar. Nunca había tenido tantas ganas de llegar a una casa extraña. Soltar las maletas. Decirle a este señor que se vaya, que no lo quiero oír más, que no me importa en absoluto su vida ni la de este pueblo. Que he venido porque tengo los gastos pagados. «Mire, señor, yo lo que quiero es que este programa me mantenga. Estar tranquila de una vez. Eso es lo que he venido a hacer». Pero en lugar de ser absurdamente sincera he estado asintiendo un rato más mientras bajábamos mi equipaje, me abría la puerta de esta casa, me daba las llaves —«Aquí tienes, son tuyas»— y encendía el interruptor de la luz, lo volvía a apagar y lo encendía de nuevo unas cuantas veces más con sus dedos gruesos.

—Vaya, parece que no va la luz.

—Ya veo —he seguido asintiendo.

—Es raro porque la semana pasada estuve yo mismo comprobando el suministro y no vi ningún problema. —Ha ido a otro interruptor, lo ha aplastado con sus dedos. No se ha encendido nada—. Será una tontería. Ya sabes, no te puedes fiar de estas casas viejas. —Lo ha dicho como si las casas estuvieran vivas. Como si se portaran mal las viejas chochas y hubiera que reñirlas porque se les estropean algunas cosas pasados los años, abandonadas como están. Seguro que es el típico que le habla al coche cuando no se le enciende el motor, «Vamos, querido, arranca, por favor. No me hagas esto», y espera que todo se enderece por arte de magia.

—No te preocupes —le he dicho mientras la cabeza me bombardeaba: «¿No hay luz ni puedo enchufar el móvil ni internet, ni encender el horno?»; me he reído de una forma sarcástica que él no ha notado—, creo que en este pueblo me iré a dormir pronto. Para tener los ojos cerrados no necesito ver nada.

—No, mujer. Ahora avisaré a Vicente para que venga mañana y mire a ver qué pasa.

—¿De dónde tiene que venir?

—De una de las casas de la plaza, un poco más arriba.

—Ah, ¿vive aquí el electricista? —Pensaba que tenía que venir desde Madrid, Valencia o Moscú y atravesar esa carretera de curvas de serpiente y que por eso me quedaba sin corriente hasta mañana.

—Sí. No. No es electricista, pero sabrá arreglarlo.

—No te preocupes, todavía es de día —solo quería que se fuera, que me dejara sola y en silencio—, dejaré la puerta abierta, abriré también las ventanas y me bastará la luz que entra todavía para sacar de la maleta lo que me hace falta para esta noche. No tardaré en irme a dormir —le he mentido.

Eran las seis de la tarde, pero estaba dispuesta a meterme en la cama en ese mismo momento y hacerme la dormida con tal de dejar de escuchar la voz de contrafagot del señor Peralta sonando sin descanso, con esa parsimonia de sueldo seguro y empatía nula. Se le ha notado que no le importaba mucho todo esto. Eso me ha parecido. Ya me daba la impresión por teléfono. De hecho, no sé ni si debe haber venido a comprobar en algún momento si aquí había luz, como me ha dicho. Tiene una actitud como de cumplir y ya. Es su trabajo. Un trabajo que parece no nacer de una pasión. Quizá mi problema ha sido siempre lo contrario y así he acabado, claro. Quemada como la cabeza de una cerilla. Ya me imaginaba que esto no sería como irme a una casa rural de sábanas con olor a lavanda y toallas dobladas simulando un cisne, pero tampoco esto. Pulsar el interruptor y que se encienda la luz. Tampoco pido tanto, ¿no? Pues se ve que sí. Aquí estoy, completamente a oscuras, con la pantalla del ordenador alumbrándome la cara mientras practico por primera vez el *journaling*. Así lo llaman los que saben. Si digo que estoy escribiendo un diario, suena a persona de quince años. *Journaling* es casi lo mismo, pero con un significado más seductor, como tantas otras cosas que suenan mejor si se dicen fuera de casa. Desde que leí, no recuerdo dónde, que practicar el *journaling* reduce el estrés, fomenta el autoconocimiento y ayuda a estar en el presente, quería empezar a hacerlo, pero nunca he

encontrado el momento. O nunca lo encontraba. No hay tiempo. Siempre el mismo problema. No queda tiempo. Pero venir aquí y encontrarme con este percal ha sido algo así como el lunes que realmente necesitaba para empezar. Sin corriente, sin internet y sin saber muy bien lo que en realidad me espera. Todavía no he visto nada del pueblo en carne y hueso, esta casa es de las primeras al entrar por el camino desde la carretera. Sé dónde está el baño. Los interruptores de la luz que no funcionan. Dos de las tres habitaciones que tiene y la puerta de la cocina. Del armario del primer cuarto he sacado hace un rato una manta pesada de color marrón con olor a huevo hervido. La humedad huele como a comida vieja, ¿no? La he estirado en el sofá, le he dado algunos golpes y será allí donde duerma hoy, sobre el terciopelo granate de los cojines gastados. Tiene razón Paula, probablemente este es uno de los planes más surrealistas a los que me he lanzado en mucho tiempo. Pero ¿qué futuro hay en las ciudades? No puedo más. Es que no lo sé. Me encantan las ciudades, pero estoy agotada. El ritmo que hay que seguir me lleva al límite. No sé si soy yo la que lo hace mal por no poder más o es el mundo. Lo fácil es echarle la culpa al mundo, ¿no? Bueno, no sé. Me da vértigo pensar en cómo se están poniendo las cosas para vivir donde está la gente. ¿Por qué todos queremos vivir en los mismos sitios? Eso hace que algunos, con la presión de los cuerpos apelotonados en los mismos espacios y las consecuencias que eso conlleva, tengamos que irnos antes de explotar. Yo he alcanzado mi límite. De verdad, estoy saturada de no llegar nunca a todo lo que se supone que tengo que llegar. ¿Quién impone estos ritmos? ¿Cómo se puede? A ver aquí qué tal. Es una decisión radical, pero es la que se me ha presentado. Y espero aguantar. No tengo suficiente dinero ahorrado como para pagar la penalización si me voy antes de tiempo. Así que más me vale quedarme aquí, pase lo que pase, como mínimo durante los próximos treinta días según el contrato que he firmado. A partir de ese momento la penalización económica sería algo menor, quizá podría afrontarla, pero ¿adónde volver si lo he dejado todo? Las circunstancias a veces empujan al atrevimiento. No sé. Quizá estoy como una cabra, sí.

He ido un momento a la cocina —es alargada como un perro salchicha, no he visto mucho más con la luz que queda ya— a buscar un vaso de agua. Había una caja de cartón con varios vasos de cristal sobre la mesa. Sabe a polvo esta agua. Pensaba apuntar aquí, mientras vaciaba el vaso en mi garganta, cuánto me impresiona que no se escuche nada. Nada. Algún animal que no reconozco. Y a un perro que ladra de vez en cuando a lo lejos. En el silencio absoluto pienso que este pueblo está tan quieto que parece que esté muerto. Me escucho respirar ahora mismo. El teclado del ordenador apenas suena. Puede parecer que exagero, pero creo que incluso oigo ligeramente el golpe de mis latidos. Un poco acelerados, por cierto. Como el corazón de un pájaro que se levanta del suelo y vuela a otro árbol. Nunca había sentido un silencio así, está vacío, un paréntesis entre el que no hay nada. Impresiona no escuchar ni una voz gritar en la calle o a un vecino arrastrando las zapatillas sobre mi cabeza. Alguien que da un portazo al bajar a sacar la basura. Un camión que tira vidrio. El resoplido de un autobús de la EMT al abrir las puertas. Un niño que llora… No sé, algo. Gente. Me choca pensar que esta mañana estaba rodeada del bullicio mientras bajaba a Méndez Álvaro y ahora estoy aquí siendo «la única persona que entra en el programa de repoblación», según me ha dicho Julio en una de las curvas. ¿La verdad?, no tengo muy claro por qué me han elegido a mí. No sé qué habrán visto. ¿Se me habrá notado la desesperación? ¿Una cara bonita? No, no me había visto más que en esa foto de carnet en la que salgo con dos platos en los ojos. ¿Una mujer fértil? Tal vez eso tenga muchos puntos en un sitio como este. Bueno, no sé. Solo llevo unas horas en esto y ya he tenido la tentación de escapar. Quiero hacerlo, pero no quiero a la vez. Al llegar, no he sentido alivio y eso es lo que esperaba: una descompresión completa. Ha sido más bien como una sensación de rechazo, una arcada de la cabeza. Pienso que es verdad que parece que la vida solo exista en las ciudades. Creo que es el movimiento constante en sus calles lo que las hace tan vigorosas, tan vivas. Parecen mucho más felices las calles que están llenas. Qué confuso todo. Durante los últimos dos años la ciudad me ha quitado más vida de la que me ha dado. Ya no me sienta como siempre. La

ciudad se me clava como una pajita enorme metida hasta la barriga y me sorbe por dentro hasta hacerme sentir casi hueca. Me quita rayitas de energía como a un teléfono sin cargador. Por cierto, tengo que enchufar este ordenador. No puedo. No recordaba que no hay corriente. Es esa sensación de descarga por lo que me apunté a este programa. Todo el día enganchada al ritmo frenético de las calles, gente, gente, gente por todas partes, estrés, prisas, metas absurdas, ruido, rueda de hámster, ganar dinero, gastar dinero, FOMO, FOMO, FOMO, no hay tiempo, despertador, ordenador, comer, mandar unos wasaps, beber, hacer *scroll*, no quedar con nadie porque nadie tiene tiempo para vivir, porque nos consumen el trabajo y las pantallas, el éxito borroso detrás del que corremos todos. Producir, producir, producir. Entretenernos para no pensar. Atarnos a una serie. No darnos cuenta de nada. Dormir escuchando un pódcast y vuelta a empezar. No dejar hueco. Me apunté al programa porque quería salir de ahí. No soporto más el mundo. No lo soporto. Esto es. Cada vez que me venga a la cabeza la ligera intención de irme de aquí antes de tiempo, de escapar de este pueblo que parece estar en pausa, tengo que pensar en esa sensación que me provoca la exigencia del mundo que existe ahí fuera. Es imposible seguir pagando mil trescientos euros de alquiler, tener la nevera llena, cumplir con los gastos fijos de adulta funcional autónoma y que, además de eso, me sobre tiempo para vivir. La gota que colmó el vaso fue lo del casero. Eso está claro. Me dijo hace un mes que no me renovaba el contrato. Y pensé que no me quedaba otra. Irme a un pueblo. Y derrumbar, con esta decisión, el insoportable mundo que me he construido: trabajar de autónoma para varias empresas, prepararme un táper para comer en el *coworking*, emborracharme con dos vinos algún día de vuelta a casa, hacerme un revuelto de champiñones en la sartén al llegar y volver a levantarme al día siguiente viva. A lo que ahora tenía que sumar el abismo de volver a buscar piso en un Madrid imposible. ¿Para qué? Este panorama a mi edad. Busca ahora un alquiler decente en Madrid por ese precio que no sea un bajo, con suerte con una ventana que da a la calle por la que entra un rayo mínimo de luz, el pis de los perros y también alguna colilla pisada. A veces tengo la duda de si hay

personas a mi alrededor que se han emparejado por la necesidad de tener a alguien con quien pagar el alquiler a una edad en la que compartir piso ya es una catástrofe. Yo, con treinta y siete castañas —como dice mi amiga Paula—, tampoco tengo ganas de estar compartimentando la nevera o tener que dejar de salir en pelotas a beber agua en mitad de la noche por si me cruzo con mi hipotético compañero de piso. Eso ya lo hice cuando estuve viviendo en Londres, un primero enmoquetado al lado de la estación de metro de Camden. Había tres habitaciones y éramos cinco. Uno de los dos sofás cama del salón era mi habitación. Metro y medio de espacio propio sin paredes. Al lado de mi sofá, el sofá cama en el que dormía una francesa con la que solo hablé una vez. De los veinte a los treinta y pocos, cambié de país, de piso y de cama un montón de veces. Me buscaba la vida para conocer ciudades y sentir el bullicio, estar en el meollo. No perderme nada. Hice de *au pair* en París, me fui de voluntaria a Ciudad de México, trabajé por un intercambio de idiomas en Nueva York, cogí una plaza vacante para una hispana en una agencia en Osaka durante tres meses en los que dormí en un piso que parecía el camarote de un barco con la diferencia de que el suelo solo se movía cuando había terremotos. En esos tres meses, ocurrió dos veces. Una ni la noté, me enteré por lo que vi en las imágenes que salían en las pantallas de la estación del *shinkansen*. Y la otra fue un día antes de irme ya de vuelta para Madrid. Es una sensación rara cuando el suelo tiembla.

He parado de escribir porque he escuchado un ruido. Es la lluvia. He colocado un cubo de basura en medio del salón. Lo primero que he encontrado. Está entrando agua en esta casa por el tejado. La gota que cae dentro del cubo hace un sonido metálico y constante que parece la aguja de un segundero. Tic, tic, tic. Primera noche que voy a pasar en este pueblo y no tengo electricidad, llueve a mares y hay por lo menos una gotera que está llenando el cubo a una velocidad relativa. No sé muy bien qué hago aquí, pero imagino que es mejor este plan con todos los gastos pagados y un sueldo de dos mil euros si cumplo lo del programa de repoblación que seguir en Madrid mientras el estilo de vida, la inercia, mis metas desdibujadas o no sé muy bien el qué me sorbe hasta los intestinos. Ya no se puede vivir en las ciudades, en las

ciudades solo es posible sobrevivir. Veremos si en este pueblo lo consigo.

Lun., 2 oct.

Esta mañana me he pegado un susto de muerte. Cuando me he levantado del sofá y he ido hacia el baño, me he topado con un señor de traje azul eléctrico y una camisa de rayas gruesas abotonada hasta el cuello subido a una escalera en mitad del pasillo. Dentro de esta casa. Me estaba dando la vuelta para salir corriendo cuando ha dicho con una voz rugosa: «¿Qué tal, *xiqueta*?». Me estaba mirando con los ojos achinados y un palillo sobre los labios de entre los que ha continuado con un «Te he visto durmiendo tan a gusto que no te he querido despertar».

—Ah, mmm, ¿llevas mucho tiempo aquí? —No he sabido qué decirle, «¿Me vas a matar?».

—Una media hora o así —ha continuado—, esto ya está casi listo.

—Ah, bien. —He seguido sin entender la situación, pero ese viejo no parecía un asesino.

—Sí. Nada, se había bajado un diferensial porque debió de pegar un petardazo. —Mi cara ha debido de ser un poema. No ha dicho «diferencial», sino «diferensial»—. Y por eso no dejaba pasar la electrisidad de las placas solares, ¿sabes? Era por eso. No tenías luz por ese motivo. Pero ya está solucionado.

—Ah, gracias. —Ha debido de pensar que soy extranjera y no sé hablar. No he articulado más de dos palabras, iba en bragas y camiseta y me hacía pis.

—Y lo de la gotera —ha dicho señalando al sitio en el que ayer puse el cubo que ya no está—, he visto eso ahí y te la he tapado con un poco de masilla, aguantará si no llueve mucho. —Ha sonreído hasta las orejas, que, por cierto, son enormes, aunque pegadas, mientras recogía algunos cables.

He supuesto que debía de ser Vicente, el electricista que no es

electricista. Un señor de cara mullida, sin pinta de atracador ni de ladrón ni de okupa, ¿habrá carteristas en este pueblo? No creo. No me imagino a un carterista de ochenta años corriendo por una de estas cuestas después de quitarme el móvil del bolsillo trasero del pantalón.

—Entonces ¿ya va la luz? —le he preguntado efusivamente cuando me he acordado de que tenía el móvil apagado—. Necesito cargar el móvil y el ordenador. Todo.

—Prueba a enchufarlo, entonses. —No ha dicho «entonces», sino «entonses».

—Hacía que no se me quedaba sin batería, no sé, puede que desde que lo compré —he intentado seguir con normalidad pasando por alto lo raro que me parecía que un señor que no conocía entrara sin avisar a esta casa en la que vivo y yo no llevase pantalones. Menuda forma de empezar a socializar en este pueblo.

—¿Sabes qué habrá pasado, *xiqueta*? Estos días ha habido unas tormentas de relámpagos como yo no he visto en el pueblo. Sí. Y habrá descargado uno aquí y se debió de ir la luz, ¿sabes? Pero ya está. Nada que el Visente —lo ha dicho así— no solucione. Yo. Sí. —Ha soltado una carcajada mientras recogía la escalera y la llevaba a una habitación que hay al fondo del todo, después del comedor, y, por lo que he visto, es un trastero. Se ve que la escalera es mía y que Vicente conoce esta casa mucho más que yo. Si fue electricista, debe de llevar retirado desde hace al menos treinta años a juzgar por toda la piel doblada que le recubre la cara. Habla rápido, mucho, y repite las palabras. Es un poco raro, pero ágil sobre la escalera. Como si anduviera habitualmente con una escalera en cada pierna en vez de con bastones o con esos zapatos. Llevaba unas cangrejeras de piel con calcetines azules. La creatividad de las zonas agitadas de Madrid debe de beber de sitios como este. Si en lugar de un viejo en este pueblo fuera un joven en Malasaña pasaría por moderno. Siempre he pensado que los viejos de los pueblos pequeños eran más rígidos. Más dejados. Que iban todos redoblados. Con las manos retorcidas y el pelo hecho un gurruño. Tiesos y rancios. Hechos hacia dentro. No sé si me explico. Es que así es como suelen pintarlos en las pelis y en las novelas, pero debe de ser un estereotipo de manual. Este señor tiene

una coordinación y un control del espacio que parece que lleva bigotes como los gatos para calcular si le pasa el cuerpo por el marco de la puerta sin rozar con la escalera. Qué precisión. La primera persona que conozco aquí y creo que podría llevarme hasta bien, si hubiese llamado al timbre. Debe de haber timbre en esta casa, ¿o cómo se llama a la puerta? Nadie ha tocado por ahora.

—Así que tú eres Clara, ¿no? Clara. ¿La chica que viene a arreglar el pueblo? —ha dicho sacudiéndose los pantalones del traje mientras yo asentía con la cabeza con una timidez que no tengo. Parece que lo hace todo al revés. Primero entra aquí, mete las manos por dentro de la pared, se pasea como si esto fuera suyo y al final se presenta—. Pues yo soy Visente. —Me ha tendido la mano.

—Encantada, Vicente, me has dado la vida arreglando esto.

—El pueblo entero no lo sé arreglar, ¿sabes, *xiqueta*? —Ha hecho una montañita con la voz en la «e» cantando en acento valenciano—. Pero cuando algo se rompe sí. Eso sí.

—Ya veo. —No he entendido bien lo que quiere decir, él ha seguido.

—A ver si tú puedes.

—¿El qué? —Me he reído entre tímida y comprometida.

—Arreglar el pueblo.

—Ah, ya. —He sonreído mucho más de lo que debía.

—Llevo viviendo aquí más de setenta y sinco años. Todos los que tengo. Setenta y sinco. Todos. Sí.

—¿Tantos? No lo parece, no te mueves como alguien de setenta y cinco —he dicho bajito sin interrumpirle.

—Y me da pena que el pueblo no tenga arreglo. Me da pena.

—Ya —he añadido por decir algo, él ha seguido hablando.

—Tendrías que haber conocido esto cuando yo era niño. —No me puedo imaginar que detrás de toda esa piel haya existido un niño hace años. ¿Cómo es posible? El tiempo hace con los cuerpos lo mismo que los pulpos sobre las rocas. Se agarra a la piel mimetizándose con el espacio y no hay manera de reconocer qué ha disfrazado el tiempo y qué queda del niño que fue ahí debajo.

—Haré todo lo que pueda —le he dicho con los labios cerrados. ¿Cómo le voy a decir lo que de verdad pienso a un niño escondido en

un viejo?—. Me hace mucha ilusión estar aquí.

—La ilusión la tengo yo de que hayas llegado. Sí.

—Gracias, hombre —le he cortado, pero ha seguido, se le veían los ojos más grandes.

—Una *xiqueta* joven, con ganas, con alegría, con fuersa y con ideas. Eso es lo que hase falta aquí. Joven, sí. Y con ganas, sí —ha hablado repitiéndose, como si se lo explicara a sí mismo. Como si algunas palabras le hicieran eco y le dieran una confirmación. Asiente todo el rato convencido de todo. O convenciéndose de todo. Debe de ser porque el suelo vuelve a temblar a los setenta y cinco como lo hacía a los quince. ¿O por el contrario lo tiene ya todo tan claro que él mismo se da la razón? Ojalá sea eso. Ojalá la vejez, a cambio de tanto descalabro, traiga una claridad monumental.

—No soy tan joven, no te creas. —No he soportado verlo tan ilusionado.

—Anda, anda.

—¿Anda? Tengo casi cuarenta castañas, ya no soy ninguna niña. —Si lo digo yo y no Paula, me asusta un poco más.

—Castañas, dise. —Ha soltado una carcajada y el palillo le ha bailado en los labios—. ¿Casi cuarenta? Quién las cogiera, Clarita.

—¿Las castañas? —le he dicho graciosilla para cambiar de tema. Me ha gustado que me haya llamado Clarita. Ya podía irse, ¿no? La luz ya estaba arreglada.

—¿Y tienes hijos?

He enchufado por fin el móvil. He hecho como que había algo que me interesaba en la pantalla, que todavía estaba negra y mostraba una manzana reluciente en medio.

Me lo contaron una vez, que en los pueblos la gente entra a las casas sin llamar. Que se te planta un vecino en mitad del salón y nadie se sorprende. Se ve que en este pueblo las personas viven como si todo fuera comunitario: las plazas, los salones de las casas, la escalera del trastero, los árboles frutales del jardín, mi útero. Esta tarde ha entrado una señora al jardín de esta casa en la que vivo y se ha puesto a coger manzanas del árbol. Estaba yo sentada aquí donde tengo el ordenador

mientras intentaba enviarle a Paula una foto por WhatsApp. Y he escuchado la verja de la calle, que tiene un cencerro y suena cada vez que alguien la empuja. Aquí solo vivo yo. Quiero decir que esa verja solo da a esta casa. He levantado la cabeza del móvil y he visto a una señora con el pelo blanco y rizado arremolinado alrededor de la cara, con unas gafas de ver grandes y una bolsa de plástico enrollada en el brazo. Había abierto la verja y estaba con la mano redonda cogiendo manzanas. Cinco o seis son las que he visto. Me he quedado mirándola desde la ventana, a través de los visillos amarillentos que tiene este cristal que desde dentro veo todo, pero se supone que no me ven desde fuera. Parecía que me miraba mientras metía una manzana detrás de otra en la bolsa. Ella estaba con una cara sonriente pero seria, no sé explicarlo. Los ojos se le veían enormes detrás de los cristales de las gafas, con una mirada ácida y acusadora. Miraba hacia aquí y parecía que los ojos me apuntaban con el dedo. Me he acabado retirando de la ventana y al cabo de un rato he vuelto a escuchar el cencerro de la verja. Se había ido. No es que me haya molestado lo de las manzanas, si a mí las manzanas me dan igual. No quiero tener problemas con nadie. El árbol está cargado y ni siquiera es mío. Es de esta casa, de este pueblo. A mí lo que no me ha hecho ni pizca de gracia es que se me metiera en el jardín. No lo entiendo. El manitas esta mañana entra hasta casi la cocina y, un rato después, esta señora en el jardín, ¿pero de qué va la gente aquí? Son pocos, pero ¿se me van a pegar todos a mí? Porque entiendo que si hubiera confianza…, no sé. Pero no conozco a nadie aquí. Es que alucino. Espera, me ha saltado la notificación del reloj para que me levante. «Toca levantarte —pone—. Mantente dos minutos de pie y estarás más cerca de tu objetivo de estar de pie hoy». Me he levantado y vuelto a sentar para que se quite y ya. Sigo. Decía que ya he vivido en espacios tremendamente comunitarios todos los años que estuve recorriendo otras ciudades al irme de Madrid jovencita. Si me he venido a este pueblo es, entre otras cosas, para no compartir espacio con nadie. Además, la casa está cercada por un murito de piedra. Está delimitando mi espacio de una forma física, no hay ninguna duda. El próximo que lo sobrepase, saldré y se lo diré. «A ver, señora, anda que

no tiene pueblo vacío como para venir aquí debajo de mi ventana a coger manzanas, ¿es el único manzano del pueblo o qué? Eso que hay ahí —le diré señalando la verja— se llama puerta y de aquí para dentro —le diré señalando esta casa— se llama propiedad privada. Privada, sí». Es que a lo mejor los viejos piensan que pueden hacer lo que quieran, que ya se han pasado la pantalla. Lo he pensado más de una vez, que muchas señoras a partir de los setenta están asalvajadas. Como si las normas cívicas ya les dieran igual. En el Supercor del paseo Imperial, allí al lado de mi último piso en Madrid, se me ha colado más de una vez alguna vieja en la fila de la caja, como si tuviera prisa. ¿Prisa de qué si está en el ocaso de la vida, señora? ¿Prisa para llegar adónde? Espero no ser ese tipo de vieja cuando sea vieja. Si es que estoy viva cuando toque ser vieja. Espero moverme con pasos cortos, tomármelo todo con más calma. Tirarme horas en el supermercado eligiendo el mejor tomate, llegar a la caja y dejar que me adelanten por todas partes las jóvenes (o ya no tan jóvenes) que creen que no llegan a todo. «Pasa, pasa —les diré—. Si no tengo prisa. Pasa, guapa». Es que estoy cansada de ir corriendo a todas partes. De llenar siempre el tiempo de cosas por hacer y cosas que no tengo tiempo de hacer. No sé qué nos han metido en la cabeza que parece que solo se tiene éxito si estamos tremendamente ocupados. Si hacemos ver que no llegamos a todo. Si no llegamos a todo. Si acabamos el día exhaustas con una lista interminable de tareas que son como un *scroll* infinito, como esas webs agobiantes que nunca terminan. No soporto más este absurdo simulacro de éxito en el que vivimos. ¿El éxito no debería ser otra cosa? Tener un manzano exuberante en el jardín, por ejemplo. Y tener tiempo para salir a regarlo y quitar los hierbajos. Yo qué sé. Lo único que se me ocurre es que esa señora haya pensado que aquí no vive nadie. Algo muy poco probable porque tengo la persiana abierta. Por lo menos una. Y creo que me ha intuido tras el visillo. Es que parecía que me miraba con esos ojos afilados. Además, pongamos que no me ha visto, en los pueblos el tiempo pasa lentísimo, pero las noticias corren veloces. Cuando he salido a la tienda, porque hoy, al rato de irse Vicente y antes de que esta señora allanara el jardín, he ido a comprar algunas

cosas: yogures de fresa, leche semidesnatada, una cuña de queso, harina, miel, media docena de huevos, nueces, tres o cuatro cebollas… Bueno, qué más da, no voy a dejar escrita aquí toda la lista de la compra. Cuando iba hacia allí me he cruzado con tres señoras que hablaban sin parar cacareando alto como gallinas. Sus voces temblorosas de octogenarias hacían eco contra las casas blancas y las montañas verdes. Al ver que me acercaba —más que nada porque solo podía pasar por ese camino para llegar— se han callado y me han mirado dos, un codazo, las tres. Como si hubieran visto a una diosa del pop subiendo por la calle. Una diosa del pop con la que no simpatizan. Llevaban algunas bolsas. ¿Todavía dan bolsas aquí? Debían de volver de comprar de la tienda. La única que hay. LA TIENDA DE LA TÍA PEPA, lo pone bien grande con letras azules enroscadas en la fachada, por si fuera posible confundirse con otras tiendas. Pues debían de venir de allí, porque de dónde se puede volver si no con bolsas en este pueblo, de la iglesia o del cementerio no creo. Hay un bar, Bar Casa Pura —veo que las marcas personales aquí lo son todo y las mujeres parece que lideran los negocios—, pero estaba cerrado cuando he pasado por delante. O no lo abren o solo abren por las tardes. Han dejado las bolsas en el suelo.

—Hola, Clara —ha dicho seca la del codazo.

—Buenas. —No las he llamado por sus nombres porque no tengo ni idea de quiénes son, pero he sonreído y aunque he ralentizado un poco el paso no me he parado. Me ha sorprendido que sepan cómo me llamo.

—¿Qué? ¿A comprar un poquito? —Las otras dos calladas.

—Sí, habrá que comer. —He sonreído dubitativa y he seguido andando. He notado un peso en la espalda de lo que me cargaban sus miradas. He acelerado ligeramente el paso hasta que he entrado en la tienda como si escapara de un control de la Guardia Civil. No les tengo miedo, pero son la Guardia Civil, ¿no?

¿Cuánto saben de mí? ¿Quién les ha contado qué? Lo pienso ahora mientras escribo esto y me sudan un poco las manos. A lo mejor Peralta colgó una foto mía en el bar. Algo así como una ficha con mi

nombre y algunos detalles cotidianos como: «Está obsesionada con la elaboración de masas, pero no sabe cocinar nada tradicional; se alimenta básicamente de ensaladas, huevos, yogures, sándwiches y pizza casera. No come carne». «¿No come carne? Pues a ver si nos van a traer aquí a una que se nos desmaye un día que no esté el médico»; «¿Esta es la que tiene que salvar el pueblo?», se habrán dicho espantados. Y tal vez la ficha ahí colgada continúe con algunos datos más como: «Tiene treinta y siete años, soltera, sin hijos. Publicista. Va a vivir en la calle Salamanca, cerca del lavadero». Y un apunte en bolígrafo azul sobre el margen derecho del cartel, una línea torcida escrita a mano después de haberlo colgado: «Tenía gastada la tinta de color de la impresora de la oficina, pero es pelirroja». Imagino que Vicente no va al bar. En este pueblo creo que llama aún más la atención una mujer que a mi edad esté en esta situación que una pelirroja de metro setenta y cinco y ojos verdes. Aquí ya me hubiera casado y tendría hijos mayores, una casa —o dos— en propiedad en la que habría vivido mi abuela y, probablemente, la abuela de mi abuela. Mis hijos tendrían cerca de dieciocho años y estarían empezando una carrera con muchas salidas en alguna ciudad llena. Derecho, Económicas, Marketing o ADE. No volverían casi nunca. Tal vez en verano. Hasta que regresaran cada vez menos y menos y, pasados los años, se sentirían adoptados por Madrid, Barcelona o Londres. Tendrían hijos que su abuela apenas conocería, solo por teléfono y alguna Navidad. Es que es verdad. En Madrid he conocido a más personas de fuera que de Madrid. Se dice siempre, madrileños de verdad somos pocos. Pero es lo bueno que tiene Madrid, que acoge. Es un tópico, pero es así. Tanto acoge que a mí me ha echado. Eso va a pasar en muchos sitios. Ya verás, ya. Es como si las ciudades grandes tuvieran siempre los brazos abiertos. Nos arrejuntamos en el metro porque todos somos lo mismo, gente extraña yendo a sitios. Gente de sitios que llena las calles de las mismas ciudades. Aquí, en las calles de este pueblo, soy la única extraña. Voy a prepararme un yogur. Me ha saltado una notificación en el reloj para que registre la cena. Se me había olvidado.

Ya he vuelto. No sé por qué digo que ya he vuelto, como si esta raya blanca que parpadea sobre la pantalla del ordenador me estuviera esperando. «Estás como una cabra», diría Paula. A ver si después le escribo: la foto de esta mañana no se ha llegado a enviar, se queda pensando con el círculo cargando en mitad de la imagen y al final sale un mensaje de error. Pensaba, mientras le echaba la miel y las nueces al yogur, que me impacta imaginar que mucha de esa gente podría estar ahora caminando por estas calles vacías si no se hubieran ido. No digo específicamente en las calles de este pueblo. Quiero decir en muchos de los pueblos que se están quedando sin gente. O pueblos en los que, aunque todavía haya un censo más o menos normal, está envejecido. Leí, no recuerdo en qué medio digital, en los días que estuve haciendo las pruebas para esto, que el 40 por ciento de los pueblos de España están en riesgo de despoblación. Es como si unas manos gigantes hubieran cogido el mapa de este país, sosteniéndolo con dos dedos por las esquinas, y casi todo el mundo hubiese rodado hasta la capital para después balancearlo hacia un lado y que otros hubieran rodado hasta Barcelona. Y así se han llenado algunas ciudades más donde nos amontonamos todos. Con el mapa otra vez extendido, se pueden ver desiertos de gente. Espacios enteros casi vacíos en los que solo deben quedar esqueletos como aquí: casas menguantes, carteles de SE VENDE, SE VENDE, SE VENDE, escritos con brochas sobre fachadas y puertas, con números de teléfonos enormes a los que nadie llama, campanas que repican con ecos profundos y algunas personas sujetándose a bastones que clavan inexpugnables a un trozo de tierra. ¿Por qué casi todos los demás queremos vivir en los mismos sitios? Durante gran parte de mi vida he podido entender la estampida. Ahora, con la situación actual, me empiezo a preguntar por qué no hay riadas de personas emprendiendo el camino de vuelta. Ya no existe casi nada de lo que la gente fue a buscar a las ciudades. El sueño americano de la prosperidad es una vaina sin semillas. Yo porque soy de Madrid y una de las pocas de mi grupo de amigos que, en verano, cuando éramos más jóvenes y ellos se iban, no tenía un pueblo al que escapar. Ni ganas de escapar a un pueblo. Nunca me he sentido bien en uno. Nunca he vivido en uno. Mis padres nacieron y

vivieron en Madrid casi toda su vida hasta que se fueron a República Dominicana al jubilarse. A vivir más por menos. Se fueron a los sesenta y cinco y a mi padre le dio un ictus a los sesenta y seis. Así que disfrutó de la sensación de libertad un año, después de cincuenta años de trabajo incesante. Mi madre se quedó allí, conoció a un cubano veinte años más joven y ahora es una adolescente de setenta. Viviendo la vida que nunca vivió. Mi abuela nació en la calle Lope de Vega y allí murió, en pleno centro de Madrid. Así que para visitarla no tenía ni que cruzar la Castellana. Por eso no creo que yo pudiera vivir durante mucho tiempo en un sitio como este. Son ellos los que tienen que regresar. Si eres de pueblo, si tu familia es de un sitio como este, si algo así es lo que has conocido desde pequeño, supongo que no es tan difícil volver a acostumbrarte a las plazas sin bocas de metro. Y a este silencio macizo. El perro ladra a lo lejos. No sabía, hasta ahora que retumban las teclas en mis dedos, que iba a sentir cierto pavor a este silencio rural. Reconozco que me gustaría que ese perro ladrara más veces. Ponerles nombre a los animales que murmuran. No sé si se trata de graznidos, mugidos, siseos o aullidos. Son casi susurros lejanos que se mezclan en el aire de formas breves y, un momento después, vuelve a caer el silencio como un agujero enorme. El estruendoso ruido —que ahora creo blanco— de mi calle en Madrid debía de sostenerme más de lo que creía. No me está gustando la noche aquí, parece que el silencio me hace preguntas todo el rato. Hoy volveré a dormir recogida en el sofá, envuelta en esa manta gruesa que huele cada vez menos a huevo cocido y más a esta casa. Esta casa que huele a un tiempo caducado. Ahora que he escrito todo esto en mi práctica de *journaling* de hoy, pienso que a lo mejor la plaza del programa de repoblación que estoy ocupando yo debería de haber sido para una persona que tuviera más que ver con esto. Me ha hecho reflexionar. Lo digo porque a mí este pueblo no me importa nada. Es que es verdad. No me importa este pueblo, no lo conozco de nada, no tengo ningún vínculo. No le pongo cara. Me da igual. No me interesa la gente de aquí. Ni las casas, ni las calles, ni qué hay en las habitaciones y los armarios que no he abierto de esta casa en la que vivo. Estoy aquí por lo que estoy. Sigo con la maleta entera y llena,

abierta en el suelo al lado del sofá. Me sobra el resto de este espacio. No sé si quiero descubrir cómo sería esta casa que me han asignado sin todo el polvo que hay pegado sobre los muebles. Cómo sería con las ventanas totalmente abiertas, el suelo fregado y la luz inundando las sillas del comedor. Cómo sería la cocina con el fuego encendido y la nevera repleta. No sé si quiero descubrir cómo serían estas paredes si descolgara los cuadros religiosos que las visten. Estaré todo lo que pueda aguantar. Haré lo posible. Intentaré cumplir con las bases del contrato, que si no recuerdo mal dice algo así como «crear un proyecto donde se dé una nueva vida a un edificación deteriorada o vacía que signifique algo para los habitantes, crear mínimo dos puestos de trabajo iniciales y que la activación consiga atraer a nuevos residentes de menos de cuarenta años con el objetivo de ir, paulatinamente, rejuveneciendo el censo». Esto último lo he leído textualmente. Tengo el contrato aquí sobre la mesa. Devolver la vida al pueblo es algo muy difícil. A ver, soy publicista. Sé cómo funciona el tema de atraer audiencias. Pero de ahí a que pueda tener habilidades para mover cuerpos vivos y jóvenes hasta aquí y anclarlos a sus calles, en un sitio que parece no tener nada…, no sé. A lo mejor me he metido en un berenjenal. Es que esto parece que está en cuidados paliativos. Espera, he vuelto a escuchar el cencerro de la verja. Quién |

Mar., 3 oct.

Ayer dejé de escribir de repente porque entró alguien al jardín. No entiendo nada de lo que pasa en este pueblo. Se supone que aquí iba a estar más tranquila. No sé quién era. Dije que saldría si volvía a ver entrar a alguien, pero no salí. Creo que hoy, lo primero de todo, debería de haber llamado a Peralta para contarle lo que pasa. Al final no lo he hecho porque no quiero que piense que soy la típica que da problemas. Si alguien me hace daño, que sea sin haber dado problemas, ¿no? A veces parezco imbécil. Pero me pongo en su situación de funcionario de ocho a tres y lo más probable es que creyera que me estoy sacando de la manga una excusa, que a lo mejor quiero largarme de aquí. «Tres días. Tres días y te vas. Ya sabía yo que no ibas a aguantar, pelirroja». Puedo escucharlo en la voz de Paula. Ella que va al día con lo que se supone que deberíamos tener a esta edad: pareja, casa, hijos y un trabajo exitoso (es decir, que te atrape durante muchas horas y te paguen relativamente bien). He cumplido uno de los cuatro requisitos que la sociedad nos cuelga del cuello. Lo del trabajo exitoso. Y ahora, viniendo aquí, también he renunciado a eso. No paso el examen social. No sé si pretende asustarme o cuál puede ser su intención. No sé si hay alguien aquí que quiere hacerme daño, pero ¿quién de todos los viejos que viven en este pueblo se pasea a las once de la noche en plena oscuridad y entra en un jardín que no es el suyo? ¿No se van a dormir a las ocho como los bebés? Pensaba que sí. Se apoyó en la puerta. Me pareció que se apoyaba. Escuché cómo crujía la madera y casi me da un patatús. Me fui corriendo sin hacer ruido hasta la cocina, cogí un cuchillo del cajón y me quedé esperando escondida allí por si entraba. Se me ocurrió empezar a hablar sola. De verdad que todo es muy surrealista. Así que me puse a hablar para que pensara que estaba con alguien. Hablaba

con mi voz y después simulaba otra voz. Algo ridículo. Y hasta puse un vídeo que tenía en el carrete del móvil con el volumen muy alto. Uno de un evento en el *coworking* en el que se oía hablar a mucha gente para que creyera que éramos más. Es que esto no me había pasado ni en el apartamento en el que estuve viviendo en High Bridge, en Nueva York. De verdad, ayer estuve mucho rato sujetando el cuchillo mientras hablaba sola en la cocina hasta que volví a oír el cencerro. Mucho mucho rato. Inmóvil, con los hombros encogidos y los oídos muy abiertos. Si le llego a contar esto a Paula no se lo creería. Pensaría que estoy exagerando, pero juro que había alguien ahí fuera apoyado en la puerta. He intentado contárselo esta mañana, que al final escuché la verja otra vez y que imaginé que se había ido y que dormí en el sofá con el cuchillo más grande que hay en esta casa sobre la mesa pequeña de centro —que es en realidad un taburete carcomido de mimbre— para tenerlo a mano por si volvía. Pero cuando estaba empezando a contarle —«No te vas a creer lo que me pasó anoche»— me ha dicho que me tenía que colgar, que le estaba entrando una llamada del trabajo. «Espera que ahora no tengo tiempo». Tiempo, tiempo. No hemos vuelto a hablar. Hoy no ha pasado nada. Así que al final no he tenido que quedar como una ridícula diciéndole: «Me quiero ir de este pueblo pero ya. Me da igual que pienses que soy una irresponsable. Que tengo casi cuarenta primaveras y no tengo nada. Tengo…, ¿qué tengo?, tengo valentía. Tengo intuición para buscarme la vida. Tengo una carrera. Tengo ya bastantes años de experiencia. Tengo un pasaporte con varias páginas y sellos. Sé algunos idiomas. Tengo una maleta llena de ropa que no me he puesto. Y tengo mucho sueño. Estoy agotada. No puedo más. Es que no puedo más. Tengo sueño desde hace meses. No tengo hijos, pero tengo un sueño que no es normal. Y duermo, pero nada más despertarme vuelvo a tener sueño. Y tengo ganas de llorar. No lloro, pero tengo ganas. Estoy cansada. Y tengo dos piernas que me tiemblan. Tengo dudas y tengo miedo. Tengo un montón de cosas, ¿ves? Tengo voces en la cabeza que me dicen que puede que me haya equivocado viniendo aquí». ¿Voy a poder? Desde que he pisado este pueblo tengo la duda constante. ¿Habré tomado una buena decisión?

¿Tiene sentido todo esto? No entiendo cómo ahora me planteo tantas cosas. Nunca me he hecho tantas preguntas sobre las decisiones que tomo como en estos tres días. Las tomo y ya está. No sé si es porque aquí el tiempo no está lleno y me queda demasiado espacio para hacerme preguntas que normalmente no caben. No sé. Me veo ahora aquí, en esta casa vieja, en medio de la nada, sentada en una silla de madera con cordeles hechos jirones, tecleando esto que escribo, que es lo más parecido a hablar sola, y no es lo que imaginaba ser a mi edad. No tengo nada de lo que se supone que tendría que tener. ¿Qué debería haber conseguido? Siento como si la presión de lo que «se supone que» me apuntara con el dedo. No sé, hoy le he dado demasiadas vueltas a la cabeza. La duración del contrato que he firmado me parece ahora mismo una eternidad. En este pueblo el tiempo pasa como los años de un perro. Llevo solo tres días que aquí deben de ser veintiuno. No quiero sonar exagerada. Supongo que es normal que me sienta extraña y desanimada. Rara. Blanda. Absurda. Una fracasada. Debe de formar parte del proceso, ¿no? Como una especie de desintoxicación después de tantos años de no parar. Los bichos que dicen que ven los borrachos. La sensación real que tengo…, a ver si consigo describirla bien. A ver. Bueno. Mira. Sí. Debe de ser algo parecido a las personas que han transitado por un síndrome de Estocolmo. Siento un vínculo muy fuerte hacia el sistema que nos mantiene secuestrados. Hay una parte de mí que lo quiere. Tanto es así que estos días sin sentir el estrés cotidiano que me oprimía el pecho —que no me permitía respirar ni dormir bien, que me tenía absolutamente consumida— parece que me falta algo, lo echo de menos. La pajita clavada en la carne. Sorbiéndome. Quizá no era tan malo. Quizá estaba bien así. Supongo que una cosa es pensar, desde allí, desde dentro de la vida, que necesitaba bajarme de la rueda vertiginosa en la que nos hemos subido como sociedad y otra muy diferente es sentir el vértigo al bajar. Ese vacío en el estómago del principio de la caída. Y el latigazo en el cuello al frenar en seco. Este pueblo parece estar fuera del mundo, más allá de toda prisa, agazapado en las montañas como un ermitaño. Por aquí ni el tiempo pasa. No sé si para los que viven aquí, donde cada jornada está

exactamente igual de quieta, las horas tienen otra forma. No he salido de esta casa en todo el día, puede ser ese el motivo por el que tengo la cabeza como un bombo y estoy de un triste que no me reconozco. Me tengo que activar y dejar de pensar tanto. Mañana saldré a buscar inspiración entre las calles del pueblo, a ver qué encuentro. A conocerlo un poco. También debería colgar la ropa en el armario. Limpiar esta casa. Ducharme. Vestirme otra vez. Dejar de dormir en el sofá. Saber cómo son las habitaciones y los rincones de este lugar en el que llevo tres días respirando polvo. Y empezar a pensar en qué tipo de proyecto puedo arrancar aquí. Tengo que encontrarle algo bueno a este pueblo, porque algo tendrá, ¿no? A ver si consigo separarme un poco de la sensación que me provoca y analizarlo como lo haría con cualquier otro cliente. Este pueblo es un producto y tengo que tirar del hilo para construir una idea creativa. Punto. «Clara, espabila». A finales de esta semana me llamará Peralta para la primera evaluación de progreso, ¿qué le voy a decir?

Mié., 4 oct.

En la tienda del pueblo, la de la Tía Pepa, no solo venden comida. He comprado hoy allí todos los productos de limpieza que necesitaba para quitar años de polvo y unos sobres de Ibudol para el dolor de regla. Es curiosa la tienda porque no parece una tienda, sino más bien un apéndice de la casa, un salón grande, un garaje o algo así, pero en lugar de figuritas sobre los muebles tiene paquetes de galletas, botellas de vino, de lejía, de amoníaco, sacos de patatas, rollos de papel de cocina. Tiene un portón de madera azul claro. Las letras algo despintadas sobre el marco. Entrando a la derecha está el mostrador, una mesa de conglomerado amarillento con una cabeza gris asomando. Pepa. Una señora redonda, con la boca algo desdentada y los pómulos chupados, arrugada, sentada en una silla que intuyo baja. Debe de tener siempre la radio encendida; el otro día cuando fui también estaba escuchando una emisora en la que ponían música clásica que no se oía con claridad. Chisporroteaban los violines como si tuvieran aceite hirviendo entre las cuerdas. Sobre el mostrador hay botes de cristal con todo tipo de chucherías que no voy a volver a comprar. He cogido un sugus de los azules —siempre fueron mis preferidos— y estaba duro como un ladrillo. ¿Cuánto tiempo debe de hacer que nadie compra golosinas en esa tienda? Es probable que desde que se fue el último niño que existió aquí. No sé cuántos años hará de eso. A juzgar por las condiciones del sugus —y esas cosas no tienen un plazo de caducidad breve— puede que haga doce o quince años que no pasea un niño por estas calles, que no entra con sus piernas cortas y tiernas en la tienda de la Tía Pepa sujetando cincuenta céntimos de la paga de la abuela con esos dedos rechonchos, los mofletes rojos y una sonrisa amplia de dientes diminutos que solo anticipa el deseo de una fabulosa ingesta de

azúcar. Ahora no hay niños. Fue lo que me dijo Peralta en la primera entrevista:

—Debes saber que el habitante más joven del pueblo tiene setenta y dos años.

—Ah, bien. —«Un lugar maravilloso para activar Tinder», lo primero que pensé.

—Ahora no hay ni un solo niño en el censo. Ni nadie que pueda tenerlos. —Me reí y me tapé la boca enseguida. Él estaba serio. Es que me hizo gracia imaginarme a una setentona embarazada.

—Perdón. No quería…

—No —me cortó—. Te lo digo porque ese es uno de los motivos por los que estamos activando este programa, porque necesitamos atraer al pueblo a habitantes en edad de procrear.

Lo dijo así, «procrear». Procrear hijos suena rarísimo, ¿no? Aunque siempre es mejor que haber dicho: «En edad de engendrar individuos». Imagino que los funcionarios con cargos de responsabilidad que activan estos programas (que considero más especiales que, tal vez, un programa de abastecimiento de farolas para una nueva carretera) utilizan los mismos términos. Da igual que se trate de farolas o de personas. Ellos necesitan veintisiete farolas para alumbrar la carretera e idealmente veinte pares de personas para alumbrar niños. Pues ya está. Van en automático. Eso es lo que pone el papel, que es un modelo de documento tipo para todas las peticiones de cosas. Entiéndase por «cosas» farolas, personas y demás enseres públicos. Firme aquí. Siempre me ha sorprendido la jerga que se emplea en las instituciones, parece que son individuos que están tan separados de las personas que hablan un idioma que solo entienden allí. El dialecto de los organismos oficiales, un lenguaje que utilizan con cierta fluidez los notarios, los redactores de contratos, las multas de Hacienda y los funcionarios de esas índoles. Tengo que reconocer que de raro que era lo que me contaba Peralta me pareció divertido. En realidad entiendo la lógica, quieren atraer a este pueblo a personas capaces de multiplicarse porque así es más probable la repoblación, que vaya subiendo el censo y que aquí puedan volver a tener cada vez más servicios, que se reactive la economía, que las casas se llenen de

cuerpos tersos y que las paredes que las sostienen no se sigan deteriorando como todos los viejos que habitan ahora menos de la mitad de las viviendas existentes. A algunas de estas casas se las está comiendo la vegetación. En el paseo de hoy lo he visto. Hay viviendas sin techo. Bastantes para el total de las casas que hay en este pueblo. Algunas solo tienen fachadas que actúan como caretas disimulando el descalabro. Parece que la casa existiera detrás de la careta, pero ya no hay tejado que proteja un espacio en el que vivir. Las plantas trepadoras van engullendo los muros hasta que solo se ven hojas. El monte vuelve sigiloso y agresivo a ocupar el espacio en el que un día estuvo. Aquí la frontera entre la montaña y la civilización es difusa. Hoy he llegado hasta el final del pueblo por la otra parte. Yo vivo en un extremo. Pues justo en el otro, tras subir una cuesta adoquinada, pasando el lavadero y una fuente en la que, por cierto, salía agua fresquita y bastante buena. No sé si tanto como la de Madrid, pero me ha sentado fenomenal antes de encarar el segundo tramo de la cuesta hasta llegar a la zona más alta. Allí se encuentra la iglesia —que estaba cerrada en ese momento, pero escucho siempre las campanas repicar—. En frente hay un muro blanco que ocupa un espacio cuadrado que me ha parecido el cementerio. Y, pegada a la iglesia, una casa medio deshecha. La última del pueblo. La parte de delante de la casa se sostiene con bastante lucidez, pero la trasera está descapotada, rodeado cada uno de sus muros por una montaña de piedras y plantas salvajes. En el centro, hay un árbol alto que debía de formar parte del jardín. A pesar de la ruina, me ha parecido que mantenía cierta belleza. Se puede ver perfectamente el deterioro, porque hay dos paredes que han quedado totalmente al aire libre y tienen restos de papel pintado de lo que parece una habitación infantil. ¿Quién debió poner ese papel que resiste al bombardeo del tiempo? Probablemente fue algún padre para algún hijo que se hizo joven fuera de esas paredes y que ahora debe de estar ejerciendo de administrativo de cuentas en una oficina ubicada en la planta veinticuatro de uno de los edificios de plaza Castilla, por ejemplo. Despertándose sin ganas para trabajar de ocho a ocho y poder seguir pagando el alquiler desorbitado de un piso de dos habitaciones con

vistas al edificio de delante. Él (el padre) debe de seguir aquí, mezclado en la tierra del cementerio, como carne de los bichos y de estas plantas que ahora brotan y se entrometen entre las paredes derrumbadas de su familia. Ahora que lo pienso, ¿de quién debía de ser esta casa en la que vivo? ¿De otro de esos hijos de hijos que renunciaron a lo de ayer? ¿Quién va a venir aquí si ni ellos lo hacen? No deben de ver este pueblo como lo he visto hoy. Me imagino que ellos debían normalizar el paisaje imponente de pinos rizados que se dibuja perfecto desde la trasera de la casa deshilachada de al lado de la iglesia. No sé si lo deben de echar de menos ahora que solo ven ladrillos en alguna ciudad. Si me hubiera ido de aquí a Madrid y no al revés, creo que esas vistas serían uno de los recuerdos que me martillearían cada vez que me asomase a la ventana. Ese punto en el que hoy he estado tiene las vistas más bonitas de este pueblo. Un cortante desde el que se ve toda la sierra, solo verde y verde y verde y cielo —hoy con unas nubes blancas y acolchadas de principios de octubre— hasta que la vista no da más. Parecía un cuadro nítido, grande y con olor a tierra mojada. Algo bueno tiene que tener estar aquí apartada, que por más que afine la mirada no hay una torre de pisos tapiando el paisaje.

Me vibra la muñeca. La app del reloj me avisa para que respire hondo. Respiro y vuelvo a respirar. Me da toques cortos mientras inspiro, se para y me vuelve a vibrar con toques más largos mientras voy soltando el aire. Al acabar, me avisa otra notificación de que los círculos de actividad están completos. Los tres. Es que hoy no he parado. Entre el paseo por el pueblo, que no es grande pero tiene unas cuestas que parecen escaleras al cielo, y que he estado toda la mañana limpiando por fin esta casa vieja, he cumplido de lejos con el reto diario de movimiento que me pone el reloj. Ay, espera que ahora me llama Paula.

—«Espera», le digo al ordenador. Hablo sola, te lo juro.

—¿Qué? No te escucho bien.

—Que le hablo al ordenador.

—No te entiendo.

—¿Me oyes?

—No. Sí.

—Un momento, que me estoy poniendo los auriculares. ¿Ahora?

—A ver, habla.

—¿Ahora mejor?

—¿Qué haces?

—Me pongo los auriculares.

—No, tonta, que te digo que qué estabas haciendo.

—Me has pillado escribiendo.

—¿Has empezado con lo del *journaling*? —Se ha reído. Me conoce más que yo.

—Pues sí, amiga, es que esto es para escribirlo. Vaya panorama.

—¡Te lo dije! —ha exclamado emocionada alzando la voz—. Ay, te lo dije —ha repetido susurrando—, a ver si voy a despertar a los niños, con lo que me ha costado dormirlos.

—Aquí no los despertaría nadie. No hay ni un alma en este pueblo. Y a las pocas que he visto les queda nada y menos para dejar sus cuerpos.

—Ala, qué bruta eres, Clara. —Se ha reído a carcajadas. Tiene una risa escandalosa que me ha contagiado.

—Shhh, no te rías, como despiertes a tus hijos y me tengas que colgar te mato. Necesito hablar con alguien o me voy a volver loca. —Se ha vuelto a reír con más fuerza. He sentido cómo se debe de estar apretando la boca.

—Bueno, ¿y qué?

—Pues bien, aquí, tirando. Esta casa huele a carcoma.

—¿Es vieja?

—¿Lo dices en serio? Aquí todo es viejo. Este pueblo está vacío por dentro. Es como si el tiempo fuera un montón de termitas que se van comiendo todo y dejándolo viejo, con agujeros y desconchones. Lo bueno es que mis casi cuarenta castañas, en este pueblo, parecen veinticinco.

—Jaaaaaaaaa —ha gritado con risa.

—No te rías que te mato. —He llorado riendo.

—No puedo, no puedo. —He escuchado cómo se tapaba la boca

mientras la risa se metía entre los huecos de sus dedos.

—Y hay una vieja que entra en mi jardín casi todos los días.

—¿Qué? ¿Y no le dices nada?

—¿Qué le voy a decir?

—No sé. «¿Qué hace, señora?».

—No quiero crear mal rollo.

—Ya.

—Piensa que aquí todo el mundo se conoce. Si le monto un pollo a alguien, se enteran hasta los de las tumbas.

—Ya, eso es verdad —ha chistado entre trompicones mientras se reía—. Ay, voy borracha de sueño. De verdad, todo me hace gracia, pero es que estoy muerta.

—Ya imagino. No, pero en serio. El otro día me dio un poco de mal rollo porque creo que entró alguien al jardín por la noche.

—¿Adónde?

—Al jardín, ¿no me escuchas?

—Te oigo un poco mal.

—¿Y ahora? —Me he movido hacia la ventana.

—Mejor. Bueno, no. Sí. ¿A ver?

—¿Hola?

—Ahora sí. No te muevas. ¿Qué decías?

—Nada, que la noche aquí me da un poco de mal rollo.

—¿A ti? Si tuvieras hijos, sí que te iban a dar terror las noches. —Se ha reído ella sola—. Llevo dos días durmiendo cuatro horas. Cuatro horas en total. Después, levántate para ir al despacho y esta mañana encima he tenido juicio. Que no sé ni cómo he sido capaz de argumentar nada, si mientras la defensa del otro hablaba yo casi daba cabezazos.

Me he quedado callada mientras soltaba lo de siempre. Ella, como todos, también está subida a la rueda y las piernas ya no le dan para aguantar el ritmo, pero ahí sigue, sin notar las piernas porque ya no hay otra manera de vivir. Paula gana bastante dinero. Es una de las responsables de un bufete de abogados con mucho prestigio. Gana dinero para pagarle al banco un ático cerca de Aravaca en el que casi nunca están porque trabajan todo el tiempo. Los dos trabajan todo el

tiempo. Tienen que pagar la casa, los coches, los garajes en el centro, la ropa de los niños, los trajes de ellos. El maquillaje, las cenas, la comida. Los pañales. El colegio. A la niñera. Compran tiempo pagando a la niñera. El tiempo es el negocio de este siglo. No queda tiempo en las ciudades y hay personas que dedican muchas horas al trabajo para, entre otras cosas, comprar tiempo. Todos vivimos en esa absurdez inexplicable. Tienen dos hijos y una niñera que los cuida todos los días y también dos noches enteras. Los lleva al colegio, los trae del colegio. Los lleva al parque. Los ducha. Les da las cenas. Cuando vuelven a casa, a eso de las ocho la una y las ocho y media el otro, piden algo por Glovo mientras duermen a los niños y, una vez dormidos, tienen un rato para los dos. Llega el Glovo. Se comen unos *nigiris*, una ensalada césar o una doble *smash burger*. Y se ponen una serie de las que enganchan para quedarse dormidos en el sofá en los primeros quince minutos. O miran el móvil callados con las caras iluminadas por las vidas de otras personas hasta que se levantan a lavarse los dientes y a dormir. Los viernes coinciden a mediodía y suelen ir a comer a algún restaurante donde sirvan carne. Después se van a tomar vinos con algunos amigos —a veces yo me he apuntado al plan de vinos de los viernes por Ponzano— y acaban picando algo por ahí. Ellos suelen seguir con unos cócteles y se van a follar reventados y en silencio a casa mientras sus hijos duermen con la niñera en la habitación de al lado. Esa es su rutina. Y es, más o menos, de lo que me está hablando por teléfono mientras escribo esto y asiento con un leve «ajá» de vez en cuando. Los fines de semana es cuando se queda a dormir la niñera.

—Así podemos salir y vivir un poco, porque es que entre semana no vivo, Clara, de verdad. —He escuchado a Paula y, por un momento, me ha alegrado no estar cumpliendo con las expectativas sociales. Escapar de ahí, aunque sea tirando por la calle del medio al apuntarme a esta historia del pueblo, no me ha parecido tan mala idea después de volverla a oír.

—Mmm, ya —he dicho. Ella en realidad solo ha querido desahogarse un poco. Soltar presión para seguir hinchándose con la pajita que a mí ya me vaciaba. No tiene la necesidad de cambiar nada,

le encanta su vida ocupada de trabajo, hijos, hipotecas, restaurantes y copas, porque es la definición del éxito actual. Presumir de que no tienes tiempo y estar comprándolo a cualquier precio. No la juzgo porque todos lo hacemos de una manera u otra. Así es como se sobrevive ahora.

Después de la retahíla ha suspirado y me ha dicho:

—¿Y tú qué, ya has probado el horno?

—Pues todavía no.

—¿No? No te reconozco. —Desde hace unos años me desestresa amasar. Y a base de matar el estrés me he convertido en una experta haciendo pizza casera. Y también pan. Pero la pizza me sale mucho mejor.

—Lo he limpiado hoy. No sé ni cómo va.

—Pues como todos.

—Este va con gas y creo que no tiene grill.

—Vaya tartana.

—Tendrías que haber visto cómo estaba.

—¿Sucio?

—Como oxidado. Chirriaba la puerta por todas partes. Le he dado aceite y parece otra cosa. La casa, los muebles, los armarios, las sábanas, en general todo, estaba cubierto de una capa blanca en la que se podía escribir con el dedo como si fuese una pizarra.

—¿En serio?

—De verdad, se me hundía el dedo. He tenido que tirar los trapos que he comprado porque no daban más de sí.

—¿Y la cama es cómoda? Ya sabes que tengo una obsesión con los colchones.

—Ya, ¿te acuerdas en el hostal ese de Nueva York? —He cambiado de tema porque no quiero decirle que todos estos días he estado durmiendo en el sofá. Que hoy he conocido realmente la casa en la que vivo. Las habitaciones, las tres, tienen un crucifijo sobre las camas. Los voy a descolgar y los guardaré en el trastero. Los colchones son de montañas de lana, irregulares, donde el cuerpo se me hunde desencajado. La mesa del comedor tiene las patas roídas. No sé si aquí vivió un conejo o han estado ocupándolo las ratas hasta que llegué. He

visto algunas cacas pequeñísimas, negras y cilíndricas en el armario de la que creo que voy a elegir como mi habitación. La que está detrás, a la izquierda, al lado del comedor. Me gusta dormir lo más lejos posible de la puerta de entrada.

—Sí, vaya antro, amiga. Pero éramos jóvenes. —¿Ya no lo somos?, por lo menos no tanto como antes, aunque mi cabeza me haya dicho lo contrario—. ¿Qué?

—Nada, no he dicho nada.

—No, no es a ti.

—Ah.

—Nada, que Rubén me dice que me está esperando para ver la serie. El penúltimo de la tercera temporada de *Succession*. Estoy enganchadísima.

—Vale, yo me voy a dar una ducha que estoy hecha un asco.

—¿Qué?

—Que ya hablamos otro día.

—No te oigo.

—Si no me he movido de la ventana.

—Que no te oigo. ¿Qué?

—Naaada, que me voy a duchar.

Estoy helada. El agua de la ducha me ha salido fría. Lo odio. Es que lo odio. Odio ducharme con agua fría. Lo odio, en serio, no puedo. Odio este pueblo con toda mi alma. Qué asco. De verdad. Qué asco de pueblo. He abierto el grifo de la ducha y la alcachofa ha empezado a escupir como a golpetones. El agua salía un poco sucia. Han caído unos bichos negros alargados como pistachos. Menos mal que todavía no estaba debajo. De verdad, qué asco de casa. Cuando ya parecía limpia y empezaba a salir caliente, me he metido bajo el chorro. En el techo hay una tela de araña más grande que el pueblo. No he visto la araña. Le he tirado agua, pero no se deshacía. De verdad, qué asco todo. Por cierto, tengo que mirar si en la Tía Pepa tienen cortinas de ducha porque he mojado el suelo hasta la puerta. Se sale el agua. Es que es imposible que no se salga. Levanto los codos y el agua me corre por los brazos y se sale. Y eso que no tiene mucha presión. Bueno, al

principio bien. No salía fuerte, pero me bastaba. Todo el rato la iba cerrando y abriendo porque me daba repelús que pudiera salir algún bicho más de las cañerías. Que sí, que están muertos, pero qué ascazo. Ha sido cuando me frotaba la cabeza y la tenía llena de espuma cuando ya he dejado el grifo todo el rato abierto para enjuagarme y ha empezado a bajar la temperatura del agua y la presión hasta que se ha quedado un hilo ridículo. Y helado. Movía los dedos dentro de mi pelo haciéndolos coincidir con la zona en la que notaba el hilo de agua congelada caer. Los dientes apretados como una presa. Qué tiritona. Me caía el hilo de agua fría como si cortara, me bajaba lenta como una cuchilla por la espalda hasta llegar al plato descascarillado de la ducha y recorrerme las plantas de los pies. En los pies parecía que hubiera más agua que en la cabeza. Se debe de acumular porque el desagüe no traga bien. Y tengo, de verdad, ahora mismo los pies que no los siento. Y la cabeza grasa como si no me hubiera duchado. No podía soportar más el frío y he salido. Cuando me lo he secado, el pelo desprendía humillo porque todavía tenía jabón. Se me han quedado las raíces pastosas y apelotonadas. Las puntas, en cambio, me caen suaves y cobrizas sobre el pecho. Mañana tendré que avisar a Vicente, a ver si puede venir otra vez. Y creo que ya de paso le voy a comentar lo de la vieja, él seguro que la conoce. Todos aquí se conocen. Jolín, qué frío. No me parece normal que hoy haya vuelto a entrar al jardín. No sé qué estará buscando aquí, pero al final me va a encontrar.

Puede que no esté haciendo muy bien esto del *journaling,* ¿no? Se supone que, de vez en cuando, debería dedicar unas líneas a agradecer. Lo leí en el mismo artículo aquel, que practicar la gratitud mejora el bienestar y el estado de ánimo. Creo que no lo he hecho ni un día desde que estoy escribiendo esto. Pero no sé. Ahora mismo estoy de una mala leche que me noto hasta la boca agria. No sé si es el momento. A ver. El reloj me marca ciento una pulsaciones por minuto en reposo. Eso es mucho, ¿no? ¿Y si lo de la gratitud me mejora el cabreo? A ver, no sé. Me siento un poco ridícula ahora mismo. En fin, da igual. ¿Qué pongo? ¿Agradezco poder vivir en esta casa de mierda? Bueno, ya está.

Jue., 5 oct.

No he avanzado nada. En Madrid, a día 5 después del *briefing* del cliente, ya tendría montada una presentación para una primera propuesta creativa. Me habría puesto una lista recomendada de Spotify, dedicado un tiempo a la búsqueda de inspiración, un ratito de *brainstorming,* luego descartar ideas, comerme la ensalada de pasta y cherris del táper, un café, e-mails o lo que fuera de otros clientes, un vino de camino a casa, un poco de *scroll* en el móvil, mi revuelto de champiñones en la sartén, una serie y hasta el día siguiente, con las ideas más maduras, para el desarrollo del concepto, la maquetación de la presentación y clic. Siempre he sido muy ágil en los procesos creativos. En cambio aquí estoy perdida. Es como si todo este espacio que ahora tengo me hubiera desordenado la cabeza. Antes, con la vida apiñada, no había sitio para muchas cosas, pero tampoco para no avanzar hacia donde fuera. Hacer y hacer. En eso consiste, ¿no? Aquí, que se supone que dispongo de más horas o por lo menos que el tiempo va a otro ritmo, no he adelantado nada. Nada. Mañana me llamará Peralta para la primera evaluación de progreso, ¿y qué le digo? Llevo todo el día dándole vueltas. Cuando ha venido Vicente esta mañana por lo del agua fría de la ducha, he aprovechado para hacerle unas preguntas por si me inspiraba. Yo qué sé.

—¿Tienes hijos? —Él estaba subido a la escalera y movía las manos dentro del termo.

—¿Yo? Sí, dos, pero ya son mayores. Sí.

—Imagino. ¿Y qué hacen?

—Uno trabaja dibujando en un…, esto…, cómo se dise. En un despacho de arquitectura. Sí. Y el otro hase cosas de informática. Cosas con los datos o no sé qué. Sí.

—¿Analista de datos?

—No sé decirte, *xiqueta*, porque no entiendo esas nuevas carreras. Viven los dos en Barselona. Se fueron a estudiar juntos, sí. Y allí están.

—¿Y los ves mucho?

—¿Yo? —Hablaba hacia la pared mientras seguía desmontando piezas del termo que había dejado sobre el plástico amarilleado de la lavadora—. Sí, bueno, a veses por el móvil. Por el móvil sí los veo.

—¿Y no vienen al pueblo? —se lo he preguntado como de puntillas ya que estaba haciendo mucho ruido con la llave inglesa.

—¿Qué? —Ha acabado de desenroscar un tubo metálico que no sé para qué sirve, han caído bichos de dentro, pero él no se ha inmutado —. No, ellos no tienen tiempo, *xiqueta*. Y, además, tienen allí a su familia ya. Sí.

—Ah, que tienes nietos —he dicho con la esperanza de encontrar algo que me invite a tirar del hilo, a encontrar una idea de por qué vendrían o no vendrían jóvenes a este pueblo.

—¿Nietos? Qué va. Están los dos casados, pero nietos no.

—¿Y tú crees que volverán tus hijos?

—¿Adónde?

—Aquí, al pueblo.

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué?

—Sí, a algún cumpleaños han venido, *xiqueta*.

—¿Cuándo es tu cumpleaños?

—El 1 de enero. —Se ha reído.

—Anda —me ha contagiado la risa—, se te junta todo.

—Sí, sí. Me como las uvas y soplo las velas —ha rechistado un poco enfadado.

—¿No te gusta cumplir años o qué? Si ya los tienes casi todos, ¡a ver si te va a salir uno repetido, Vicente! —le he soltado con confianza tocándole la pierna que tenía más abajo en la escalera.

—¡Mecachis en la mar! —La voz se le ha puesto más grave, casi raspaba.

Me he quedado callada. No sabía si le había molestado. Él ha hecho aspavientos, ha dejado la llave inglesa con ímpetu en el peldaño, se ha

secado las manos retorcidas en la parte de atrás de su traje azul eléctrico. Iba vestido igual que el otro día. Exactamente igual. Traje, camisa de rayas gruesas y cangrejeras de piel marrón. No olía mal. Se le veía limpio. No sabía si estaba enfadado, no le veía la cara. Me pregunto si debe de tener un armario con un montón de trajes y camisas iguales. De ser así, lo que hace Vicente con la ropa es lo que hacía Steve Jobs para ahorrarse decisiones en su vida diaria. ¿Quién lo hizo primero? ¿Se debió de inspirar también Steve Jobs en la gente de los pueblos?

—No te puedo arreglar esto, *xiqueta*. No puedo, no. —Estaba enfadado y yo confusa.

—¿Qué ha pasado?

—Mira —me ha señalado una pieza plana, corta y negra, que antes debía de ser plateada—, ¿ves esto?

—Sí. —¿Su enfado era por eso?

—Pues aquí debería ser redonda. —Ha hecho un gesto con los dedos arrugados. No me había fijado en cómo se le marcan las venas. Parecen las raíces de un ficus corriendo sobre la piel de sus manos. Me he mirado las mías, apenas he visto ninguna debajo de mis anillos finos.

—¿Y entonces? ¿Qué hacemos?

—Tendrás que calentar el agua en una olla para ducharte. Sí. Hasta que podamos conseguir el recambio de esta piesa.

—¿Adónde hay que ir? —No me lo podía creer.

—A una ferretería. O habrá que pedirla a la fábrica, no sé. Este termo tiene sus años, vete a saber si todavía la fabrican. Sí. Podemos pedirle al del butano, que viene un lunes al mes, a ver si la puede conseguir. A veses nos hase algún recado de este tipo si lo nesesitamos. Sí.

—¿Tú tienes coche?

—No, yo ya no conduzco. No. Esta carretera…

Ahora mismo me arrepiento muchísimo de no haberme sacado el carnet. Es una de esas cosas para las que nunca he tenido tiempo. Y, la verdad, tampoco me ha hecho falta porque viviendo en el centro de una ciudad —Madrid, Londres, Osaka, cualquiera— lo mejor es el

transporte público. Pero aquí, en este pueblo que no se ve desde ninguna parte y que solo se puede llegar hasta él por una carretera llena de curvas como el cuerpo de una serpiente, el transporte público no llega. No viene ni una línea de autobús. Nunca. Llegaría vacío y se iría igual si yo no me subiera. Nadie viene a este pueblo. Y hace años que nadie se va de aquí. Así que, si algún día quiero salir, tendré que avisar a alguien para que pueda rescatarme. A Peralta solo si he cumplido con el contrato. Y no sé si podría contar con él. No sé ni siquiera si lo llamaría llegado el caso. Al butanero si es el lunes que suele venir al mes, al médico si es el segundo y último martes y al repartidor que trae el género a la tienda y al bar, según me ha dicho Vicente, los días 27 de cada mes.

—¿El de la comida viene solo una vez al mes?

—Creo que sí, el 27, me parese, ¿para qué más, *xiqueta*? Piensa que aquí quien no tiene huerta tiene animales o árboles frutales. Sí. Además, los viejos ya comemos poco. —Se ha reído. Se ve que los enfados se hacen más efímeros con la edad.

—Ah, ahora que lo dices. Hay una señora —vieja, una señora bastante vieja— que entra en el jardín casi todos los días, a veces coge manzanas del árbol y…

—¿Aquí? —me ha cortado mientras apuntaba con su dedo encorvado el jardín.

—Sí.

—Debe de ser Ángela. Sí. Vive en la casa de al lado. —No ha parecido darle ninguna importancia.

—¿Es mi vecina? —Me ha tocado al lado la loca del pueblo.

—Sí, ¿todavía no la conoses?

—No. —¿Por qué debería haberla conocido ya, si no tengo la intención de conocer a nadie aquí?

—Pero, Clarita, cómo así.

—No conozco a nadie. Solo a ti. —«Por pura necesidad»—. A la de la tienda. Y a algunas señoras que he visto de pasada cuando he salido a pasear. —«A ver, Vicente —he pensado—, yo aquí no he venido a socializar, he venido a lo que he venido. Y, la verdad, por ahora se me está dando regular». Lo he pensado, pero no se lo he dicho, claro—. ¿Y

cómo sabes que es ella si ni te he descrito cómo es?

—Porque lo sé. Sí. Ángela.

—¿La has visto entrar?

—¿Hoy? Hoy no, pero sé que ella viene mucho a este jardín. Sí. Le gusta venir. Sí.

—Y… ¿es maja?

—¿Ángela? Tiene sus cosas, como todos, pero ¿maja? Sí. Es una señora encantadora.

Me pregunto qué cosas tiene Ángela, ¿qué cosas? Porque a mí no me parece de señora encantadora esa mirada ácida que me lanzó el primer día cuando la vi coger las manzanas. ¿Ángela se llama? No me suena nada bien, es un nombre que se queda atrapado en mitad de la garganta. La «g» se agarra como dos manos al cuello. Aprieta. No me fío de ella. Me cae mal ya solo por el nombre.

El reloj me zumba para notificarme que debería levantar el culo de la silla durante un minuto para estar más cerca de mi objetivo diario. ¿Cuánto tiempo llevo sentada con el *journaling* de hoy?

He aprovechado y he ido a mirar si había subido la masa. No controlo muy bien la temperatura que hace en esta casa arrugada y seca. Tiene las paredes llenas de grietas como una piel cuarteada. Parece que le hace falta la humedad que desprendemos las personas al respirar. La suavidad que da saberse llena. Está tan hueca que cuando hablo —a veces hablo sola y me digo cosas— escucho mi voz en otra parte de la casa. Antes, en la cocina mientras amasaba, me ha parecido sentir cómo tiritaba la mesa. Temblaban las patas mientras yo amasaba y creo que lo hacían porque deben de llevar demasiado tiempo sosteniendo la nada más absoluta. Un espacio vacío. Una casa esquelética. Un techo bajo el que solo habita aire, polvo y muebles que gritan cada vez que me apoyo o los rozo. Emiten quejidos de madera vieja como si tuvieran un montón de huesos rotos. Hoy necesitaba amasar un rato. Me tiene inquieta saber que todavía no tengo ni idea de por dónde empezar en este pueblo. Así que esta tarde he abierto mi libro *Mastering Pizza*, de Marc Vetri. Uno de los mejores que tengo, si no el mejor. Lo compré en la pandemia, cuando me

empezó la locura por las masas. Nos pasó a muchos, pero lo mío no se quedó en un amor fugaz. Descubrí en la liturgia del amasado y las esperas, la pausa que no se encuentra en casi ninguna parte en Madrid. Una forma antigua de abrazo. No sé cómo explicarlo. La calidez de… Espera, que dice el reloj que respire y que vuelva a respirar. Este suspiro hondo ha hecho que me cruja la espalda. Se me han bajado los hombros y clac. No está siendo fácil esto, aunque me las dé de mujer que puede siempre con todo. ¿Qué estaba escribiendo? Ah, sí, he estado preparando una masa de pizza que tendré lista para mañana. Una de fermentación lenta, esas de amasar, leudar, desgasificar. Las que más me relajan. Leudar. Estirar. Leudar. Cocinar masas es como la meditación que nunca practico. Una especie de *oponopono* o como se diga. En Madrid he intentado empezar a meditar de verdad un montón de veces. Quizá debería. Tendría que haberlo hecho. Dicen que meditar ayuda a centrarte en el presente. Yo siempre estoy viviendo futuros probables. A veces imposibles, pero mi cabeza no lo sabe. Y vivo esos futuros imaginarios como si estuvieran pasando ahora. Así que adelanto escenarios del estilo: «O me pongo las pilas, o voy a tener que pagar el multón por no cumplir con el contrato del programa de repoblación de este pueblo de mierda». O cosas muchísimo peores que no voy a dejar escritas aquí hoy. Tendría que meditar porque el *journaling* no me basta. Creo que es la inercia del mundo la que me arrastra. Aquí todo está quieto, no debería irme tan rápido la cabeza. Una compañera del *coworking* me dijo que ella medita todos los días. Me recomendó una aplicación que llevo pagando dos años, Headspace. La he usado dos veces. Una por año. O peor aún: dos el primer año. La primera semana. Se ve que solo por tenerla instalada no hace efecto. Aunque me saltan notificaciones todas las mañanas y las miro casi siempre. La de hoy…, a ver si la encuentro. A ver qué dice la de hoy. La de hoy dice: «Esta noche, prueba a acompañar tres respiraciones de un niño o de tu pareja y observa si se modifica el ritmo de tu respiración». Headspace metiendo el dedo en la llaga. Querido amigo algorítmico, a ver si te ajustan los datos porque en este pueblo no hay ni niños ni Tinder que me traiga un cuerpo caliente con el que acompasar mi respiración. Por

cierto, «Headspace» suena como a alquiler de trasteros, ¿no? Lo intento, pero ¿ves? En realidad no está tan mal el *naiming* porque eso es lo que trata de conseguir la aplicación con las meditaciones guiadas: ofrecer hueco libre, pero en la cabeza. Ordenar el espacio figurado. Pongamos que lo que pasa es que le estoy pagando anualmente a los señores de Headspace setenta euros para que, de vez en cuando, la app pase el aspirador por mi ruido mental. O yo qué sé. Pero nunca la abro. Así que qué va a aspirar. ¿Cómo se va a limpiar así el ruido? Quería empezar a usarla, pero nunca tengo tiempo. En serio. En Madrid, imposible. No sé si aquí… Me tiene inquieta no tener nada para la llamada de Peralta de mañana. Es que me daría muchísima rabia no sacar una idea que mereciera la pena de verdad activar aquí. No por el pueblo, sino por no pagar la penalización. Y no sentirme una fracasada, que algo de eso también hay. No tengo ni idea de por dónde empezar. Es que no sé. Espera un momento, que está la señora, pero qué co…, ¿qué hace? Tengo a la vieja de siempre apoyada con la cabeza en el cristal de la ventana, en mis narices. Parece que me mira sin pudor con esos ojos enormes y ácidos tras las gafas. ¿Pero qué hace? Voy a salir porque alucino con la gente de este pueblo.

—Qué susto —me ha dicho con una voz tranquila y creo que se ha llevado la mano al pecho. La luz que salía del cristal le iluminaba un poco el pelo blanco, todo lo demás a su alrededor estaba oscuro. He buscado un interruptor cerca del marco astillado de la puerta, pero no he encontrado nada. He entrado rápido a coger el móvil y he encendido la linterna. Le he alumbrado la cara, estaba quieta, tenía la boca cerrada con tantas arrugas que parecía que la tuviera cosida, me ha mirado fijamente y el aumento de las gafas le hacía los ojos tan grandes que era como si me mirase con dos limones.

—¿Pero qué hace aquí en el jardín?

—Nada. No. Estaba paseando, he visto la luz encendida dentro y me he acercado a la ventana a ver. —«A ver ¿qué?, ¿qué tiene que mirar aquí?», me he preguntado. A ver si no es la loca y resulta que es la cotilla del pueblo.

—¿Pero qué quiere ver aquí? ¿Qué tiene que ver? —le he dicho desafiante, sin pasarme demasiado, pero es que me parecía de un descaro que no estaba dispuesta a callarme.

—A ti.

—¿A mí?

—Sí, quería ver qué haces en la casa de mi hermana. Quiero decir —se ha intentado explicar mejor porque mi cara debía de ser de incredulidad absoluta—, quería ver a alguien moviéndose otra vez tras esta ventana. Eso es todo. Sé que vas a pensar que estoy loca. Puede que lo esté. A esta edad, a veces una ya no sabe —ha explicado con tono tembloroso, como si hablara a través de unos troncos de madera agrietados, sonaba algo nerviosa, pero su voz es cálida.

—No, sí. —No he sabido qué decirle, parecía más lúcida que yo. He pensado que no le pegaba mucho llamarse Ángela ahora que la he oído hablar. O sí. No sé—. ¿Así que aquí vivía su hermana? —he rebajado el tono.

—No me llames de usted, guapa. —Me ha tocado el hombro con sus dedos de mil años—. Que soy vieja, pero me haces más vieja con esas distancias.

He dejado lentamente de apuntarle con el móvil encendido, apenas veía su silueta, que se iba haciendo cada vez más clara a medida que mis ojos se acostumbraban a la oscuridad del jardín. Está delgada, tiene los brazos largos y una sonrisa con muchísimos dientes, pero ninguno parece suyo.

—Sí, era. Esta era la casa de mi hermana. Yo vivo aquí al lado —ha dicho señalando la casa de piedra rubia que hay justo pegada a mi pared—. Hemos vivido las dos aquí siempre juntas, la una al lado de la otra, pero ella hace unos años que murió —ha hecho una pausa larga y no he sabido si debería haber dicho algo— y yo cedí su casa para que fuera utilizada con fines públicos que beneficiaran al pueblo.

—Ah, pues —he dicho con la voz empujándome los labios— gracias. —«¿Debería haber dicho eso?».

—Las dos solteras, sin hijos, ya sabes. —«Lo sabe, soy una de ellas».

—Pues pensaba que me querías hacer algo o no sé —me he atrevido a decirle en tono de broma.

—¿Yo? Anda, anda. —Se ha reído tan fuerte que ha tenido que sujetarse la dentadura.

—Es que todo me parece extraño aquí. No estoy acostumbrada y…

—Puede que sea raro esto que hago. No te lo niego, guapa. —Ha dicho «garo» en lugar de «raro». Y ha hecho un gesto con la lengua, como colocándose los dientes, antes de continuar—: Mira, te seré sincera, no he podido volver a entrar a esta casa —ha dicho señalando la puerta de detrás de mi espalda— desde que ella murió.

—¿Aquí? —he preguntado y apuntado al suelo que piso. Nos separaban dos pasos.

—Me daba tanta pena verla vacía. La quietud tras los cristales me recordaba día tras día que mi hermana ya no está aquí. Toda la vida juntas, ¿sabes?

He asentido. No he dicho nada. No tengo hermanas, pero pienso en todos los años que Paula y yo vivimos juntas mientras estudiábamos.

—Así que, desde que ella murió, no entro a esta casa en la que ahora vives tú por no encontrarme con el hueco que confirma su ausencia una y otra vez, pero en cambio cada día desde entonces me paseo un rato por el jardín. —Ha dicho «gato» en lugar de «rato». Ha hecho una pausa y ha sonreído con la boca y los limones de los ojos—. Este jardín es ya lo único vivo que me queda.

No me puedo dormir. Me he levantado del colchón horrible con montañas de lana (puede que fuera mejor el sofá) de la habitación del fondo y he vuelto al ordenador. Aquí, a esta mesa en la que últimamente me paso las horas. Llevo un buen rato, desde que Ángela se ha ido, sin poder parar de pensar en lo que me ha dicho: que lo único vivo que tiene es este jardín. Es fuerte. Ahora mismo todo lo que veo tras la ventana es oscuridad. En esa oscuridad existe un jardín. ¿Cómo debe de ser llegar a ese punto en el que la soledad ya es innegable? A esa vieja no le queda nada más que su cuerpo marchitándose y este jardín que ahora no veo, dentro de este pueblo que no se ve desde ninguna parte. ¿Qué voy a hacer aquí? Mañana me llamará Peralta.

Vie., 6 oct.

Habrá sido sobre las doce del mediodía cuando me ha llamado. Ahora son las diez y media de la noche. Un poco antes, sobre las once y algo de esta mañana, sonaban las campanas de la iglesia. Las estaba oyendo desde la habitación mientras le daba golpes al colchón de la cama después de desayunar mi yogur de fresa con unas nueces. Es incomodísima esa cama. Además, todavía duermo con el crucifijo encima de mi cabeza. A ver si descuelgo los cuadros antiguos y lo escondo todo en el trastero. Me levanto cada día pensando que poco a poco, con las palmadas que le doy al colchón, podré ir acomodando la lana que está enroscada y darle mi forma. Por ahora no estoy teniendo éxito. Así que duermo encogida en el lado derecho, el menos heterogéneo. Y hoy se me ha quedado el cuello que no lo puedo girar hacia la derecha. Hacía muchísimo que no me pasaba esto. Creo que se duerme mejor en el sofá, pero, claro, no voy a dormir en un sofá. Estaba haciendo movimientos circulares pequeñísimos con la cabeza a ver si mejoraba un poco, tras recordar un tutorial que vi en YouTube para la tortícolis, porque aquí es que no se me carga nada bien —ni un vídeo entero—, cuando han sonado las campanas de la iglesia durante mucho rato. ¿Es el cura el que las hace sonar? No tengo ni idea. Imagino que sí. El caso es que sonaban y sonaban, y entre una y otra ha sonado también el cencerro de la verja de esta casa. Espera, voy a salir un momento a abrir la puerta y gritar un «shhh» al aire. Ya. El perro que ladra a lo lejos no para de ladrar. Decía que esta mañana me he asomado con el cuello hecho una birria y he visto a Ángela, la vieja de ayer, en el jardín, quien se ha acercado a la ventana y ha tocado con los huesos picudos de sus dedos recogidos dos veces el cristal. He pensado que ya estaba otra vez la vieja aquí. Me voy haciendo a la idea de que no me la quitaré de encima, pero es la

primera vez que avisa de que está aquí. Algo es algo. Sus nudillos sobre el cristal fino de la ventana suenan como piedras pequeñas. Está tan consumida que parece que solo tiene huesos y una piel llena de líneas, surcos y manchas que la recubren entera. Una piel que le boquea por todas partes. Una piel que se le ha quedado grande. Me miro ahora el brazo apoyado sobre el escritorio y la piel me va justa, creo que todavía es de mi talla. Aunque en la parte interior de los muslos y en alguna otra zona siento que ya no me aprieta como antes. Que se quiere desabrochar. He salido y he visto a Ángela con la cabeza rígida dos pasos más abajo, pisando con sus zapatos negros de goma la hierba viva del jardín. No le he dicho que pase porque no creo que fuese a entrar. Y, además, no quería que lo hiciera. Llevaba un vestido más oscuro que el de ayer, prácticamente negro, la piel se le veía aún más lechosa y la tela le cubría hasta la mitad de la espinilla, que le bajaba huesuda hacia los tobillos finos como los de un pájaro.

—Tocan a muerto.

—¿Qué?

—Las campanas, ¿las oyes? Tocan a muerto. Voy a ver quién es el de hoy.

Y se ha ido con los pasos cortos, las caderas anchas, el cuerpo fino, los huesos del cuello hundidos, la piel cayéndosele por todas partes como una camisa grande. Es que ha llegado y se ha ido con la misma fluidez con la que sale un mensaje de WhatsApp en la pantalla y desaparece tras deslizar el dedo. Llega, me lo cuenta y se va. Ángela ha venido esta mañana para entregarme una notificación con la boca. Plop. Me ha dicho que alguien se ha muerto. Declinar. No creo que sea algo dramático que aquí se muera alguien. Puede serlo porque cada vez hay más hueco, pero no por la posibilidad de que mueran jóvenes. Una persona de cuarenta años o así. Algo trágico. Es la primera vez que escucho el sonido que hace un pueblo cuando uno de los suyos muere. No son sollozos. Por lo menos no se escuchan desde esta casa. O no se escuchan todavía. No sé si al muerto de esta mañana le quedará alguien vivo para que llore su muerte o si, como a Ángela, solo podrán llorarle las flores del jardín. Son campanas que suenan.

Primero la una, luego la otra. Dejan un eco entre medias. Una notificación que recorre el aire pesado y fresco de este pueblo. Y así se ha enterado Ángela y todo el mundo, incluida yo, de que alguien ha muerto. No sé si tocan las campanas justo cuando muere o esperan un rato. ¿Quién certifica aquí la muerte si hoy es viernes y no viene el médico? ¿Vendrá para esto? Podría traer la pieza que me falta en el termo. Espero que no haya sido Vicente el muerto, que el pueblo me dé una tregua y me deje al manitas al menos hasta que solucione lo del agua fría. Luego ya, pues mira, que suenen las campanas que tengan que sonar. Qué malvada soy, ¿no? Ya sería mala suerte que el muerto fuera justo la primera persona que he conocido aquí. Me daría algo de pena, la verdad. Parecía buena persona. Eso es lo que suele decirse de los muertos que conoces poco, ¿no? No, en serio, me caía bien. ¿Por qué lo digo en pasado? A ver, que Vicente no será el muerto. Supongo que si hubiese sido él, Ángela me lo hubiera dicho al volver. Y no ha vuelto. Quiero decir que no se ha vuelto a pasar por aquí. Que yo sepa. Después de irse ella, ha sonado el teléfono fijo. El teléfono fijo es solo para llamar a números fijos. O para recibir sus llamadas. Eso es lo que me dijo Peralta el primer día que entré en esta casa. No se puede llamar a móviles porque la tarifa no lo incluye. ¿Y quién tiene teléfono fijo en 2023? Peralta. Pensaba que me iba a llamar más tarde, que me dejaría un poco más de margen. No sé. Supongo que más tarde de las doce del mediodía de un viernes él no está pensando en esta persona que ahora escribe de la cual podría ni recordar el nombre. A esas horas él ya está pensando en la pachanga de mus o en lo que sea que haga un funcionario de sus características que vive donde sea que viva que no es en este pueblo enlutado.

—¿Dígame? —Se ve que en los teléfonos fijos contesto diferente que con un móvil en el que no existe casi nunca la sorpresa de no saber quién me llama.

—Buenas, ¿cómo estás?

Y, sin esperar a que añada nada más porque en realidad cómo estoy le importa más bien poco, ha dicho sin comprobar siquiera si soy yo:

—Soy el señor Peralta Responsable-del-programa-de-repoblación. —«De segundo apellido», he pensado—. Te llamo para hacer el

seguimiento de evaluación de progreso. Tal y como te informé, hoy es la primera comprobación. Vamos a ver…

No ha esperado que hablase, ni siquiera que le saludara. Quería salir puntual. O antes. Mejor antes. Siendo viernes, antes de llamarme habrá hecho una breve pausa de tres horas para el segundo desayuno de la mañana en lugar de la fugaz hora y media habitual. Si en una ciudad que te sorbe como una pajita algunos que tienen contratos en las oficinas salen los viernes a las tres, imagínate Peralta. A las doce y media debe de estar ya en su casa de la playa sujetando un vaso de coñac. No tengo ni idea de cómo es el edificio que alberga las oficinas administrativas públicas en las que trabaja, pero estoy segura de que habrá estado vacío de funcionarios casi toda la mañana de hoy. El bar de al lado, que tampoco sé cuál es, lleno. Las personas que necesitan hacer papeleos permanecen absortas mirando las pantallas de sus móviles, sentadas en la recepción del edificio en una de esas sillas duras de caucho azul mientras esperan a que los Peraltas de turno vuelvan de desayunar o de esa reunión a la que han salido un momentito, según les ha dicho la recepcionista mientras ella se escapa otro momentito a otra reunión que tiene con un cigarro muy importante. En la puerta.

—Entonces, bien —ha carraspeado—, vamos a ver. Hoy solo necesito que me respondas a una única pregunta. No nos llevará mucho tiempo.

«Menos mal», he pensado. Yo también quería salir pronto de esto.

—La fase uno, esta en la que nos encontramos…

«En la que me encuentro», mi mente no paraba.

—… porque, como bien te expliqué en su momento, la evaluación de progreso consiste en cuatro fases iniciales que van escalonadas semana a semana durante estos primeros treinta y un días.

«Parece un concurso —me he dicho a mí misma—. A ver si paso a la siguiente fase. —Me he reído por dentro, pero estaba nerviosa, no te creas, *journal*—. A ver qué me pregunta porque tendré que ser ágil para inventarme algo».

—Pues bien, en esta primera fase, se trata de que la persona seleccionada, o sea, tú…

«Lo está leyendo», he pensado.

—… identifiques dónde colocar la primera pieza de la activación. Te explico, es muy sencillo. Necesito que, ahora que ya has completado casi tu primera semana en el pueblo, me respondas a la siguiente pregunta…

«A ver si me llevo el rosco. Venga, Peralta, querido, sigue que me estoy poniendo nerviosa de escucharte masticar tanto las palabras», las palabras saltaban por mi cabeza.

—¿Qué edificación de las cuarenta y siete disponibles en la actualidad va a ser la que decidas intervenir para activar el primer modelo de actividad que actúe como tracción para aumentar el censo poblacional teniendo en cuenta que, de las cuarenta y siete disponibles, ocho son las catalogadas como de interés para el pueblo?

—¿Es una pregunta? —le he dicho. No ha respirado ni una vez.

—Sí, claro. —Y se ha callado. Lo he escuchado coger aire a través del teléfono. Y «que respires y vuelvas a respirar», me ha notificado el reloj vibrando de forma intermitente. He declinado sin respirar.

«Más que una pregunta parece un problema», he pensado. No solo porque no tenía ni idea de qué responderle todavía, sino también porque me lo ha dicho en dialecto funcionarial y no sé si lo he entendido bien.

—Perdona, ¿me lo puedes repetir?

—Sí, claro. ¿Qué edificación de las cuarenta y siete disponibles en la actualidad va a ser la que decidas intervenir para activar el primer modelo de actividad que actúe como tracción para el censo poblacional teniendo en cuenta que, de las cuarenta y siete disponibles, ocho son las catalogadas como de interés para el pueblo?

«Ah, pues lo he entendido perfectamente», he pensado. Pero no he dicho nada.

—¿Y bien? —me ha dicho. Tenía prisa, claro.

Supongo que el señor Peralta no quería oír nada más que la respuesta a esa pregunta. Apuntarla en la ficha e irse a la casa de la playa, porque aquí en octubre la gente todavía se va a la casa de la playa. Lo sé por una compañera del *coworking* que era de Valencia. Para mí, siendo de Madrid, el 1 de septiembre la playa se cierra y se

abre la ciudad. Así que en octubre, normalmente, lo único que me cubre hasta el cuello de lunes a viernes —y también algunos fines de semana, como buena autoempleada— es el asfalto, las facturas, los clientes, el metro, las prisas y el estrés. Excepto este año, que estoy sumergida en un pueblo hueco en el que parece que es imposible hacer pie. Él debía de estar esperando una respuesta para irse y dormir una siesta en calzoncillos y calcetines. En la casa de la playa. No debía de ser este un buen momento para decirle que me estoy duchando con agua fría y que hoy se ha muerto alguien. Que esta casa es un despojo. «El colchón es una tortura, Peralta. Hay bichos en las cañerías. Casi se me cayeron en la cabeza el otro día». Parece que el señor Peralta del teléfono, una vez ya estoy en este pueblo, acentúa su actitud funcionarial. No se parece del todo al que me vino a buscar a la estación y me contó algunos detalles de su vida mientras giraba el volante hacia uno y otro lado en la carretera de serpiente que me trajo hasta aquí.

—He estado pensándolo mucho, señor Peralta. Es una decisión que no me gustaría tomar a la ligera —le he dicho con cierto impulso para construir mi argumento en ruinas.

Ha asentido con un «ajá» seco. Y he aprovechado cada sonido que ha hecho para parar de hablar y pensar qué decir.

—Ah, no. Pensaba que me querías decir algo —he añadido.

—No, no. Sigue.

—Decía que estos días he estado observando y hablando con todos los habitantes que he podido —le he mentido sin pudor, ¿cómo iba a salir de esta?— para empaparme de la vida del pueblo. —«¿Qué vida, Clara?».

—Ajá.

—Me he pasado muchas horas sentada en el banco de la plaza viendo cómo se mueven las calles desde allí. Metafóricamente hablando. —Y he soltado una risa falsa que buscaba complicidad y se ha encontrado con una pared de silencio gris—. Lo he hecho para intentar sentir el latido de este paraje y detectar así la mejor maniobra que podría hacerlo bombear más fuerte.

—¿Y bien? —Le estaba metiendo prosa y lo ha notado. O puede que

solo haya estado mirando el reloj mientras he hablado.

«Me lanzo», he pensado.

—Después de darle muchas vueltas —le he dicho—, creo que la mejor opción según los datos que he recabado hasta el momento es intervenir el edificio de al lado de la iglesia.

Ha seguido en silencio y yo no he añadido nada más. Ha sido breve, pero ha parecido que durase media hora. Y me ha lanzado una pregunta redonda como un salvavidas:

—¿La casa parroquial?

—Sí, eh, exacto, la casa parroquial. —Parecía que no dudase en la confirmación.

—Bien, pues la casa parroquial. Ya ha quedado apuntado en el documento de evaluación.

No me lo ha cuestionado. Solo quería una respuesta. Apuntarlo en el documento. Colgar. Irse a la playa. Olvidarse de este pueblo. Ser otro avión que pasa sobre nuestras cabezas. Y de mí. Ha caído un pegote de mayonesa sobre la «n» del teclado y al pasarle la servilleta se ha metido por la ranura. Espero que no se rompa. «Nnnnnnnnnn». No. Estoy cenando un sándwich de lechuga y mayonesa. No tenía nada más que le pegara. La pizza no me ha salido bien. Ha sido un desastre. Ha salido fatal. Ha quedado la masa cruda. Es que no sé cómo va este horno. Por arriba se ha carbonizado, no he podido ni salvar la cebolla ni los champiñones. Me hubiese ido de maravilla meterlos en este sándwich, pero se han quedado negros, incomibles. No sé. La he puesto en la base del horno y he encendido el fuego de abajo. No sé a qué temperatura porque los números de la ruedita están borrados y creo que no pone los grados. Lo que vaya cogiendo. Y ha quedado la masa con una capa fina crujiente por abajo, pero todo lo demás estaba crudo en medio y la parte superior negra como si la hubiese pintado con un espray. Con una textura de plastilina lamentable. Es que en ese horno solo puede haber una parte encendida a la vez. O arriba o abajo. Y ya está. El reloj me avisa para que beba agua. Ya cierro esto, entonces. Bueno, espera. Agradezco estar una semana más lejos de pagar la penalización. Agradezco que el señor Peralta sea tan imbécil

porque agradezco haber pasado la pregunta de la edificación que intervenir aun sin saber cuál es la casa parroquial.

Sáb., 7 oct.

No me quieren aquí. Los viejos del bar me hubiesen vendido hoy mismo a cualquiera que pasara, pero por aquí nadie pasa. Todo el pueblo está en venta. No todo, pero sí muchas de las piezas que lo componen. Un montón de casas huecas que nadie quiere. No entiendo muy bien cómo funciona esto. En las ciudades, como estamos todos apiñados, todos queremos los mismos pisos y a muchos les da igual el estado. A mí no, la verdad. Pero sí que me he ido adaptando al precio, que ha ido subiendo de unos años a esta parte cada vez más. Y primero me ponía de puntillas, pero es que ahora ya me parece que es una broma de mal gusto. Estoy esperando a que salga alguien, un político, un vecino, no sé, y diga: «Que no, que era broma todo esto que está pasando». Y que tire de una cuerda y, como en *El show de Truman*, toda la absurdez de vida que llevamos se caiga como un decorado para dar paso a la verdad. Que no sé cuál es, pero la realidad no debería ser adaptarnos a precios más altos y espacios más pequeños. A trabajar más y dormir menos. A sentirnos constantemente agotados. No puede ser que nos empiece a parecer barato pagar mil euros por un piso destartalado de veinticinco metros en Puente de Vallecas. Porque «es que así como está el mercado no está mal, ¿eh?». Uy, he oído algo. ¿Qué es eso? Parece una oveja. Hace «beee» y tiemblan un poco los cristales. Pero ¿en qué parte del pueblo están las ovejas? Bueno, a lo que iba, que en cuanto sale un anuncio de una vivienda algo decente (es decir, que tenga baño y quepan los pies en la cama sin rozar la pared) vamos todos a la caza. La balanza está tan descompensada que allí, en Madrid, en el último piso en el que estuve, este del que ahora me echaban, tuve que hacer un casting de acceso con cinco seleccionados de entre decenas que habíamos visitado el piso desde que colgaron el anuncio hacía tres días. Pruebas de acceso

para tener un techo en el que vivir. Aquí, en cambio, nadie marca los teléfonos que decoran como grafitis las paredes. Hay un montón de casas que se venden, ¿dónde deben estar los que las venden? Corriendo en las ciudades ¿Por qué nadie las quiere comprar? A mí me han tenido que pagar, cederme una casa gratis y los gastos de la comida incluida para traerme hasta aquí. Y no hubiera venido —aun con estas condiciones y el pago de dos mil euros por mes que aguante en este pueblo— si no estuviera tan quemada. Si no hubiera estado vomitando todas las mañanas de mis dos últimos meses en Madrid porque ya no tragaba más ese ritmo. Le he preguntado a la señora del bar —hoy he ido al bar por primera vez a pedirme un vino que me ha servido, por cierto, de una garrafa blanca— que cuánto costaba una casa aquí.

—¿Para comprar? —Los ojos de la señora como platos y sus brazos como dos asas apoyadas en la cadera.

—Sí, claro.

—Pues, mira, el hijo de mi prima vende la suya de cuatro habitaciones y la tiene por siete millones.

—¿Qué? ¿Pero cómo puede ser?

—Sí, hija, y nadie la compra.

—Pero ¿siete millones de qué?

—De pesetas.

—¿Y eso cuánto es?

—¿En qué?

—En euros, señora.

—Yo es que las cosas grandes todavía las cuento en pesetas —me ha dicho con una sonrisa de ratita de dientes falsos—. Míralo ahí. —Ha señalado mi móvil, que estaba dado la vuelta sobre la mesa pegajosa de plástico blanco. Al lado de mi vaso de vino agrio.

«Lo busco», he pensado.

—No se carga —le he dicho.

Había más gente en el bar. Es el lugar de este pueblo en el que he visto a más personas juntas. Tal vez diez o quince. Parece el centro cultural, una plaza cubierta. Creo que algunos llevan sus propias

bebidas. Se ve que aquí no van al bar para pedir unas raciones. Van a encontrar vida que salpique de cierta alegría la monotonía de sus cuerpos descompuestos. Habría, no sé, eso, unas quince personas. Imagínate, un montón de gente para lo que es este pueblo. Mujeres y hombres. Uno o dos desperdigados en sillas sueltas. Dos señoras cosiendo en la mesa de al lado de la ventana sin nada sobre la mesa. Y los demás, todos juntos, alrededor de dos mesas pegadas con un dominó desplegado. En las paredes, no había un corcho del que colgara mi foto con todos esos datos que imaginé. Pero al entrar me han recorrido de arriba abajo cada uno de los ojos que había allí. Como perros sin dueño. He notado cómo sus hocicos húmedos me rozaban, olisqueándome con cierto desprecio. Es incómodo estar con esta gente. Algunos viejos pueden llegar a ser peores que un puñado de adolescentes en el patio de un colegio. Me zumba la muñeca. Es la notificación de Headspace. «La aceptación no significa apatía». Declinar. He visto cómo alguno, incluso, apuntaba su mirada fija en mi frente y después en el suelo, como un perro que mea un chorrito corto en cada esquina para marcar el terreno. En cambio, Pura, la vieja que lleva el bar, no me ha meado en el vaso. Me ha tratado casi como si fuese una vieja más. No he notado diferencias en su forma de hablar ni de mirarme. Y hemos estado hablando un buen rato. Esos viejos del bar debían de estar volcando con sus miradas de perros rabiosos la frustración de que la joven que ha entrado por la puerta no haya sido una de sus hijas o sus nietas. Qué culpa tengo yo. O no sé. ¿A ellos también les da rabia ver la vigorosidad de un cuerpo más joven? A lo mejor se echan de menos cuando me ven, como me pasa a mí cuando me cruzo con una veinteañera en el metro. O lo más probable es que todo esto sea una película que me estoy montando en la cabeza. El tiempo libre me está taladrando el pensamiento. Estoy llegando a sitios de mi cabeza y a unas conclusiones que, de verdad, a veces me parecen barcos hundidos. Voy al baño que no puedo más. Ya. Hace un frío en el baño que te mueres. Tiene una ventana pequeña que da directamente al campo y entra viento por las esquinas. Las telarañas que crecen una y otra vez sobre la madera del marco se mueven como el fuego de una vela. Qué asco. Pensaba que a lo mejor

simplemente me miraban así esos viejos por mi melena anaranjada. Tal vez al verme entrar hayan cruzado los dedos, tocado madera, ¿se han santiguado? No los he visto, pero a lo mejor lo han hecho con la cabeza sin mover las manos mientras se decían a sí mismos «cuidado, que trae mala suerte». No sé. ¿Habrán pensado los muy viejos esa absurdez de que las pelirrojas damos mala suerte? A lo mejor solo me miraron por el traspié y ya está, la cabeza se me embala. Porque, muy en mi línea, al entrar me tropecé con el escalón de la puerta del bar. Era un escalón fino, de esos que no tienen sentido. ¿Para qué los hacen? Un escalón que no sirve para nada más que para poner a prueba la habilidad de quien lo pisa. He entrado, me he tropezado y he pedido perdón. «Perdón», he dicho ridícula al aire. No sé si le pedía perdón al suelo. Perdón por estar allí. Perdón por mi error. Perdón por estar pisando un pueblo que no es mío. Perdón por ser más joven. Perdón por ser de la ciudad en la que se supone que existe la prosperidad. Perdón por haber escapado. Perdón por llegar a este pueblo sin nada. Sin pequeños diablos que correteen por las calles y las llenen de risas agudas. No sé. Pedir perdón ha sido una reacción automática. No sé muy bien por qué lo he hecho. Ni a qué. Entrar. Escalón. Tropiezo. Todos esos sabuesos observando. Perdón. Nadie me ha respondido. ¿Qué deberían haberme dicho? ¿Puede que «uy, cuidado no te caigas»? ¿Una risilla de complicidad? ¿Algo así como «tranquila, a mí me pasa cada día y llevo entrando por esa puerta ochenta años»? No sé qué busco en esta gente, si es que busco algo. He entrado en el bar porque hoy he trabajado bastante en la idea del programa de repoblación, no sé si he avanzado en algo, pero sí he dedicado tiempo a pensar. Y me ha apetecido un vino al terminar. Me he pasado, valiente, por ese bar como lo haría en Madrid al salir del *coworking* de vuelta a casa. Pero, en lugar de una copa de vino blanco con un hielo, me he bebido en un vaso bajo de color caramelo lleno hasta arriba un vino negro que ha salido de una garrafa enorme blanca. La vieja del bar, Pura, ha abierto un grifito pequeño en la parte inferior del recipiente y me ha llenado el vaso a rebosar. Los perros me miraban. No sé si aquí las mujeres no se piden un vino al acabar de trabajar. ¿De qué trabaja esta gente? Porque, aunque sean

viejos, alguien tendrá que trabajar.

Se lo he preguntado a la señora. A la del bar. A la única que estaba allí trabajando. Y me ha dicho:

—¿Aquí? Aquí todos trabajamos en muchas cosas.

—¿En qué cosas? —«¿Pero trabaja esta gente? Si el más joven tiene setenta y dos tacos».

—Mira, yo, además de llevar este bar desde hace más de cincuenta años, tengo detrás de mi casa un corral con más de treinta patos. Y una tierra que llega hasta la carretera, con más de trescientos almendros y otros tantos manzanos.

«No sé qué me quiere decir. Entonces ¿para qué trabaja a su edad en este bar si tiene tantas cosas?», he pensado.

—Por las mañanas acompaño a mi marido a la tierra. Él pasa el tractor o arregla algo, fumiga, corta ramas, quema los rastrojos. Uy, aquí siempre hay cosas para hacer.

«Está claro que vivimos en este pueblo con unos ojos completamente distintos», me he dicho a mí misma.

—Y yo, depende de la época, recojo las almendras, las manzanas o hago conservas. Lo que toque. Pero todos los días, todos los días, todos los días vamos allí a trabajar. Y después sobre la hora de comer vengo al bar y echamos la tarde.

—¿Y qué prefieres?

—¿De qué?

—¿El bar o lo del campo?

—Uy, no sabría qué elegir. —«Habla rápido», he pensado. Tiene la agilidad verbal de alguien más joven. Como si fuera una voz de treinta metida en el disfraz conseguidísimo de un cuerpo de vieja—. Si esto para mí no es un trabajo. Aquí nos juntamos todos. En el bar. Piensa que aquí ya hay mucha gente que vive sola. Esto es como tener una casa común donde pasar el rato. Cómo voy a dejar yo de abrir el bar. Uy, no, quita. ¿Qué te crees?, ¿que estoy ahora aquí por hacer negocio? Pero si yo por estar aquí ya no cobro, como aquel que dice. A mí esto lo que me da es la vida. Bueno, a mí y a muchos.

—¿Cómo no vas a cobrar, mujer? —Se ha reído fuerte y todos han vuelto a mirarme otra vez con cara de perros. Pura les ha levantado la

mano. Al momento han seguido cada uno a sus cosas: a las piezas de dominó, a las agujas de tejer, a las conversaciones de que ayer se murió Emilio. Emilio se murió. Yo no he sabido quién era Emilio, pero sabía que no era Vicente, menos mal. A lo mejor mañana otro de los que estaba en el bar ya no está. En este pueblo la muerte es una habitante más que deambula por los rincones ladrando al que le toque.

—¿Sabes cuántos años tengo?

—¿Setenta y dos? —No me lo he pensado.

—Ochenta y nueve.

—Venga ya.

—Si a mi edad dejo de hacer lo que he hecho siempre, si me paro en seco, si dejo de ir a trabajar al campo, si no abro más el bar, si me quedo sentada como una vieja en la butaca de mi casa, maaalo. Soy feliz haciendo lo que me gusta, sin prisa.

Hoy, mientras escribo esto, escucho más a menudo a los animales. El perro ladra a lo lejos. Tengo las ventanas cerradas, pero aun así los escucho. Hay uno en concreto que no sé qué es, pero hace un sonido ronco con el que parece que reverberan los cristales. Los cristales de estas ventanas son simples cuadrados finos para separar lo de fuera y dentro. No, pero, en serio, ¿qué es eso? Hay animales que reconozco, como la oveja de antes. Cabalgan en el silencio y parece que lo llenan con sus sonidos, espaciados y rizados, como una moqueta mullida en la que han caído palomitas. Y cada sonido es una palomita imposible de no admirar sobre el fondo gris de este silencio. Ay, palomitas. La cabeza, qué cosas. Ahora, antes de irme a dormir, vería una peli en Netflix y me haría unas palomitas de esas de microondas. Esas que huelen muy fuerte a mantequilla. A lo mejor taparían el olor de esta casa. Sigue oliendo a…, no sé cómo explicarlo; huele como a serrín, el serrín que echan cuando alguien ha vomitado. Pero solo al serrín, no al vómito. Es que no huele a nada que haya olido antes. Me es muy difícil encontrar la forma de describir este olor. Además, cuanto más pienso en él, más me huele. Si existiera un queso fuerte de madera, así olería esta casa. A roquefort de madera.

Pura, la del bar, ¿tiene ochenta y nueve años? Creo que me ha mentido. Me lleva más de una vida de ventaja y habla con una voz que parece que renueva cada día. ¿Qué voz tendré cuando sea vieja? ¿Seré vieja alguna vez? Al ritmo que vivo, por más que siempre esté mirando hacia el futuro, para alcanzar por lo menos con los ojos la esperanza del próximo día libre, las próximas vacaciones, el próximo viaje, ¿una casa más grande?, y poder así seguir alimentando la energía con la que necesito vivir el resto de días hasta que eso llega, nunca me he visto de vieja. Ay, me llama Paula. Qué raro porque siendo sábado y a estas horas, ¿no habrán salido a cenar por ahí? Me siento agradecida por… Mierda, me va a colgar. Lo dejo aquí.

Dom., 8 oct.

Hoy no tengo ganas de escribir. He ido a ver la casa parroquial. Y solo la he podido ver por fuera. Al menos ya sé cuál es. Está pegada a la casa descapotada con papel en las paredes que está al final del pueblo. Al lado de la iglesia. No puedo verla por dentro porque no saben dónde están las llaves. Creen que las puede tener el último párroco que estuvo viviendo allí porque ahora el cura vive en una casa normal de las de abajo. Hay tantas vacías que la Iglesia elige lo que quiere, ¿no? Bueno, estoy de mal humor. Punto. Y no tengo ganas de escribir. Ya está. Que no saben dónde están las llaves y ya me avisarán. Eso es lo que me ha dicho Peralta esta mañana en un mensaje de texto. Le pregunté el otro día, después de nuestra conversación, que cuándo podría entrar a verla. Y él me ha contestado esta mañana, sin ninguna urgencia, para decirme que existía este problema. Me lo ha escrito por SMS y Siri me lo ha leído porque en la pantalla de mi móvil es imposible leer nada. Cuando ha sonado el mensaje ni me he esforzado en entenderlo porque pensaba que sería una notificación de cualquier oferta de MAC Cosmetics o de Supercor, no sé. Pero he visto después que era Peralta, se ve que en los organismos públicos tiran de SMS para mantener las distancias, no vaya a ser. No sé cómo será por dentro esa casa. A ver qué se puede hacer allí. Bueno, que da igual, que ya escribo mañana. Hoy ha ido todo mal. Todo mal. A veces pienso que, al cumplir años, todo se va poniendo cada vez más y más complicado. Pensaba que a mi edad ya lo tendría todo ordenado, pero no. ¿Qué es tenerlo ordenado? Es que ni lo sé. Porque, si tenerlo ordenado es lo que hace Paula, no quiero orden. Creo que prefiero este caos absoluto en el que me encuentro en esta casa extraña y carcomida que seguir viviendo en el cansancio de Madrid. Bueno, no lo sé. Esta mañana he estado un buen rato tranquila —hasta que ha

pasado lo que ha pasado—, allí fuera de la casa parroquial, pensando sentada en una de las piedras grandes que hay en el suelo por el desprendimiento del techo de la casa de al lado. Deben de llevar años esas piedras ahí. Son enormes, irregulares, de tierra clara deshecha y piedra dura, me llegan más o menos por las espinillas. Pues, cuando me he ido a levantar para acercarme a ver las vistas de la sierra, se ve que he metido el pie en el hueco entre una piedra y otra, se me ha quedado encajada la deportiva, me he torcido el tobillo para afuera y me he caído a plomo hacia delante. Qué dolor. Me palpita. Es como si los muros de esa casa descapotada me hubiesen querido hacer la zancadilla. Parezco tonta. Me he caído como a cámara lenta. Menos mal que he puesto las manos y no me he dado en la boca con una piedra. ¿Te imaginas? Lo que me faltaba. Debo de ser la única de este pueblo que aún conserva sus propios dientes y los pierdo en un traspié. A ver, no me he dado con la boca, pero tenía el móvil en la mano y la pantalla se ha quedado como un espejo roto. ¿Cómo van las cosas? Mal. Van mal. Antes de tropezarme con el tejado desprendido, le estaba dando vueltas a la cabeza, allí, sobre el terreno. Sí, he ido para eso. A lo mejor lo podría haber pensado desde aquí, sentadita en este sofá de terciopelo, y no me hubiese pasado nada de lo que me ha sucedido hoy. Bueno, no sé. He ido allí por si el espacio, o lo que podía ver del terreno (lo de fuera de la casa parroquial y sus alrededores), me inspiraba. Y, antes del traspié, he pensado en cosas como que a lo mejor puedo montar una base de alquiler de bicis de montaña. Aquí hay montañas para rato, no se ve el final. Quizá la gente vendría a practicar deporte. No sé. O hacer algo relacionado con lo que se produce aquí: árboles de varios tipos, animales grandes y pequeños y un montón de viejos. No sé. Lo de los pueblos autosuficientes tiene mucho tirón y este pueblo, aunque a un pulso bajo, palpita prácticamente solo. A lo mejor sería cuestión de hacer alguna campaña que se haga viral. Los viejos hablando funcionan bien en los vídeos. Bueno, no sé. Que hoy no tengo ganas de escribir ni de agradecer ni de respirar cuando me lo diga el reloj ni de nada. Estoy de mala leche. Es que qué asco de calles tiene este pueblo, todas llenas de socavones, adoquines, tierra y gravilla, que parece que vivimos en

una aldea asfaltada en Cuba. Los viejos se pasean con esos pasos cortos como si en lugar de pies tuvieran ruedas de quad, y yo me caigo. Menos mal que no me ha visto nadie. ¿Qué voy a agradecer hoy? ¿Qué? A mí esto del *journaling* creo que no me está funcionando. ¿Es porque siempre lo escribo por la noche? Creo que no lo estoy haciendo bien. No noto ningún efecto. Ya no sé qué hacer. Me voy a un pueblo perdido, escribo, respiro, bebo agua, paseo por la naturaleza y sigo igual de agria y estresada que en la Gran Vía. Debe de ser que me lo he traído puesto y que por más que sacuda no se va. Que el estrés se clava en la carne cuando ya te ha traspasado la dichosa pajita esa y lleva tiempo desintoxicarse. O que, tal vez, esto haya sido una tontería y es muchísimo mejor el ritmo que ha impuesto el mundo en las ciudades. Resignarme a morir joven. Aquí no puedo ni amasar porque el horno es una mierda. Puedo amasar, pero no comerme lo que hago. Bueno, da igual. Parece esto una pataleta de una quinceañera. Desde hace meses tengo la sensación de que vivo siempre cabreada. Yo antes no era así. Nunca he sido tan borde. No sé qué me pasa. Me doy más cuenta ahora que lo escribo casi todo. No quiero seguir escribiendo hoy. Ya está. No hay nada que hacer aquí. Da igual. Fin. ¿Los agradecimientos?, a ver si sirven para hacerme sentir un poco mejor. Gracias, pueblo. Gracias. No sé…, ¿por qué? Gracias pueblo por hacerme echar de menos los golpes en el hombro al caminar por la calle Preciados, la música del motor de los coches pasando de un lado a otro, la sensación de ir hacia alguna parte por correr desesperada para coger el metro y no tener que esperar tres minutos a que pase el siguiente porque es demasiado tiempo que perder. Gracias, pueblo. Gracias porque creo que esta forma de ver la vida que acabo de dejar es lo mejor que me estás dando. A lo mejor todo esto ha sido un error. Tendría que haber buscado otra vez piso en Madrid, aunque me echaran del mío, aunque fuera a vivir metida en la rueda de hámster dentro de una jaula diminuta en un piso pequeño. Aunque tuviera que trabajar toda la vida para comprar tiempo. ¿Es eso lo que realmente quiero? Hoy no ha sido una buena idea el *journaling,* me hace darme cuenta, me hace reflexionar, y yo lo que quiero es acción. Quiero seguir avanzando con esto en lo que me he



metido. Que pasen las semanas rápido. Acabar con esto. No sé. ¿Es eso?

Lun., 9 oct.

Llevo una bolsa de guisantes congelados atada, con mi camiseta elástica de Decathlon, al tobillo izquierdo. Casi no puedo apoyar el pie. Si ando con el talón sobre la zapatilla, arrastrando un poco la pierna y botando ligeramente con la otra, más o menos me puedo desplazar hasta el baño o la cocina. Parando de camino, porque me rebota el dolor. Noto cómo me palpita el tobillo como si estuviera allí, en esa bola que se me ha formado en la parte exterior, otro corazón que siente y retumba. Llevo todo el día bajo este techo mugriento con el pie en alto. Uf, cómo me palpita. Hoy me he puesto el ordenador en un cojín sobre las piernas para mi práctica de *journaling*. Tengo más ganas que ayer. Por lo menos me desahogo. He probado a sentarme en el escritorio, pero si pongo el pie para abajo me late más fuerte y parece que tengo flato en el tobillo. El médico no va a venir esta semana. Gracias, pueblo. Es ironía. Ha venido Ángela, la vieja de la vecina, y me lo ha dicho. Ha estado aquí casi toda la tarde. Ha entrado sin tocar, al estilo de este pueblo que odio cada día con más fuerza. Pero ¿no llevaba sin entrar en esta casa desde que se murió la hermana? Pues bien, he tenido que llegar yo para que se atreviera a entrar después de doscientos años. Porque de verdad que esta vieja debe de tener esa edad. Es que no me lo explico. «Ni mi li ixpliqui», diría Paula. La echo de menos. Ayer, la vieja, en lugar de pasear solo por el jardín quitando una hierba aquí y una manzana allá, también abrió la puerta despacio y me preguntó que cómo estaba. Yo estaba tumbada en el sofá, así que me hice la dormida sin responderle y se fue. Pues, como decía antes, hoy ha entrado directamente sin preguntar. Sin tocar con sus dedos huesudos, se ha plantado en el marco de la puerta. La he visto llegar con el cuerpo hacia delante, buscando en ese balanceo una inercia que debió de perder hace veinte

años. Venía como si hubiera aquí dentro algún fuego que le corresponde salvar para no perder también el vacío del vacío que dejó su hermana. Bueno, yo qué sé. Mira, que está loca y ya. O es una cotilla. Trato de entender por qué hacen las cosas la gente de este pueblo, pero de verdad que cada día lo entiendo menos. Pensaba que todo esto sería algo más fácil. Pero qué va. Ha entrado y se ha plantado en el marco de la puerta. Toda la luz de la calle rodeándola por detrás, desde mi perspectiva parecía un ángel malvado con ese halo de luz que le envolvía el cuerpo magullado por los años. Y me ha dicho que estaba preocupada, que le habían dicho que me había hecho daño.

—¿Pero quién te lo ha dicho? ¿Preocupada tú por qué?

—¿Necesitas algo?

—¿Esto qué es, una batalla de preguntas?

—¿Una batalla? No.

—Ah, bueno, no sabía. —Se lo he dicho tan seca que creo que se me ha crujido un poco la piel de los labios—. ¿Qué haces aquí dentro?

—¿Dónde?

—Aquí, Ángela, dentro de esta casa. ¿No decías que…?

—Bueno, todavía no he entrado. —Se ha mirado sus zapatos negros de goma sin cordones.

—¿Cómo que no? —Ha dado un paso pequeño hacia atrás y ha recorrido con esos ojos ácidos y vivos rodeados de tantas arrugas la pared del fondo; su mirada ha caminado hacia aquí pasando por las sillas roídas del comedor, por el suelo agrietado que separa una estancia de la otra, por el marco del techo amarillento, luego ha bajado trepando por la pared (todavía con los cuadros oscuros) hasta llegar al sofá de terciopelo en el que yo estaba tumbada y, finalmente, sus ojos se han quedado agarrados como un velcro a la butaca orejera que tenía al lado.

—Sí, bueno. Sí estoy un poco dentro —ha balbuceado, los dientes se le movían todos a la vez. Si fuera bien internet en este pueblo obsoleto, le compraba una de esas pegatinas que se ponen en las encías para que la dentadura no se menee. Me han hipnotizado sus dientes bailando mientras hablaba, no he sabido qué decía, me daba

igual lo que dijera, me daba igual por qué estaba aquí. Pero la he mirado y solo podía mirarla.

—No necesito nada, Ángela.

—¿Seguro?

—Segurísimo. —«No», he pensado.

—¿Has comido? —Ha dado un pasito hacia delante y se ha parado.

—No. Sí. ¿Qué más te da? —No me he querido enfrentar, pero qué más le daba a esta vieja si había comido o no, si estaba bien o estaba mal. Que se fuera a su casa, que me dejara en paz.

—Bueno, no, es que he preparado unas albóndigas y a lo mejor… —En una de las manos sostenía una bolsa que le tensaba los dedos encogidos, pero como siempre mete ahí las manzanas pensaba que estaba llena solo de manzanas. Ha sacado un táper azul apagado.

—No como carne.

—¿Te sienta mal?

—No, no quiero.

—¿No te gusta la carne?

—No me gusta comer carne.

—Esta está muy buena, le pongo un picadito de ajo y le…

—No, Ángela. No como animales.

—¿Animales?

—Sí, ¿de qué animal son las albóndigas que hay en ese táper?

—¿Animal? Pues animal. De cerdo, uno de aquí del pueblo que…

—Pues no como cerdos.

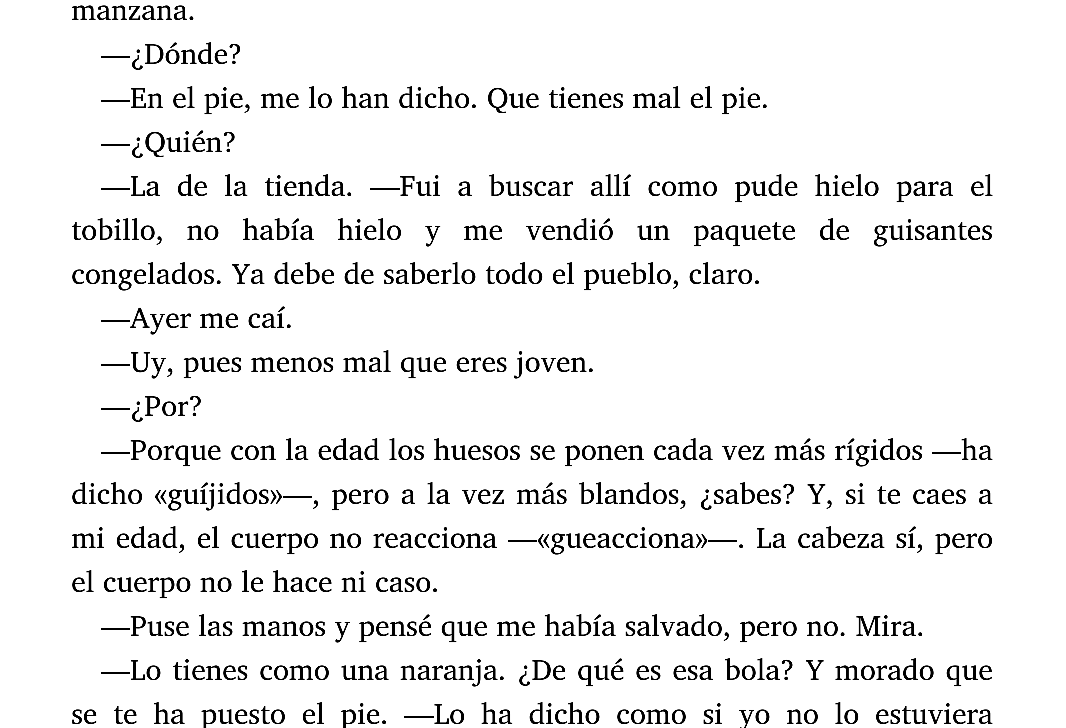
—Ah, bien, bien —ha guardado el táper en la bolsa refunfuñona—, ¿y una manzana?

—¿De este árbol? —Había comido una tortilla francesa y un café en todo el día.

—Sí. Las he cogido ahora. —Parecía que le hacía extremadamente feliz que me apeteciera.

—Vale, una. —Todavía no había probado las manzanas del árbol de este jardín. No las he cogido, no me he paseado por el jardín porque siento que no es mío. Que es de Ángela y, en todo caso, de la muerta que vivía en esta casa. De este pueblo.

—¿Qué te ha pasado? —Ha dado otro pasito y me ha entregado la



manzana.

—¿Dónde?

—En el pie, me lo han dicho. Que tienes mal el pie.

—¿Quién?

—La de la tienda. —Fui a buscar allí como pude hielo para el tobillo, no había hielo y me vendió un paquete de guisantes congelados. Ya debe de saberlo todo el pueblo, claro.

—Ayer me caí.

—Uy, pues menos mal que eres joven.

—¿Por?

—Porque con la edad los huesos se ponen cada vez más rígidos —ha dicho «guíjidos»—, pero a la vez más blandos, ¿sabes? Y, si te caes a mi edad, el cuerpo no reacciona —«gueacciona»—. La cabeza sí, pero el cuerpo no le hace ni caso.

—Puse las manos y pensé que me había salvado, pero no. Mira.

—Lo tienes como una naranja. ¿De qué es esa bola? Y morado que se te ha puesto el pie. —Lo ha dicho como si yo no lo estuviera viendo. Como si no estuviera sintiendo el corazón en el pie—. Pues este martes no viene el médico, ¿sabes?

—¿Mañana no viene? —Quién sabe, a lo mejor lo del pie es lo mejor que me podía pasar en este pueblo. Me permite estar tumbada y descansar. Me hace falta descansar.

—No —lo ha afirmado como si tuviera que saberlo—, ya vino hace dos días, por lo de Emilio.

—¿El muerto?

—Ay, mujer.

—¿Qué?

—Que no lo digas muy alto a ver si va a venir. —Le ha estallado de la boca una carcajada que me ha contagiado. No me esperaba esa respuesta, era un comentario ácido que podría haber hecho yo.

—¿Y si viene qué haces? —le he seguido el juego.

—¿Quién, Emilio? —Ha movido ficha.

—La muerte, te referías a eso, ¿no?

—Pues salir corriendo, qué voy a hacer. —Ha dicho «coguiendo» en lugar de «corriendo».

—Y me dejas a mí aquí con el pie tullido, ¿no? —Ha dado dos pasos hacia delante.

—¿Tú crees que yo puedo salir «coguiendo»? A mí si viene la muerte me atrapa, mujer. Yo ya no me puedo escapar. —He escuchado al perro ladrar a lo lejos, encima de sus palabras. Es graciosa la muy vieja. Los dientes se le mueven mucho cuando habla, y eso hace que diga las erres rotas, como si fueran ges. Como uno de esos niños que no sabe decir «ratón» ni «rueda» ni «rabo», sino que dice «gatón», «güeda» y «gabo». Solo que sale de la boca de una vieja y es como que no concuerda. La mayoría de las personas adultas que conozco dicen la erre entera, aunque de pequeñas algunas no la dijeran bien. Pronuncian la erre con los picos escarpados. Pero ella convierte las dos cumbres en unas montañas redondas que, cuando emergen de su boca, parece que no cuestan ningún esfuerzo. Parece que las pronuncia bien, como si hubieran estado ahí siempre en el paisaje.

—¿Y qué hago? —le he preguntado; se ha puesto cómoda en la butaca de al lado. No le he dicho que pase, pero aquí la tenía.

—¿Si no viene el médico? Pues a lo mejor te podría dar unas friegas.

«Unas friegas con qué. A ver si va a ser la bruja del pueblo», he pensado.

—Espera. —Se ha ido a la cocina con sus pasos cortos, las gomas de sus zapatos han seseado sobre las baldosas, y, al cabo de unos minutos, ha vuelto sosteniendo con esos dedos llenos de meandros una olla que me ha dicho que agarrara—. Ponla aquí, que yo no me puedo agachar tanto.

—Pero ¿qué es?, ¿vinagre? —El olor me ha llegado hasta la coronilla.

—Agua, sal y vinagre. Mete bien el pie ahí.

—¿Y qué me va a hacer esto? A ver si me va a irritar la piel, que huele muy fuerte, Ángela.

—Esto va muy bien para la circulación. Quítate los guisantes y mete el pie ahí —ha insistido.

—¡Pero si está helada!

—Claro, mujer, ¿y los guisantes no? —Me ha hecho reír.

No sé cómo he llegado hasta aquí. Cómo se han dado los hechos para haber acabado con el pie metido en una olla con agua, vinagre y sal mientras charlaba con una vieja que de pesada parece que consiguiera cualquier cosa en un pueblo que no se ve desde ningún avión. No soy nada ahora mismo. La reducción de mí misma. Un puntito parado en Google Maps.

—Ay, Clara. No sabes lo feliz que me hace que estés aquí —ha soltado de repente mientras acariciaba con los dedos regirados el reposabrazos descolorido de la butaca.

—¿Por? —No daba crédito.

—Porque esta casa ha estado demasiado tiempo vacía.

—Ah, ya. —Iba por ahí. Sigo siendo el puntito parado.

—Es una pena. Las casas no están hechas para quedarse solas.

—Algunas sí.

—¿Cuáles?

—Las de veraneo.

—Aquí no veranea nadie.

—Ay. —Me he recompuesto en el sofá, he movido el pie dentro de la olla.

—¿Qué?

—Me duele.

—Eso es que cura.

—Vaya tontería. —Me he reído.

—Es por animarte, mujer.

—¿A ti te duele algo? —Me ayudaría que le doliera algo, la verdad.

—Muchas cosas, claro.

—¿Cómo que claro? —«Menos mal», he pensado.

—¿Tú crees que con setenta y nueve años te levantas de la cama sin ningún dolor? No, mujer, no. Yo me levanto de la cama y un día me duele la cadera y al otro las «godillas». Pero con la edad te acostumbras al dolor porque cada día este es más intenso. El dolor ya no se va. O te duele el cuerpo o te duele el corazón, pero siempre duele algo.

—¿Setenta y nueve?

—Sí, cumpliré ochenta ahora en un mes, el 1 de noviembre. El día de los Muertos. —He escuchado al perro ladrar.

—¿Y ese perro?

—¿Cuál?

—Ese que ladra. Shhh. Escucha. Le escucho ladrar a veces. No sé en qué casa vive.

—Ni idea.

—¿No conoces a todo el mundo aquí?

—Claro, mujer.

—¿Y ese perro dónde está?

—No lo sé. No conozco a ningún perro. Aquí, al final del camino que baja al bancal de los olivos, está el rebaño del Marcelo —ha dicho «pego» y «guebaño del Marcelo». No sé quién es el tal Marcelo— y a lo mejor él tiene un perro para que le guarde las ovejas, no sé. ¿Te molesta? Yo no lo oigo.

—No, pero lo escucho y no sé de dónde viene. ¿No oyes bien? —le he preguntado.

—Sí, ¿por?

—Porque dices que no oyes al perro ladrar.

—No, al perro no, pero a ti que me hablas sí te escucho.

—Espera. —He respirado y vuelto a respirar, el reloj me ha vibrado de forma intermitente y cada vez más seguido hasta que he llenado los pulmones y soltado el aire.

—¿Qué tienes?

—Nada, el reloj, que me avisa para que respire.

Se ha reído tan fuerte que ha tenido que cogerse los dientes para que no se le escapasen.

—¿Y el resto del tiempo no respiras o qué? —Ha dicho «guesto» y no ha dicho «respiras», sino «guespiras», y se me ha escapado una risilla mientras hacía otra respiración profunda.

—Sí, pero supongo que peor.

—Peor ¿por qué?

—No sé, dicen que va bien hacer esto para bajar el estrés. Respiraciones profundas. Cerrar los ojos. Llenar los pulmones. Parar un momento. —He resoplado sacando todo el aire—. Ya está.

—¿Parar? Pero si estás quieta. Vaya tontada. —Ha dejado de acariciar el reposabrazos del sofá y ha dado un golpe ligero sobre la tela con su mano arrugada de cristal.

—Oye —le he chistado.

—¿Qué? Me parece una tontada, mujer. Pararte a respirar. Pues vaya, como si no estuviéramos respirando ya todo el rato. —Hay frases que en su boca me parecen trabalenguas, pero ella las dice tan normal, como si no le costaran esfuerzo.

—Bueno, voy a prepararme algo para cenar. —«Váyase, señora, ya está bien».

—Cenas más pronto que yo.

—¿Y tú a qué hora cenas?

—A las ocho en verano y a las seis en invierno. Ahora en octubre, sobre las siete y media o así hasta que cambien la hora a finales.

—¿Y qué hora es ahora?

—No lo sé, ¿tú no llevas ese reloj tan grande que te ha dicho que respires? ¿No te dice la hora?

—Sí, pero eso es lo de menos. No me gusta mucho mirar la hora.

—Anda, ¿y para qué llevas reloj?

Me he sentido un poco absurda hablando con Ángela esta tarde. Al principio creía que era ella la que no entendía las cosas. El mundo fuera de aquí, lejos de su edad, no es el que ella tiene por normal. Al menos eso es lo que creo yo. El que yo he vivido siempre no tiene nada que ver con este. Hay otras normas no escritas. Donde lo importante no es llegar al huerto o al manzano o tocar con los nudillos al cristal cuando alguien muere, sino tener tan organizada una lista de tareas que te permita cumplir la ilusión de llegar a todo. Al huerto, al manzano y al cristal a la vez. No nos conformamos con llegar a algo. En nuestra época, tenemos que llegar a todo. Así es como funcionan las cosas. El mundo ahí fuera parece girar más rápido, a veces a una velocidad tal que marea, y yo…, no sé si a todas las personas de mi generación les pasa, pero yo necesito tener recursos —una notificación, una alarma, una vibración, un algo— que me recuerden ciertos detalles que ella da como normales y a mí me cuestan. Estoy

acostumbrada a tener la atención en todas partes. A olvidarme de dónde está mi cuerpo. A quedarme en mi cabeza pensando en qué debo entregar, qué tengo que hacer mañana, qué haré en un rato cuando llegue fulanito al Zoom de la reunión, qué voy a cenar, si necesito pararme a comprar café… Al pensar en el café la cabeza se me puede ir a aquella marca de café que me pidió presupuesto y a la cual no contesté, y se me hacen las seis o las diez y puedo no haber comido ni bebido un vaso de agua en todo el día. Me olvido del cuerpo y le pongo alarmas externas que me recuerden cómo mantenerlo vivo, cómo mantener vivo el recipiente que sostiene mi cabeza que es la que me dice o imagina maneras de cómo hacerlo para llegar a todo. Siempre creo que llegaré a todo cueste lo que cueste. Poder con todo es la meta constante del entorno en el que vivo. No este pueblo. Aquí la vida es otra cosa. No hay vida. O es otra. Una que no conocía. A veces se me olvida que tengo un cuerpo. Que tengo pulmones que necesitan coger aire y soltarlo. Un corazón que palpita. Un estómago que digiere. Una boca que engulle. Hay tantas cosas que van en automático en el cuerpo que no me preocupo en absoluto por ellas. Me alivia pensar que mi cuerpo va solo, porque es una cosa menos a la que llegar. Hasta que un día me asusto, como me pasó, porque el cuerpo a veces se para y hay que reanimarlo para seguir. O para apagarlo y dormir. A veces la cabeza no se me apaga y el cuerpo se queda con los ojos abiertos mirando el techo con la sensación de que todo se me va a caer encima. Me tomo una pastilla y me duermo. A veces dos. Ángela hoy me ha hecho pensar que tal vez era yo la rara, pero supongo que es porque ella no sabe cómo funciona el mundo ahora en la era de la inmediotez. Una tiene que compartimentarse el tiempo y los trucos que yo uso para que el cuerpo no se me pare son del todo necesarios, aunque a ella puedan parecerle una absoluta tontería. La sencillez con la que mira, con la que respira, con la que parece que vive en este pueblo sin necesidad de notificaciones que la zarandeen hacia el presente. Me ha dado envidia. Tengo ganas de llegar a vieja para sentir esa paz rebozada en pena (pero en verdad) que parece que siente Ángela. Llevo reloj, pero no me gusta mirar la hora. Y no me gusta mirar la hora porque me da

miedo el tiempo. No sé si le pasa a alguien más. Tengo un pánico horroroso al paso de los años. Quiero llegar a vieja, pero cuando llegue el momento, no antes. Y soy consciente de que al ritmo que vivimos quizá ni tenga tiempo de llegar. Por eso no estoy acostumbrada a mirar el reloj para mirar la hora. A no ser que tenga que coger un tren o un avión o vaya a entrar a una reunión y deba saber exactamente qué hora es. Lo uso solo como un asistente para no olvidarme de lo mínimo que necesita mi cuerpo, eso que no va en automático, las taras que a veces saltan y repercuten a otras partes, como lo de respirar y la cabeza. A veces respiro tan agitada, tan en la parte de arriba del torso, que todo se acelera aún más. Y entonces sí que no llego. Por esto tengo las notificaciones de *mindfulness*, la de contar cuántos pasos llevo, la de saber si he completado todos los círculos de actividad, la de apuntar con un golpe de muñeca cuánto he bebido o lo que he comido, la de decirle a Siri que me recuerde lo que sea: la ropa que me quiero poner mañana, lo que tengo que comprar en el súper o que en media hora tengo que sacar las alcachofas del horno. Las palpitaciones que siento en el tobillo son parecidas a los zumbidos del reloj. Ahora deben de ser las doce de la noche y he vuelto a sumergir el pie como una naranja morada en la olla otra vez. Hoy también he estado un buen rato amasando. Mientras amaso y amaso y amaso y amaso y amaso y amaso y amaso no pienso en casi nada más. La cabeza en la cocina se me para. Así que, cuando noto que la cosa se me va de las manos, clavo las manos en el bol y bajo a la tierra. ¿Qué voy a hacer aquí si hay un escalón enorme —temporal, físico, mental— entre este pueblo y el mundo que vivo? Ya no solo el mundo que piso, sino el que habita mi cabeza que es, todavía y sin remedio, el que existe en la ciudad. Agradezco a la vieja de mi vecina que haya estado esta tarde aquí. ¿De verdad estoy escribiendo esto? El horno no se calienta, no sé cómo va esa tartana. ¿Los viejos comen pizza? Nunca he visto a ninguno en un Grosso Napoletano.

Mar., 10 oct.

Paula no me contesta al teléfono. Le he dicho a Siri que la llame porque la pantalla parece cubierta por una telaraña de cristal crujido y apenas se lee nada. La rozo con el dedo índice y parece que estoy tocando el talón cuarteado de una abuela. De mitad hacia arriba puedo intuir algunas aplicaciones, las horas, cosas que no me interesan, porque las notificaciones de mensajes se agrupan siempre en la parte de abajo, escondidas tras la tela de araña. No veo nada. Me ha respondido con un audio que le he dicho a Siri que reproduzca y en el que Paula me ha contado en dos segundos que en cinco minutos me llamaba, pero nunca pasan esos cinco minutos. Pasan otros y no me llama. Pasan muchos más. Mientras tanto, he estado dibujando en una libreta las calles de este pueblo. La plaza con el árbol enorme que ahora tiene las hojas verdes, naranjas y amarillas. Algunas ramas despeinadas. Algunas hojas en el suelo. He dibujado esta casa y la de al lado, las otras dos que hay vacías a mi derecha. Todo como si fuera una vista aérea, como el mapa de una ciudad, pero en miniatura. Cuatro calles, una iglesia, un puñado de casas, dos personas en el banco, muchos animales. Muchos por todas partes. Mucho verde. Mucho campo. Mucha montaña. Todo rodea al pueblo, bestias y fosos de naturaleza. La carretera como el cuerpo de una serpiente que llega hasta aquí. Y, después, la nada. Tengo esa hoja aquí al lado del ordenador, la miro ahora mientras escribo esto. Después de una hora o dos, Paula me ha mandado otro audio contándome que va de camino al juzgado que hoy tiene visita presencial con un cliente. Casi nunca va, ella es experta en derecho digital, por lo que la mayoría de sus clientes están acostumbrados al medio y se reúne por esa vía sin salir del despacho. Podría tener su oficina en cualquier parte del mundo, trabajar desde la luna si quisiera solo con acceso a internet y el

programa ese que utilizan los abogados (bueno, no sé si es un programa o una clave por caso) para gestionar cualquier trámite de forma telemática. Escucho el ruido de las ventanas abiertas en su audio. Y me cuenta lo de siempre. La imagino lejos, más lejos de lo que está, en ese Moscú que es desde aquí Madrid. Y si cierro los ojos y me dejo llevar por el audio —coches, claxon, música, un grito agudo de «pero ¿este adónde vaaa?»— casi la puedo ver recorriendo la mitad de la Castellana de camino a plaza Castilla. Frena, pone primera, frena, primera. Estoy metida en su MINI Countryman verde oliva, en el asiento del copiloto. Ella va vestida de un negro impoluto: pantalones de traje, camiseta entallada y escote prominente. Los aros dorados que rodean sus orejas pequeñas. El pelo de un negro brillante que marca una línea a mitad del cuello. El ceño fruncido. Las uñas impolutas. Su anillazo en el dedo anular. La piel blanca y sus venas muy azules por las que corre el cortisol a borbotones. Corre el cortisol por la saliva en su lengua. Y corre feliz y amarillísimo también en su orina. Me lo decía en el audio: «El cortisol me ha salido alto en los últimos análisis, ¿y qué hago?». Lo dice con un tono que parece que la culpa es del cortisol, o del vecino. O del mundo. Tal vez del mundo. Lleva un montón de peso etéreo encima que le presiona los hombros y una boina gris que cubre el cielo entero, pero desde dentro no se ve. Desde dentro muchas cosas no se ven. Deja el mensaje rápido, puedo imaginarla pulsando el botón mientras conduce y para en un semáforo y se toca el pelo y sigue hablando mientras se mira en el espejo retrovisor y piensa en lo que hará al llegar al juzgado, y en lo que pedirá esta noche, y en sus hijos, y se retoca con el dedo el corrector de ojeras. Y se acuerda de que tenía que responder un e-mail importante que no ha contestado. Y también de que el plazo para el recurso de no sé qué se acaba mañana y que tendrá que quedarse un rato más esta tarde para poder llegar a tiempo. La escucho hablar como si estuviera corriendo en una cinta que es imposible parar. La escucho casi jadear. Y, en ese audio, después de la perorata habitual del yoísmo estresado —es casi como si hablara consigo misma pulsando el botón— acaba diciendo: «Bueno, ¿y tú qué tal?». Y yo le contesto enseguida al audio con otro audio que tarda un poco en

enviarse. Aquí todo tarda un poco más. Me imagino a mi audio andando a otro ritmo solo por estar en este pueblo. Es más elástico, más ligero, más tranquilo en forma. Y ella tal vez lo está escuchando ahora en velocidad x2 mientras escribo esto porque acaba de llegar a casa y aprovecha que la comida que ha pedido se retrasa. Mi voz ha tardado más en llegar, pero se la traga rápido; después, con el móvil al lado, cena con su marido en el sofá y comprueba dos o tres veces si alguien más le ha escrito y entra a ver el correo por si hay algún incendio que pueda estar ocasionándose en esa aplicación pequeña azul con un sobre blanco en la que habitan todos sus clientes por compartimentos, como una torre de pisos. No hay fuego, por lo que con el móvil en la mano pueden ver otro capítulo de *Succession*, con los niños dormidos en la habitación de al lado y la bolsa de Glovo vacía sobre la encimera. Me dice el reloj que beba.

Pensaba, mientras dejaba el vaso vacío en la mesa, que Paula y yo tenemos una amistad en diferido. Me doy cuenta ahora que aquí, en el mundo que existe en este pueblo, la gente habla solo a los ojos con todas las consecuencias. En directo. Ángela viene a casa para decirme que tocan a muerto. Me mira. Me lo dice. Se va. Antes era así en todas partes. Yo también lo recuerdo, no hace tanto de eso. Las personas hablábamos sin el filtro de las máquinas. Nos dedicábamos más tiempo. O por lo menos el que nos dedicábamos era sin interrupciones. No sé si las conversaciones son iguales cuando le hablas a un teléfono sabiendo que en ese momento no hay una persona al otro lado escuchándote. Creo que no nos diríamos lo mismo, porque no es igual hablar que sentirse escuchado. ¿Y cómo vamos a sentirnos escuchados si en realidad le estamos hablando a un micrófono minúsculo que absorbe nuestras movidas y las mete en una línea llena de rayas y un símbolo de play? En un táper digital de cristal opaco. Es que le hablamos a un aparato creyendo que nuestros amigos viven dentro, pero las personas existen de verdad en otras partes. Aquí, cada tarde a eso de las cuatro y cuarto, pasan dos señoras por el camino de delante de esta casa. Llevo días viéndolas caminar justo a esa hora, que es cuando yo tengo puesta la notificación de salir a desconectar. Es de cuando estaba en Madrid,

pero todavía la conservo. En Madrid me tomaba un café viendo pasar los coches en la puerta del *coworking*. Aquí me tomo un café viendo pasar aviones que no nos ven, una cabra, una oveja o a dos viejas que pasean. Deben de tener setenta y algunos. Llevan falda y deportivas. Las dos. Y cada día una camisa diferente. De flores. Blanca. De rayas. Salen siempre a caminar juntas. Las veo pasar casi todos los días. A la misma hora. Las dos caminan sin auriculares, van hablando. A veces una. A veces la otra. A veces las dos a la vez cuando pasan por delante de esta casa. «Hola», dicen si estoy en la puerta. No me miran raro. Y siguen. Siguen hablando entre sí. Se miran a los ojos. No llevan el móvil en las manos. Ni llaves. Ni bolsos. Deben de dejar la puerta de casa abierta. Total, aquí entra cualquiera en todas partes y no pasa nada. Siento que van libres con la ligereza de una conversación de verdad, por banal que sea. No sé de qué hablan. Hablarán del muerto, del vivo, del perro, de la iglesia, del bar, de las ovejas, de la novela de la tele, de los bichos que les ha cogido la mata de tomate, de las casas derruidas y de qué pena, de que no se venden, de qué pasaría si se vendieran, de si se mueren, de las croquetas que han hecho, del Arguiñano al mediodía, de los hijos que no vienen, del marido que murió, de lo que cosen, de lo mal que ven las agujas, del dolor de aquí, del médico que esta semana no viene, del pan de la Tía Pepa, de si van a misa, de si ya refresca, de cómo se veía la luna el otro día, de la partida de dominó, de si va a llover o si ha llovido esta mañana, de cómo estaban de dulces las uvas, de si se fue la luz, de las conservas de mermelada, de que quién es la pelirroja que ha venido, de las manchas que tienen en las manos cada vez más grandes, de si la dentadura les roza, de si me operaron de cataratas, de te acuerdas cuando, del champú lila, de las fiestas de agosto, del baile en línea, de la vida que pasa para ellas entera fuera de una pantalla, fuera de toda prisa, fuera de toda mentira y todo futuro tras el que correr. Tan lejos de Paula y de mí. Ojalá pudiera volver a tener una amiga como esas dos viejas, que pasean lentas, se las ve felices, y a veces tristes, y hablan con la carne y los ojos sin filtros que rasguen la voz. Ni la ralentizan ni la aceleran. Ni la adelantan. Parece que viven en un constante ahora. No parecen tener nunca prisa. No parece que vayan

detrás de algún éxito persiguiéndolo sin descanso porque, probablemente, ni se pregunten qué es el éxito ni les importe. Aquí no percibo la competición que nos empuja a todos a poder con todo en otras partes. Están caminando, con un paso corto detrás de otro, las piernas arqueadas, la falda bordeando una barriga floja, moviendo la boca y los ojos a un ritmo normal. ¿Absolutamente presentes? Sin que exista ni una sola palabra en diferido. ¿Es normal que les tenga envidia? ¿Con el cortisol alto te puede dar un infarto o qué puede pasarle exactamente? Algo estamos haciendo muy mal los de mi generación y yo me siento parte del descalabro. ¿Es de cobarde apartarme del ruido y refugiarme aquí donde todo parece más fácil? ¿Es de menos exitosa no querer, no poder, no saber cómo seguir soportando el ritmo? A ratos me siento mal por haber tirado por la calle del medio. Venir a este pueblo solo por el dinero, una casa, un espacio donde el cielo es ancho y no existe el tiempo. ¿Hay otra forma mejor de parar? ¿Otra más valiente?

Mié., 11 oct.

Ángela tiene setenta y nueve años. Un día cumple ochenta o no. Y es un abismo. La miro ahora sentada a mi lado, yo escribo este *journal* en el ordenador sobre un cojín en las rodillas. Ella acaricia con sus dedos arrugados el reposabrazos de la butaca. Lleva tres días viniendo, contando con hoy, y ya no solo se pasea por ahí afuera, sino que, desde que me hice daño en el pie, entra. ¿Qué le debe doler a ella hoy? Pienso que con setenta y nueve parece que todavía le queda vida por delante, pero al cumplir ochenta resuena la muerte por todas partes, ¿no? Te cruje la cadera, ladra un perro. Te caes, ladra un perro. Toses al comer, ladra un perro. Los ochenta parecen una meta que debe de dar mucho miedo cruzar. Quieres llegar, pero cuando llegas cada paso debe ser uno más cerca del cementerio. Yo lo veo así, desde la barrera de tres años atrás de los cuarenta. Me da pánico la velocidad con la que pasa todo. Lo escribo ahora y tengo que parar a secarme las manos, rozando la una con la otra una y otra vez como si tratara de calentármelas. Ángela me pregunta si tengo frío, niego con la cabeza, dejo de hacer el gesto y sonrío. Parece como si poco a poco la sociedad fuera acompañando como una comparsa hacia allí, ¿no? Hacia el cementerio. Hacia la cuneta. Hacia los márgenes donde ya no molestes. Creo que lo hacemos. Todos lo hacemos. La sociedad te expulsa de un montón de maneras: por la edad, por el género, por el nivel de esfuerzo que seas capaz de soportar o por las decisiones vitales que tomes si estas se salen de lo establecido. ¿No? Con la edad que tiene Ángela el mundo ya no te hace ni caso. El mundo de verdad, digo. El que hay fuera de este pueblo que no existe para nadie. No hay viejos en las oficinas. No hay viejos que dirijan el tráfico. No hay viejos que operen a corazón abierto. ¿Los viejos no sirven para nada? En el mundo en el que vivo en Madrid, fuera de aquí, el éxito lo marca

casi únicamente el trabajo que tengas, el éxito profesional que tengas, la cantidad de hijos, la cantidad de tiempo que dediques a todos, la lista más larga, el tiempo más corto. Ningún hueco. Pienso que los viejos se han pasado la vida acumulando experiencia para que los barran a un lado del carril al cumplir setenta, ¿o cómo va esto? Yo los veo aquí y se mueven como si eso no les afectara. Como si esta fuera una comuna de pellejos felices. A pesar de la soledad que se hace tangible y a la que se enfrentan pegándose los unos a los otros en el banco de la plaza, en el bar, en la puerta de la Tía Pepa o en esta butaca que tengo a mi lado. Pueden haber sido jóvenes exitosos, pero al cumplir años han ido perdiendo cualquier prestigio por el camino. ¿Es así? Miro a Ángela, ahora mismo, que trae por tercer día una olla de la cocina de esta casa con agua, vinagre y sal, y se me hace imposible vislumbrar detrás de todo ese deterioro algún resquicio de éxito. Lo que ahora entendemos por éxito. ¿Habrá ido con prisa a algún sitio alguna vez? Por eso digo, ¿el éxito también se cae con la edad como las tetas o la piel de los muslos? ¿Qué narices es el éxito? ¿Para qué lo queremos si lo único que vamos a hacer después es perderlo? ¿Comprar una casa cada vez más grande? ¿Tener un millón de seguidores en redes sociales? ¿Parir un hijo que no te ocupe tiempo? Yo tengo treinta y siete primaveras y sé que al doblar los cuarenta el mundo me habrá quitado la fertilidad. Se me habrá caído un trozo del éxito que dibujan. Da igual lo fértil que pueda seguir siendo mi cuerpo, la sociedad decide que con cuarenta te despoja de ese privilegio, ya eres menos exitosa por ello. Te han quitado un superpoder. Y así con todo. Ya no puedes procrear (como diría Peralta). Vaya personaje ese hombre. Por cierto, ¿cuántos años debe tener? ¿Me lo dijo? Bueno, da igual. Pienso que con cuarenta empezaré a cruzar la primera puerta hacia el descalabro que produce el paso del tiempo. La mitad de los ochenta. Y a partir de ahí supongo que es ir perdiendo todo el rato. Primero empezará el cuerpo y luego la cabeza, o al revés. Por eso vamos con tanta prisa, por eso queremos hacer tantas cosas mientras podamos llenar el futuro de planes que cumplir. Veo el futuro muy lejos, puedo seguir imaginándomelo de un montón de maneras e ir hacia allí. Siempre queda futuro hacia el que

ir. Es como un horizonte. Pero este discurso que tengo en la cabeza, ¿quién lo inyecta? ¿De dónde viene? ¿Es mío o lo digo porque lo he oído ahí fuera? No sé si es realmente esto lo que pienso o lo pienso a través de otros. A través de lo que «se supone que». Ángela sigue acariciando el brazo de la butaca. No dice nada. Mira con sus dos ojos a un punto fijo. Creo que ella también está rumiando, parece calmada, ¿qué debe pensar?

—Ángela.

—¿Qué? —La he despertado de lo que he intuido es una conversación interna.

—¿En qué piensas?

—En nada.

—¿Y cómo lo haces?

—¿El qué?

—Pensar en nada. Yo siempre estoy pensando en algo. La cabeza siempre me dice cosas.

—Y a mí. A mí también me habla la cabeza, pero me habla más lento porque soy más vieja. —Se ha reído, ha dejado de acariciar la butaca y se ha sujetado la boca—. Y a veces, como ahora, mi cabeza estaba entre una frase y otra y no pensaba en nada.

—Me recuerdas a mí —le he dicho impulsiva, no he sabido bien por qué.

—Será al revés.

—¿Cómo?

—Que no te puedo recordar —ha dicho «guecordar» y he sonreído un poco— yo a ti porque yo soy más vieja.

—¿No?

—No creo, ¿no? En todo caso tú me recuerdas a mí.

—¿Te recuerdo? —le he dicho con cierta ilusión, no sé tampoco por qué.

—No. Yo qué sé. Vaya lío me haces. —Las dos nos hemos reído por lo absurdo de la conversación.

—¿Has meditado alguna vez? —le he preguntado; le hablo como si fuera de mi edad, a veces, si no la miro a la cara, me olvido de que tiene una piel de cerca de doscientos años, llena de surcos, meandros,

manchas, pellizcos, grumos, tiempo y algún pelo larguísimo y blanco en la punta de la barbilla que tengo muchísimas ganas de estirarle.

—¿Qué es eso? ¿Poner la mente en blanco?

—Sí, bueno, no. No exactamente. Dicen que meditar es estar en el presente.

—Anda, ¿y dónde voy a estar? —Ha soltado una carcajada y se ha agarrado los dientes.

Yo siempre estoy en otra parte. Me da miedo pensar en eso, en que nunca consigo estar aquí. Se supone que el *journaling* tiene que ayudarme a estar aquí, pero, cuando cierro el ordenador o incluso a veces mientras escribo este diario, me voy corriendo a algún futuro. No lo hago queriendo. O sea, me encantaría no hacerlo, pero no puedo. Me quedan tres años para los cuarenta. Si pienso en mis cuarenta, entiendo mejor de qué va el precipicio de cumplir ochenta años. Yo llegaría aún corriendo y exhausta porque este ritmo de vida no se paga solo. Con «ritmo de vida» no hablo de lujos, hablo de cómo está la vida ahora. Vivir se ha puesto caro en muchas partes. Por dinero, por esfuerzo, por la rueda que los une y sobre la que corremos. Me faltan cuarenta para llegar hasta allí, si es que llego. Es mucho, pero en realidad me parece poquísimo a juzgar por lo rápido que me han pasado estos treinta y siete primeros corriendo en una ciudad de la que no me he llevado nada. Si he malgastado todo este tiempo ocupándolo sin espacios, ¿ahora qué me queda? Pienso que los cuarenta y los ochenta tienen más en común de lo que parece. Esa es mi impresión. Al fin y al cabo, las dos edades apuntan con una pistola a la vida; a la tuya propia o a la de un hijo propio. Pum. Yo no quiero tener hijos, pero querría haber conseguido otras cosas a esta edad. Algo. Es como si el tiempo que llevo esforzándome solo me hubiera dado a cambio cansancio. Debería haber conseguido algunas cosas más y, en cambio, me he despojado de lo establecido —pagar un alquiler en Madrid, salir a tomarme un vino, ir a algún concierto alguna vez— como una vieja que va perdiendo el éxito, pero antes de llegar. Ya voy tarde a todo. El mundo me hace creer que siempre voy tarde. «Vamos tarde», parece que me grita la masa social. Siempre vamos tarde por más que corramos para poder con todo. El reloj me

dice que me levante un minuto. Declinar. Vamos tarde a hipotecarnos, a tener un hijo, a conseguir el trabajo de nuestra vida, a escalar puestos, a tener tiempo libre, a montar una empresa, a fracasar y a remontar, a coger el metro, a la compra. Y, a lo que no vamos tarde, lo posponemos constantemente. Me paso los días, en el *coworking* me pasaba, posponiendo el día de depilación, moviendo el bloque de tiempo semana a semana; posponía la cena a solas con Paula, moviendo el bloque semana a semana; ir a ver a mi tía al hospital, posponiendo el bloque semana a semana. Me salta una notificación: «Hay un ritmo inusual en tus pulsaciones para estar en reposo». No estoy en reposo, estoy corriendo con la cabeza, ¿no me ves? Eso no es estar en reposo, ¿no? Ángela observa cómo escribo, debe de pensar que tecleo rapidísimo. No es fácil seguir a mi cabeza. Los dedos se me mueven por el teclado y ni siquiera veo las letras que piso. Está aquí sentada en la butaca. No le digo nada cuando lo hace. Me parece bien. ¿Me parece bien? Llega y se sienta. Lo hizo ayer. Lo ha hecho hoy. No sé si lo hará mañana. Se pasea por el jardín, lo arregla, entra y se sienta. Me prepara las friegas. Ella las llama «friegas».

—A ver el pie. —Me lo ha sacado de la olla y lo ha sujetado—. Ah, ya mejor. ¿Ves?

—Sí, me duele un pelín, me… Espera. —He cogido el móvil que estaba sobre el terciopelo del sofá. He recibido un mensaje, pero con la telaraña de cristales rotos de la pantalla no he visto nada. Era un wasap de Paula. Lo he escuchado después—. Perdona, digo que ya me duele un poco menos.

—Si sigues haciendo gueposo y te pones las friegas dos veces al día te irá bien.

—¿Qué es «guepo…»? Ah, «reposo». Esto no son friegas.

—¿El qué?

—Esto —he dicho señalando la olla y con media sonrisa.

—Anda. Dice que no son friegas, ¿y no te está curando?

—Sí. —¿Es la bruja del pueblo?

—Pues eso.

—¿Qué? —No la he entendido bien. Creo que le daba igual. Estaba tan convencida de lo que decía que me hacía creer que la entendía.

—Tú ya me entiendes.

—Sí. —No tenía ni idea.

Esta parece también su casa. Es más suya que mía, de hecho. Todavía están los cuadros rancios en las paredes. Va a la cocina y vuelve, sabe dónde están las cosas, las trae con la piel de los brazos colgándole a los lados del cuerpo como las cadenas de un columpio. Camina despacio, pero su cara de doscientos años no parece decir en ningún momento que llegue tarde a ninguna parte. Ella es el tipo de vieja que quiero llegar a ser. Lo contrario de las viejas que se cuelan en el supermercado. ¿Puedo ser hoy esa vieja?

—¿Para ti qué es el éxito? —le he preguntado como si me hubiera estado leyendo el pensamiento.

—¿El qué?

—El éxito, ¿qué crees que es el éxito?

—No sé, a ver, este…, cómo se llama…, ¿Perales?

—¿Te gusta Perales? —No es a eso a lo que me refería, pero bueno.

—Sí, me gusta mucho la de «Y cómo es él, en qué lugar se enamoró de ti…» —ha cantado con una voz fina como un alambre de cristal, se ha reído y agarrado los dientes; me ha hecho reír a mí también—, «nanananaaa» —ha tarareado un trozo más que no recuerdo.

—¿Y te parece que tiene éxito?

—¿A ti no? Mujer, pero si las canciones de ese hombre las conoce todo el mundo y cualquiera puede seguir la letra cuando una la canta.

—Sí, ya. Pero ¿crees que tiene éxito porque todo el mundo se sabe las canciones o porque todo el mundo sabe quién es él?

—Ay, pues no sé.

Pienso que el éxito debería ser porque todo el mundo las canta. Si las cantan es porque cuenta algo con lo que la gente se siente identificada. Esto es, en esencia, lo que persigue un publicista cuando crea algo. La intención es que el consumidor al que va dirigido el anuncio se sienta interpelado, que le emocione, y por lo tanto que le salga de dentro compartir ese mensaje con el mundo. Apuntaba esto porque no se me puede ir la visión que tengo como publicista en lo que pueda hacer aquí en este pueblo. Puede que me hayan cogido por eso y esté despistada aquí, tan lejos de mis rutinas diarias. No quiero

cagarla. Debería centrarme y avanzar.

—¿Y tú has tenido éxito? —le he preguntado. Sus ojos me iluminaban como dos linternas.

—Yo no sé cantar, ¿no me has oído?

Me he reído y he levantado el pie y tirado el vinagre y el agua y la sal, he volcado la olla, y todo el líquido —las «friegas», como dice ella— ha caído sobre el suelo de baldosas crujidas y se ha metido como un río avinagrado debajo del sofá.

—Olé, di que sí —ha soltado Ángela—, el vinagre también limpia el suelo.

Está siempre de buen humor. O parece que esté siempre de buen humor. Le han salido los comentarios de una forma espontánea. Yo a lo mejor me hubiese enfadado por ser tan patosa y poner el suelo hecho un asco, encima del asco que ya es este suelo de baldosas desconchadas. Pensaría, además de todo lo que tengo que hacer, que tengo que perder el tiempo limpiando esto habiéndolo podido evitar de estar más atenta. Pero ella se ha adelantado a mi enfado absurdo y me ha lanzado otra manera de ver lo que ha pasado. Si me pasa en el piso en Madrid una noche, después de darle vueltas a lo que ceno —un revuelto de champiñones o algo rápido para tirarme en el sofá—, si al sentarme en el sofá después de haber estado todo el día tachando quehaceres de la lista, sin haber llegado como siempre a tachar todo lo que me propongo…, si, después de eso, me siento en el sofá, meto el pie en una olla y la tiro, no hubiese acabado como ha acabado hoy, dejando caer una toalla pequeña marrón. Mancho un suelo manchado con un líquido que limpia. ¿Cuál es el problema? Mi modo de verlo, está claro. Mi cabeza quemada lo hubiera tachado de catástrofe. El estrés te pone unas gafas que te giran los ojos. Yo las llevo. Paula las lleva. Muchos las llevamos. Algunos lo sabemos y otros no. Yo sé que las llevo, aunque no las quiero. Creo que nuestra generación las lleva incrustadas como las lentillas de las cirugías refractivas, solo que en lugar de verlo más claro, a veces, lo vemos todo más negro. La vista cansada.

Arrastro la toalla con el pie bueno para secarlo todo. Me agacho, doblándome sobre mí misma y, sin levantarme, flexionando el cuerpo

sobre mí con la cabeza hacia abajo, trato de meter la mano por debajo del sofá mientras deslizo la toalla empapada. Huele a vinagre muchísimo.

—Mira, el éxito es esto. —Me ha señalado risueña. Ha dado una palmada.

—¿El qué?

—Eso que estás haciendo. ¿No me preguntabas qué es el éxito? Pues llegar a atarte los cordones. Eso es el éxito para mí. Ya me gustaría a mí estar haciendo ahora esa postura de gimnasta china, de esas que ponen en La 1 alguna vez.

Me había metido en la cama, pero he vuelto un momento a esta página. Siguen las montañas de lana, pero ya me he acostumbrado un poco a recostarme hecha un ovillo, a dar vueltas con la espalda crujiendo por varias partes. No quería dejar de apuntar algo: agradezco a la vieja de mi vecina porque me ha hecho reflexionar sin querer. Agradezco que me haya hecho pensar que tal vez esto que me he atrevido a hacer no sea menos éxito que una agenda llena hasta las costuras. Agradezco, a pesar del miedo, haberme atrevido a renunciar a correr todos los días para llegar a un futuro que puede ser cualquier otro. A correr todos los días hacia allí mientras olvidaba que estaba pisoteando el presente, pasándole por encima. Sin pensar que doblarme y estirar el brazo debajo del sofá también es una clase de éxito. Ese éxito minúsculo que doy por hecho. Gracias, Ángela, por decirme que en este pueblo nunca se llega tarde a ninguna parte. «En la vida nunca se llega tarde a ninguna parte», me lo ha dicho ella, una mujer arrugada por la que ya ha pasado casi todo. ¿Debería creerla? Me da alivio creerla sin cuestionarme nada más. Confiar en que ella sabe de qué va esto por el simple hecho de que va por delante. No sé. Va por delante, pero no tiene ni idea de lo que está pasando allí fuera. De cómo son las cosas ahora. Por cierto, me ha llamado Peralta, pero ya no tengo ganas de seguir escribiendo hoy. Ya estaba en la cama, lista para dormir. Estoy agotada. No porque me pase los días haciendo cosas, sino porque ya lo estaba. Ya venía cansada. Llevo cansada desde hace, al menos, dos años. Supongo que el cansancio de dos años no se

recupera en dos semanas. No sé si estaría dándome cuenta de todo esto si no estuviera practicando el *journaling*. Ahora que ya llevo doce días seguidos, doce días escribiendo desde que llegué a este pueblo, empiezo a notar eso, que tal vez no estaría reflexionando y parándome a pensar si no fuera porque dedico estos ratos cada día. De lo que estoy segura es de que no me acordaría de la mitad de las cosas pasado un tiempo. Nunca me acuerdo de nada. Fui al médico hace unos meses porque uno de los motivos por los que me apunto todo, por los que me pongo todas esas notificaciones que me recuerden lo que tengo que hacer, es porque no me acuerdo nunca de casi nada. En Madrid me ha pasado más de un día que he hablado con alguna compañera del *coworking* para decirle algo que me habían contado con relación a los horarios o algún cambio, y al cabo de un rato volver a contárselo. Y que me dijera: «Sí, ya me lo has dicho hace un rato, ¿no te acuerdas?». Yo le contestaba que sí, «Ay, perdona, estoy despistada». Pero en realidad no me acordaba de ningún modo, nada, ni un poco, como si no hubiera pasado en absoluto. Así que fui al médico porque tenía estos breves lapsus y me preocupaba estar perdiendo la memoria, tener algún problema que no fuera solo del cuerpo, que no pudiera solucionarse con un par de pastillas. Me dijo, sin darle mucha importancia, que eso le estaba pasando a mucha gente. Es por el estrés. El estrés crónico —y yo por lo visto tenía pinta de ser una persona con estrés crónico o cuando menos con estrés prolongado— afecta a nuestro estado de ánimo y a nuestra capacidad de concentración de tal manera que repercute en la memoria. Es eso. Ahora mismo no recuerdo todo lo que me dijo. Estoy haciendo todo lo que puedo. ¿Estoy haciendo todo lo que puedo?

Jue., 12 oct.

Parece que puedo empezar a apoyar el pie sin notar cristalitos. Sin notar que el corazón me late en el hueso redondo del tobillo. De verdad que el otro día pensaba que me lo había roto. Qué dolor. A ver, ya me había hecho un esguince una vez en la muñeca jugando a balonmano en el colegio, pero hace tantísimos años que no recordaba que fuera algo tan doloroso. Creo que esta vez me ha dolido más. No sé si tendrá que ver con lo que me dijo Ángela de que los huesos se ponen más rígidos pero más blandos y se descascarillan con más facilidad. Y eso hace que el dolor tenga otra forma, más como un golpe de hacha. Un calambre rápido. Una descarga de tensión. Voy a beber dos vasos de agua seguidos. Es que últimamente el reloj me pone que no llego al nivel recomendado. El agua es necesaria, entre otras cosas, para la piel. Bueno, esa es una de las consecuencias que se ve por la parte del cuerpo que nos recubre. Dentro pueden pasar otras muchas cosas si no hay una buena hidratación, pero por fuera la piel se acartona. Y, con los años, se vuelve como un cartón arrugado. Ángela tiene la piel fina y elástica, tanto que se le ha cedido como una goma que antes abarcaba más, pero el contenido que sujetaba ha ido menguando hasta quedar holgada la piel, amontonada sobre su cuello y sus rodillas. Paula bebe muchísima agua. Siempre va con la botellita a todas partes. Tiene la piel jugosa como una papaya. Yo tampoco me puedo quejar. Podría retomar mi rutina de cremas de por la noche. Que respire y que vuelva a respirar. El reloj vibra. Es como si me sujetara la mano. Que respire. Y respiro. He aguantado los cuatro ciclos que marca la aplicación de inspiración y espiración. Creo que es la primera vez que lo cumplo entero. No sé, a lo mejor es una tontería, pero a mí me va bien tenerlo para que me recuerde que baje las revoluciones. ¿No debería estar más tranquila aquí? Es verdad que

siento la presión de no saber muy bien cómo avanzar con lo del programa de repoblación. No sé si la idea que se me ocurrió el otro día tiene sentido. Me pasa a veces, que al principio me emociono con una idea, pero después le voy viendo las complicaciones y el globo brillante se va desinflando a medida que pasa el tiempo hasta carecer de toda lógica. En los procesos creativos no tiene por qué haber lógica, por lo menos en el inicio, pero la realidad es que piso todos los días las calles de este pueblo y todavía no sé cómo conectar la idea que tengo con la necesidad real de este lugar. Me vuelve a salir lo del minuto de pie y esta semana quiero cumplir con todos los círculos de actividad. Tengo que empezar a buscarme otras rutinas. Salir a caminar, por ejemplo. Salir a caminar es el gimnasio del pueblo. Me encantaría salir a caminar cada día como aquellas señoras —aquellas señoras viejas— que pasan a las cuatro y cuarto por delante de esta casa. Espera, la notificación de Headspace. Nada, que me salen todas las notificaciones juntas hoy. Declinar. A pesar de todo, hoy siento la cabeza un pelín más calmada, por fin he podido levantarme del sofá no solo para ir y volver al baño, a la habitación y a la cocina. Y he aprovechado para hacer algunas cosas que hacía días que tenía ganas de llevar a cabo en esta casa. Estoy mirando la lista que me he hecho en un papel, lo tengo sobre esta mesa desde la que escribo. No hay nada tachado de lo que tiene que ver con el proyecto. He tachado poner la lavadora, fregar los platos, desatascar el fregadero, qué mal huele cuando desatascas un fregadero, parece que sale por ese agujero toda la podredumbre de la tierra, como si el agujero del fregadero fuera algún tipo de culo del mundo. Qué horror. He echado espray para las cucarachas solo porque en el bote ponía que olía a limón. Y se ha quedado una mezcla de aromas que no recomiendo. He optado por abrir las ventanas. A veces, según de dónde venga el viento, abro las ventanas de esta casa y me viene olor como a setas. No sé explicarlo bien. Es un olor fresco que mezcla cómo huele la hierba y la tierra. Así que ahora mismo aquí sentada, mientras escribo, huele a podredumbre, ligeramente a limón y a unas setas que entran ondeando el aire a través de la ventana. Llevo una rebeca. Ahora que el pueblo está inundando esta casa a través de la ventana, que lo tengo

dentro, que me atraviesa, pienso que debería empezar a conceptualizar algo para la casa parroquial. Agitar lo que sé. Tirar de algunos hilos. Transformarlo, aunque por ahora sea solo en mi cabeza. Tener algo. Si me lo tomara realmente como un proyecto de un cliente, algo publicitario, tendría que hacerle un *rebranding* a la casa parroquial. Un *rebranding* completo. No solo el nombre, sino también imagino que la apariencia. El problema es que todavía no sé cómo va a ser. Espera, voy a apuntar en la lista una cosa. Ya. A ver lo que me encuentro cuando pueda entrar. Ojalá no esté peor que esta casa. Hoy, por cierto, he descolgado por fin los cuadros. Es curioso porque han quedado las paredes silueteadas de cuadros que no existen. Están ahí los rectángulos blancos dibujando el color que tuvieron estas paredes hace tiempo. Como ventanas al pasado. Solo he dejado uno de todos los que había. Es que eran cuadros religiosos de anunciaciones, muertes, burros y desgracias. Era como estar mirando Twitter rodeada de catástrofes, de palabras que apuntan a la extinción, de milagros que no creo que pueda ver nunca. Todo frustración y madera carcomida. El que he dejado está al lado de la butaca, uno de una pintura de brochas gruesas que dibuja el camino de este pueblo hacia la sierra. Me ha parecido bonito porque los colores son claros y le dan un poco de luz a estas paredes desaturadas. La luz que pasa de día a través de las ventanas es cálida y vibrante. Está tamizada y a veces entra a agujeritos tan pequeños que parece que alguien esté sosteniendo un colador. Si no estuvieran los visillos, creo que habría más luz, ¿los quito? Quizá debería quitarlos. Todos los muebles son oscuros. Entra la luz y parece que se encienden un poco, pero su naturaleza es la penumbra. Todos, sin excepción, son de una madera caoba oscura como la de los violines: esta mesa desde la que escribo, el sofá de terciopelo, la butaca donde Ángela se sienta, la mesa de centro que parece en realidad un taburete de madera y mimbre, el aparador del comedor (en el que por cierto hay una tele de esas de tubo que ni he intentado encender) y las sillas que abrazan la mesa grande, todo de madera oscura. Parece que los muebles pesen un quintal. Si quisiera moverlos, no creo que pudiese hacerlo sola. Es espaciosa la casa. Y el cielo que veo desde la entrada, siempre muy azul, tiene una luz que a

veces deslumbra; de verdad, lo mejor que tiene este pueblo es el cielo. Creo que debería quitar los visillos, sí. Voy a apuntarlo en la lista. Ahora ya no me pongo a hacerlo porque es tarde, pero mañana lo hago en un momento. Lo apunto arriba del todo, antes de poner la lavadora de mantas y sábanas. Quitaré los visillos amarillentos y los guardaré hechos un gurruño en una bolsa de basura en la habitación donde he amontonado todo lo demás. No los quemo por respeto, pero podría tirárselos a la montaña de rastrojos del vecino de unas casas más arriba que a veces veo cómo lo quema todo: basura, maderas, lo que sea. Si no lo hago es por respeto a Ángela porque sé que en esta casa vivió su hermana. Y no sé… No me cuesta nada guardarlo y encerrarlo como si no existiera en la habitación de la izquierda. En esa solo había entrado el primer día a coger la manta marrón que olía a huevo y hoy. No me gusta nada ese cuarto. Cuando entro tengo la sensación de que me coge por los pies. Tiene un respirar muy pesado. Y la he limpiado. También le pasé el polvo y la fregona por todo. La limpié a fondo. Le eché lejía. Ambientador. Limpié los cristales. Me pegué una buena paliza a limpiarlo todo, no te creas. Pero no es por la suciedad, es por otra cosa. A lo mejor dormía allí la mujer que murió. No quiero pensar nada raro, pero a veces me da que quizá es por eso. Y que, al estar siempre cerrada, lo que quede de ella en esa habitación consume todo el aire y atrapa como una de esas máquinas que envasan al vacío. No me gusta. La tengo cerrada. Veo la puerta como la placa de una lápida desde aquí. En esa habitación he ido metiendo lo que no quiero, lo que no voy a tocar. No voy a tocar tampoco la habitación. Entro, dejo lo que sea —los cuadros, los crucifijos enormes de encima de la cama en la que duermo, unos jarrones horrorosos de cerámica marrón, algunas lámparas— y salgo. Todo lo he metido en esa habitación pesada y la he cerrado con llave para no tener que entrar y para que no salga nada raro, si es que lo hubiera. Ratas, espíritus, no sé. Ay, voy a cambiar de tema porque sola aquí pensando en esto me parece escuchar la madera crujir por todas partes. La puerta de la habitación me separa de ese mundo como si fuera un tabique. Ya no lo pienso ni lo pensaré. ¿No tengo una edad para tener estos miedos? ¿Se siguen teniendo miedos de niña toda la vida?

¿Vienen sigilosos a la cabeza como espíritus supervivientes de la infancia a hacerme imaginar cosas de brujas? Bueno, eso. Que lo he metido todo en esa habitación muerta. De todas maneras, aquí me sobra espacio. No necesito tres habitaciones para nada. Si viniera alguien a verme, pero aquí quién va a venir. Hoy se lo he preguntado a Paula. Me avisa el reloj de que me levante. Venga, le hago caso. Por dónde iba… Ah, sí. Que he hablado con Paula. Le he dicho a Siri que la llamara:

—¿Tú vendrías a este pueblo? —le he soltado sin pensar que estaba hablando con la Paula con la que hablaba, no con la Paula que creía que podría ser aquí.

—¿Yo? Tú estás como una cabra, Clara. No iría a ese pueblo ni muerta.

—Te lo pregunto de verdad. Imagínate que sí.

—Imposible.

—Por favor.

—Ni atada.

—En serio, sé que no vendrías, pero necesito que te pongas un momento en esta situación y me respondas de verdad. Lo necesito por un tema de trabajo, por el proyecto. —No me ha contestado—. ¿Me oyes?

—Sí. No.

—¿Qué haces?

—¿No has leído el mensaje que te envié ayer?

—No, ¿por?

—Porque ahora no puedo, voy en el coche de camino a Brihuega.

—¿Y eso?

—Por el puente. Hoy es fiesta en toda España, ¿en qué mundo vives, Clara?

—¿Qué día es hoy?

—El día de la Hispanidad. 12 de octubre, amiga. Está Madrid de avioncitos hasta arriba.

Pienso que es la primera vez que me pasa. Es la primera vez que viene un día festivo, un puente, y me pilla desprevenida. No porque me fuera a ir a ninguna parte, ¿adónde voy a ir si tengo que cruzar el

cuerpo de una serpiente kilométrica andando? Además, no me iría a ninguna parte ahora mismo. Lo digo porque en Madrid me es imposible no pensar en todos los puentes, fines de semana y festivos sueltos que hay en el año. Los apunto siempre en el calendario del móvil y me pongo notificaciones semanas antes, a cuentagotas, una, otra, otra, otra, para que me vayan sembrando el camino de gominolas, de pequeñas dosis de alegría que me supone divisar ese futuro libre para el que tal vez falta un mes, dos o una semana, pero era el motivo por el que seguir corriendo con zancadas incontables dentro de la rueda. El motivo real por el que levantarme un lunes ha sido durante muchos años saber que con bastante probabilidad iba a llegar el viernes cuatro días después. Y después del viernes el fin de semana. Sé que es triste, pero es así como creo que vivimos ahora la mayoría. «Por fin es viernes», se escucha siempre en todas partes como una plegaria. Así vivimos. Comiendo el domingo pensando que lo peor del domingo es que al día siguiente es lunes. Y el domingo por la tarde ya estoy amargada. Así es como he vivido todos estos años. El resto de la semana es un mero trámite. Y así con los meses y los años. El motivo por el que empezar octubre siempre ha sido el puente del Pilar. Excepto este que, por lo que sea, no lo esperaba. Estoy aquí sin referencias de tiempo, desorientada, perdida, confusa, presente. No sé. ¿Me he bajado de la rueda? O me he tirado a la cuneta. Es que ha sido así siempre, todas las semanas, todos los meses, todos los años, desde hace no sé cuántos. Es imposible mantener la exigencia de la superproducción actual de otra manera. Es imposible llegar a todo si no hay huecos por los que escapar de vez en cuando, botones de descompresión que se llaman vacaciones, festivos, fines de semana. Hay que ingeniárselas para aprovechar el tiempo que te dejan los huecos fuera de la ciudad. Porque todo el mundo se va de Madrid cuando hay un puente. Y todo el mundo va a Madrid cuando hay un puente. Qué paradoja. Esos huecos, los días libres marcados en el calendario, los que compartimos todos, aquellos inamovibles, han sido para mí desde que el ritmo fue subiendo al acabar la carrera, y subiendo años más tarde, y subiendo hasta hace menos de un mes que estoy aquí, el único motivo por el que vivir. Lo que daba sentido al

resto del tiempo. ¿Un poco descompensado tal vez? No sé, así es como vivimos casi todos. En una jaula de hámster con túneles por los que escapar lo que marque el calendario.

—¿No es triste? —le he dicho a Paula.

—¿El qué? ¿Lo de los avioncitos?

—No, que te tengas que ir para soportarlo. —No me he atrevido a decírselo todo. Quizá yo estoy viendo las cosas como no son. O quizá al revés, las estoy viendo más claras que nunca. No ha dicho nada—. ¿Me escuchas?

—Sí.

—¿Vas conduciendo?

—No, no lo llevo yo. Estaba pensando en lo que me dices. ¿Tú te has ido por…?

—¿Qué? —No la he escuchado bien. No ha dicho nada—. ¿Estás llorando? —Me parecía que sollozaba. No decía nada—. ¿Qué pasa, Paula? ¿Todo bien?

—Sí. Nada, no te preocupes. Es que llevo unos días especialmente cansada, eso es todo. —La he escuchado aspirar los mocos—. Y cuando paro a veces me pasa. Pero luego ya está. Hablamos en otro momento, ¿vale? Que no te escucho bien con la capota del coche bajada.

Yo también he sentido eso. El miedo a parar por si no podía seguir después. Sé a lo que se refiere. Lo he sentido metafórica y literalmente. Yo antes corría. Corría fuera de la rueda, quiero decir, salía a correr por Madrid Río. Me encantaban esos ratos de soltar. Llegar hasta la calle Segovia o hasta Príncipe Pío y volver. Me ponía una lista de Spotify sugerida para correr a un volumen suficiente que tapara el ruido de los coches y de la gente y, a poder ser, también el de mi cabeza. Y salía a correr casi a diario. Lo hice durante una época quitándole horas al sueño. Luego el trabajo se fue comiendo también esos ratos hasta no dejarme espacio. Cuando corría y daba las primeras zancadas recuerdo que me costaba un poco, como si tuviera óxido en las rodillas, me pasaba todos los días, aunque hubiese salido a correr hacía dos, pero cuando llevaba cinco o seis kilómetros

corriendo a un ritmo estable, acelerando los pasos del inicio, llegaba un punto en el que podía notar cómo las piernas me iban solas. Era como si de la cadera para abajo no tuviera que controlar nada. El cuerpo tiraba solo. Como si no me costara esfuerzo. Como si el cuerpo segregara una especie de anestesia al hacerlo sufrir. Hasta que tenía que parar. Entonces volvía a ser consciente de que había dos piernas que hacían fuerza, unos cuádriceps blandurrios que tiraban como los perros de un trineo y que esas piernas, las mías, iban conectadas a mi tronco y que la velocidad estable que llevaba, probablemente superior a la que mi cuerpo podría soportar, hacía que mi corazón latiera a un ritmo elevado. Parecía que no me costaba, pero supongo que sí. El cuerpo respondía, pero al día siguiente. O al parar. O alguna vez en algún mareo, me devolvía al cuerpo. A mi limitación física. Sé, y estoy viéndolo de una forma más clara en este momento mientras lo escribo, que cuando desconectas las piernas del corazón y de la cabeza estás perdida. Ahora que estoy aquí, en este Moscú que es el pueblo y creo que tengo algo más de perspectiva, que puedo ver la vida que tenía desde arriba como el mapa del pueblo que tengo sobre el papel de cuadros de aquí al lado, veo a Paula corriendo por las calles de su mapa como unas piernas sin cabeza hasta que, quizá de la velocidad del movimiento, del roce, de cómo se embala todo si nos dejamos, acaba prendiendo como una cerilla. No sé cómo explicarlo. Y el apagón. La oscuridad que sentí al venir aquí. La sensación de no poder seguir corriendo. No sé cuánto tiempo más va a aguantar ella. Sé que no se irá de Madrid y que no saldrá de esa vida a no ser que la propia vida la eche de la forma más impensable. Me da miedo. Creo que he tenido suerte a pesar de todo. Aunque sea una perdedora. Aunque me haya salido del carril. Aunque para la mayoría de personas exitosas no tenga éxito. Me agacho y llego con la mano hasta el suelo. Llego doblada a meter la mano bajo el sofá. No sé qué mierda es el éxito, pero no lo quiero. Ya no. El éxito es un proceso bulímico. Hay que darse atracones de esfuerzo inhumano y después vomitar, porque no hay otra manera de seguir metiendo cosas, de poder con todo. Como a veces pasa después de correr una maratón.

Gracias a… a…, a ver, cómo lo digo, lo que voy a agradecer hoy quizá es de los más honestos, ácidos y duros que he podido escribir hasta ahora en el *journal*, pero me regurgita en la garganta después del día de hoy. No sé si estará bien esto que voy a decir. No sé si esto se hace así. Si debería pasarme. Gracias, Paula. Gracias, porque ver tu agotamiento me permite reconocer el mío. El mundo que estamos alimentando es una soberana absurdez. No entiendo hacia dónde corremos todos. ¿Imaginas pasarte la vida, toda, entera, sin parar, corriendo una maratón? ¿Quién puede soportar eso? ¿Nos salvaremos las dos? Espero que estos días de puente, lejos de la ciudad, la ayuden a parar.

Vie., 13 oct.

He tenido una idea. A lo mejor es una tontería, tal vez es complicadísima de activar, puede que me digan que estoy loca. A lo mejor no funciona. No sé. Es viernes y Peralta no me ha llamado. Iba a contársela, pero supongo que estará de puente y no ha creído necesario informarme de que hoy no habría llamada de evaluación de progreso. A veces me entra la paranoia y pienso que podrían olvidarse también de mí si sigo demasiado tiempo aquí metida, en este pueblo que no se ve desde ninguna parte. Me he pasado la noche sin dormir dando vueltas en ese colchón duro de gurruños de lana. No sabía cómo poner la almohada. La he girado hacia todos los lados hasta que he sido consciente de que el problema no estaba fuera, sino dentro, que la idea me hervía en la cabeza y no había manera de calmarla. He estado a punto de levantarme a escribir de madrugada. Al final, he abierto la aplicación de Headspace, que tiene una opción para contar ovejas y las he contado hasta que he acabado durmiéndome otra vez. No sé a qué hora. Mientras las contaba me imaginaba las ovejas que pasean por aquí al lado, en el campo que rodea a este pueblo por la izquierda. Las veía nítidas y mullidas, pomposas y sucias, avanzar y saltar unas vallas muy altas de madera roída. Y a medida que iba contando, más y más ovejas, las ovejas se iban parando una detrás de otra y otra y otra y otra hasta que se quedaban dormidas o inconscientes. Yo trataba de despertarlas. Creo que eso ya lo he debido de estar soñando. No sé qué pasaba al final. Al levantarme lo primero que he hecho ha sido abrir la puerta y asomarme a ver si las ovejas estaban vivas. Lo estaban. Sonaban sus balidos desperdigados por el campo, como siempre. Creo que lo que me ronda la cabeza puede ser una idea muy buena. Creo, además, que hace falta. No sé si existe en alguna parte. Debería existir. Yo quiero hacerlo, me encantaría poder

hacerlo de verdad. No ya solo por el contrato, sino porque el mundo necesita algo así. Suena muy ambicioso, siempre he sido muy ambiciosa y puede que eso me haya traído problemas, pero de verdad que es probable que esta vez tenga sentido el esfuerzo. ¿Se debe poder traer internet hasta este pueblo? Creo recordar que Peralta me dijo que había una web con una bolsa de recursos a los que podía acceder. Personas que ofrecen desinteresadamente servicios o herramientas físicas (tractores, ruedas, televisores…, no sé) para ayudar a detener la despoblación de sitios como este, para impulsar la llegada de nuevos habitantes. Tengo que mirar si en esa web de la que me habló existe algún donante que sea una empresa de internet. Si eso se pudiera hacer, si pudiera llegar internet hasta aquí, sería un paso importante para poder darle forma a la idea porque ¿quién vendría sin internet que lo conecte con sus trabajos? Yo he tenido la oportunidad de venir en unas condiciones excepcionales, como una especie de proyecto especial como publicista, becada por el programa de repoblación, pero los que vengan después (si es que consigo que alguien lo haga) tendrán que vivir de algo y aquí el pueblo no está preparado para la actividad. Quiero decir que en estas calles no hacen falta más negocios hoy por hoy. Este pueblo está dormido; tal vez, cuando despierte, cuando podamos empezar a activarlo, sí se podría plantear atraer a otro tipo de perfiles que no solo tengan que ver con lo digital. Sé que no estoy siendo muy clara todavía. Me doy cuenta mientras lo escribo, que tengo un montón de lagunas, pero todo irá colocándose; así es como funcionan los procesos creativos. Lo importante, la clave de todo, es que pueda haber conexión a internet. Sin ese paso, se caen todos los otros posibles. No tenía ni idea de que existían estas confederaciones de voluntarios. Me dijo Peralta que entras a la web y aparece un mapa donde localizas a las empresas y profesionales que ofrecen sus habilidades o recursos a los pueblos en decadencia. En mi barrio, allí en Madrid, dejas un mueble en la calle y al rato, probablemente, lo han destrozado de una patada por simple diversión o por enfado. Sin pensar si podría ser útil para alguien más allá de la M-30. No vemos más allá de la M-30. Bueno, hablo por mí. Me he pasado la vida sin ver más allá de la M-30 de cualquier ciudad.

Pensaba que todo el mundo hacía todo siempre solo por dinero. ¿Por qué si no? ¿De verdad alguien podría ayudarme desinteresadamente a hacer el trabajo titánico que puede suponer traer la conexión a internet a este pueblo? Como es lógico, yo no podría hacerlo sola. Y tampoco con estos viejos. Internet les queda lejos. Lo más cerca, sin duda, debió de ser el teletexto. Se debe de ver en esta tele de tubo que hay en el comedor. No creo, ¿no? Creo que esa tele todavía no tiene ni teletexto. A lo mejor ahora en este diario no se entiende lo que quiero decir. El reloj, que beba.

He entrado desde el ordenador, como si estuviera pedaleando en la web para ver los recursos. No podía esperar. Estoy utilizando los datos del móvil apoyado en una esquina de la ventana donde parece que hay algo más de cobertura. Ha tardado literalmente una hora en cargar y media hora en enviarse el mensaje del formulario que he rellenado para preguntarles a los responsables de Netfiber si estarían dispuestos a hacer un estudio para intentar habilitar internet en esta zona de Moscú (acabo de soltar una carcajada escribiendo esto). No me he vuelto loca, sé que realmente esto no es Moscú. Estoy perdida en un mediterráneo verde árbol ubicado en un pueblo de la sierra de Alicante que no se ve desde el avión. Supongo que no hacía falta consultarlo con Peralta, ¿no? Lo de Netfiber. Pone en el contrato que siempre hay que informar de cada paso, pero es que esto no es ni un paso, es solo una petición. Estará disfrutando de su coñac en la casa de la playa. ¿Qué le va a importar a él lo que pase en este pueblo si es puente y él es funcionario?

Sáb., 14 oct.

Tengo una noticia buena y una mala. He entrado por fin a la casa de la parroquia. Esa es la buena. Y todavía no tengo agua caliente. Esa es la mala. Hoy me he duchado, espero que, por última vez, con las cuchillas heladas que salen de esas cañerías podridas del baño. Al menos ya no salen bichos. Vicente me ha dicho que el martes vendrá con la pieza para arreglarlo. Eso es en tres días. No pienso volver a ducharme hasta dentro de tres días. Hasta que esté arreglado y salga agua hirviendo de esas tuberías escuálidas. Es que me da igual. Las viejas no se duchan todos los días, ¿no? Aquí no llamaré la atención, aunque lleve el pelo enguarrado en un moñete alto. No más de lo que ya la llamo como única mujer que ha nacido en los ochenta, pelirroja, forastera, de espalda recta y estresada que habita este pueblo. Creo que no huelen a sudor las viejas (o la mayoría de las viejas, porque había una que venía a limpiar el *coworking* y cada vez que pasaba por mi lado parecía que alguien había abierto y fileteado una bolsa entera de cebollas), es otro tipo de olor el que suelen desprender, no es que no huelan a nada. Los bebés huelen a nuevo, la piel les desprende un aroma como a algodón recién estrenado que dan ganas de estar todo el tiempo con la nariz encima de su cogote de muselina, pero, en cambio, los viejos, las personas a partir de los setenta y muchos, empiezan a oler como a corcho. Es un olor característico; esta casa, además de a polvo y a decrepitud, sigue oliendo a esa especie de roquefort de madera, a queso de corcho. Creo que es así como va oliendo la piel a medida que pasan los años. Leí un estudio una vez, no sé en qué medio digital, en una de esas veces en Madrid que no me podía dormir y me pasaba horas en la cama haciendo *scroll* de una noticia a otra, a otra, a otra y a otra hasta acabar leyendo un estudio sobre el olor corporal de las personas en las diferentes etapas de la

vida. Pues bien, según recuerdo, decía que, a un grupo de personas de edades comprendidas entre los diez y los ochenta años, les pusieron unas camisetas con almohadillas en las axilas para que no se las quitaran durante cinco días. Dormían y vivían con ellas. Supongo que se podían poner su ropa encima, no lo sé. El caso es que, una vez habían pasado los cinco días, pusieron las almohadillas de cada camiseta en diferentes tarros y los cerraron. Cada tarro correspondía a una edad. Y el experimento seguía cuando les dieron a oler esos tarros a otro grupo de personas. El resultado fue que a todos sin excepciones les resultaba un olor «normal» el que salía cuando destapaban y acercaban la nariz a los tarros de las edades jóvenes hasta los setenta. A partir de esa edad, el grupo de personas que olía tarros empezó a identificar el aroma que desprendían las almohadillas como un olor a viejo. Literalmente decían eso, «Huele a viejo». «Huele a casa de mi abuela» o «Me recuerda al jersey de mi tío Paco» (su tío Paco debía de ser viejo, claro). La conclusión fue que durante gran parte de nuestra vida tenemos un olor corporal catalogado como normal, pero a partir de cierta edad el olor se va transformando hasta pudrirse por completo. No es que los viejos huelan mal. Vicente no huele nada mal. Ángela tampoco. Sino que, por lo visto, con la edad entre todas las cosas que perdemos también se va esfumando la grasa de la piel y eso hace que el olor corporal vaya virando hacia la podredumbre. Me huelo ahora la piel del brazo y no me huele a nada. Tal vez, si me la oliera otro y no yo, notaría algún matiz, un olor particular que me define a mí y le diferencia a él. ¿No? No llevo perfume. Desde que estoy aquí no me pongo perfume, ¿para qué? No sé, creo que todavía no huelo a nada y que tampoco se me ha pegado el olor marrón de esta casa. El tema de los olores es algo muy curioso. El cuerpo nos va mandando señales que podemos declinar o no, como las notificaciones de mi reloj, para que vayamos siendo conscientes del tiempo que llevamos en este mundo, ¿no? Un inventario olfativo. Es probable que yo ya lleve años bajando la cuesta en lugar de subiéndola. Voy de no oler a nada a oler a vieja. La piel de los viejos huele entonces a piel desoxidada, a madera gruesa, a queso con serrín. A esta casa en la que vivo. Pero lo que es innegable es que, como contraprestación a que no

les huela demasiado fuerte el sudor, o no les huela en absoluto si tienen una higiene mínima, lo que sí les ocurre es que se van aflojando y abriendo los esfínteres. No me quiero poner escatológica, pero parece que de viejos estamos destinados a desinflar todo aquello que nos apretaba la barriga durante tantos años. Una vez se desabrocha el esfínter ya todo da, más o menos, igual. O no, no lo sé. Todavía no lo sé. A Ángela hoy le ha pasado. Lo digo por eso. Subíamos la cuesta de camino a la iglesia, porque me ha dicho Vicente que habían dejado las llaves de la casa parroquial colgadas de un ganchito del tablón de la entrada a la iglesia. Cuando íbamos a la altura de la fuente, un poco más adelante porque no lo ha cubierto el sonido del agua al caer, he escuchado un crujido que salía de la parte posterior del vestido de Ángela. No le he dicho nada, ella tampoco. Por un momento he pensado que se le había rasgado la tela, no he llegado a mirarlo porque el olor ha confirmado que era lo que imaginaba. Me pregunto si cuando eso pasa piensan que no se ha oído. Los viejos, digo. Que a lo mejor es como cuando vas con los auriculares con la cancelación del ruido, que parece que nadie escucha ni huele nada de lo que sale de tu cuerpo porque tus oídos tienen la cancelación del ruido activada. El cuerpo, por lo visto, tiene sus propias razones y en la mayoría de las situaciones no podemos hacer nada por irle a la contra. Es lo que hay. Me lo decía Ángela antes de llegar, en el paseo de hoy. Yo iba apoyada en una especie de bastón escuálido que me ha hecho Vicente esta mañana con una rama del jardín. No me duele tanto el pie, pero todavía noto molestias. Así que íbamos paseando tranquilamente Ángela y yo por las calles de este pueblo medio desierto, que con ella al lado me han parecido algo más vivas porque todo el mundo la saluda, y me saludan de rebote a mí también, yo apoyaba el bastón y ella iba con las manos arrugadas como un papel de dedos cogidos entre sí detrás, en la parte baja de la espalda, dando pasos pequeños, las dos al mismo ritmo, y me dice:

—Espera —se ha detenido a descansar—, que la cabeza no me concuerda con el cuerpo.

—¿Qué dices? —he respondido algo asustada.

—Sí, a mi edad la cabeza no concuerda con el cuerpo. Creo que

puedo subir esta cuesta sin pararme ni una sola vez, pero el cuerpo no me hace caso, el corazón se acelera, las piernas no van al ritmo que les mando. Y tengo que pararme a coger aire.

—No hay prisa. —Yo también he aprovechado para respirar.

—Lo sé. Es que es una cosa rara, no hay sincronía. —Ha dicho «gaga» en lugar de «rara», y no me lo ha dicho preocupada, sino con la voz entrecortada mientras respiraba—. Creo que tengo una cabeza de veintipico sobre un cuerpo descolgado por todas partes. El reloj de la cabeza no va en hora. Ya te darás cuenta, ya.

La casa de la parroquia está bien, quiero decir que tiene techo. Un techo alto, de madera clara, a dos aguas que lo sostienen unas vigas enormes. Cuando hemos entrado, a pesar de la oscuridad de un sitio que lleva cerrado años, los ojos se me han ido a unas escaleras que trepan por la pared desde la planta abierta de abajo hasta la mitad del piso de arriba. La casa es un espacio diáfano de planta y media, con dos ventanales finos que atraviesan una pared de piedra crema. Todo abierto, sin tabiques. Supongo que esto no debía de ser así al principio. Alguien la debió de reformar. Un cura, la Iglesia. No sé qué debía ser. La cocina en la parte inferior está pegada a una pared semicircular de piedra y tierra clara, por la que trepa una hiedra que se ha colado por un agujero de ventilación que hay a la altura del suelo. Al lado de la puerta que da al baño. En mitad de la estancia, a los lados, suben hasta la mitad del techo unas columnas cuadradas de doseles sencillos, con dos escalones picudos en la parte de arriba, que le dan cierta solemnidad y belleza. Me han parecido como de un altar. ¿Debía ser eso parte de la iglesia hace tiempo? No creo, ¿no? El suelo de la planta de arriba es de madera, parece que está en buen estado a pesar del polvo, solo que chirría a cada paso. Hay unas palas largas de hierro colgadas en la pared a modo decorativo. Y una estantería corroída y robusta que tiene pinta de pesar una tonelada.

—¿Qué hay ahí arriba? —me ha dicho Ángela desde abajo.

—Nada. Una estantería vieja con un montón de papeles. Y cosas oxidadas colgadas en la pared.

—¿Qué pone en los papeles?

—Nada, no sé. —Los he ojeado cogiendo un montón de papeles

amarillentos, los he soltado rápido y han caído al suelo—. ¡Ay! —he gritado.

—¿Qué pasaaa? —ha gritado desde abajo. He imaginado que se habría sujetado los dientes al hacerlo.

—Una araña con las patas enormes. —Me he golpeado las manos fuerte entre sí, por el cuerpo y por el pelo, por si hubiese saltado de alguna forma con esas patas kilométricas.

—Qué susto, ¿y por eso gritas? Pues si tuviera que gritar cada vez que veo una araña en este pueblo me pasaría el día afónica. No me digas que te dan miedo.

—No, bueno, sí. No.

—Mátala.

—Nooo. No sé dónde está. Digo, ¿cómo la voy a matar?

—Es más pequeña que tú, ¿no? —Se ha reído.

—Sí, pero no voy a matar a ninguna araña.

—Mujer, si te da miedo. Aunque son buenas para los mosquitos, se los comen.

—Hay muchas cosas que me dan miedo. —Mi voz ha rebotado sobre las piedras. La de Ángela ha subido como una burbuja mientras yo bajaba las escaleras apoyándome con una mano en el bastón mientras la otra me hacía de contrapeso en la pared llena de polvo y mugre. El reloj me ha preguntado si estaba escalando, le he dicho que no pulsando el botón de declinar. Ella me ha esperado sentada en el banco tosco de madera que había al lado de la pared de piedra de la cocina. La he visto, me he sentado en el último escalón—. ¿Y tú a qué le tienes miedo?

—Uy, yo, mira… —Ha hecho una pinza con su meñique de papel arrugado y su dedo gordo huesudo, como empezando a enumerar, y ha dicho—: Le tengo miedo a los relámpagos —ha pronunciado «guelámpagos» y me ha hecho sonreír porque he atisbado en esas erres serradas la niña que tal vez pudo ser y de la que no quedan vestigios, solo quedan esas dos montañas que le salen al hablar de la boca—, a subirme en un avión y que el avión no suba, al mar, a las serpientes y a mis piernas.

—¿Qué te van a hacer tus piernas?

—Irse.

—¿Adónde?

—No sé, pero me da miedo que me abandonen. Que se vayan aun estando cogidas a mis caderas. Que no quieran seguir subiendo las cuestas del pueblo. Que no pueda ir a la Tía Pepa, a la iglesia, al bar, que no pueda pasear por el jardín. Que no me lleven las piernas.

—Eso no va a pasar, mira qué piernas tienes. —Me he mirado de reojo las mías, que colgaban bajo el pantalón.

—Tendrías que haberme visto las piernas de joven. Ni una vena. Ni una mancha. ¿Todos estos surcos de encima de las rodillas? —Se ha levantado ligeramente el vestido y se ha acariciado los pellejos que se le han quedado grandes—. No estaban. Los gemelos y los muslos duros como melones. Y ahora mira. —Se ha dado golpes suaves con las manos, se ha empujado la carne, la piel se le ha meneado como si fuera de panacota—. Estas piernas no son las mismas. No se parecen en nada a las mías. Por eso te digo, les tengo miedo.

—Ya. —Me he mirado de nuevo las piernas, que debían estar en alguna parte bajo el pantalón. Me he pellizcado los muslos con disimulo. Todavía estaban algo duros.

—No sé en qué se pueden convertir con el paso del tiempo, ¿sabes? Tal vez sigan así, con más pliegues de piel tapándome las rodillas. O tal vez vayan mutando hasta convertirse en dos palos de madera. O que se me deshagan. Quién sabe.

—¿Piensas mucho en eso?

—¿En qué?

—En el futuro.

—Nada. No. Qué va, mujer. Las viejas no tenemos futuro.

La he mirado. Me he callado. Pienso que eso debe de dar más miedo que nada (o que todos mis miedos juntos). Ni por un momento había pensado que el futuro un día se acaba.

—Venga, vamos. —Se ha levantado haciendo un rugido con la boca por el esfuerzo.

—¿Adónde?

—Aquí arriba —ha dicho «aguiba» señalando a su izquierda, hacia la montaña—, quiero enseñarte una cosa. Está aquí al lado.

Llegamos, estaba realmente al lado. Diez pasos. Veinte de Ángela.

—Aquí es donde me caí el otro día. —He señalado los pedruscos.

—¿Aquí? —Los ha señalado ella también—. ¿Y qué hacías?

—Estaba sentada en uno de esos, ese, el más grande, ¿ves? Ese que es más redondo. Ahí. Y, al levantarme, dos rocas me pusieron la zancadilla.

Se ha reído. Me ha mirado atentamente con los ojos más claros que le he visto. El sol pegaba fuerte a pesar de estar a mediados de octubre. Y le caía sobre la cara una luz que no sé si venía del cielo o si salía de ella.

—¿Y qué me querías enseñar?

—Esto —ha dicho apuntando con su dedo índice como una varita mágica hacia el mar verde que teníamos delante. Dos, tres o cuatro montañas escarpadas cubiertas de vegetación. No se acababa la vista y seguía siendo verde que se mezclaba con el azul brillante del cielo. Como un mar dado la vuelta. Primero verde, después azul. Infinito.

—Es precioso, sí. —He respirado sin que el reloj me lo diga—. Ya había estado aquí.

—¿Por la tarde?

—Emmm, no. Por la tarde no.

—Desde aquí se ve el mejor atardecer del mundo.

—¿Del mundo? No será para tanto —le he vacilado.

—De verdad, ven una tarde. Este que se ve desde aquí es el mejor atardecer del mundo.

—¿Los has visto todos?

—Sí. Todos los de mi vida. —Me ha seguido el juego. Es verdad que parece que tenga veinticinco años en la cabeza. Tiene suerte porque el cuerpo se le marchita, pero la cabeza parece que la tiene en flor—. Siempre que puedo llego hasta aquí en mi paseo diario. Salgo a caminar todos los días, ¿sabes? Si no lo hiciera, seguro que estas piernas ya no me llevarían a ningún lado.

—¿Y con quién vas?

—¿A caminar? Sola. Antes lo hacía con mi hermana, pero, desde que no está, sola.

Ángela me ha asegurado que el sol se mete entre las montañas y las

va tiñendo de amarillos, naranjas, ocres, rosas y lilas hasta que se va apagando todo. Y da un fogonazo final de un color sin nombre. «Un espectáculo diario», me ha dicho. Me lo contaba de tal manera que, aunque era media mañana, me he podido imaginar con cierta precisión cómo debe de ser el atardecer que ella ve al llegar a la cima del pueblo cada día, cuando la tarde se apaga. De todo lo que he visto en este pueblo, ese es también mi sitio preferido. El de la casa descapotada. Justo donde acaba todo. Subiré a la hora del atardecer, ¿a qué hora atardece? Nunca se sabe cómo va a atardecer, ¿no? En Madrid casi nunca veo el cielo.

—¿Puedo salir a pasear contigo? —le he dicho antes de entrar en casa.

—Claro, mañana te paso a buscar. —Ni «te mando un wasap» ni «hablamos para concretar» ni «me organizo y te digo si tengo hueco»; «mañana te paso a buscar». Punto.

Ha sido cruzar la puerta y he recibido el mensaje de Netfiber de acuse de recibo de la solicitud. Que contactarán conmigo a la mayor brevedad, me ha leído Siri. No sé si se refieren a mi brevedad o a la suya. A la de Madrid o la de este pueblo. Hay muchas medidas de brevedad.

Gracias por… A ver, no quiero sonar excesivamente ñoña. No quiero que parezca que agradezco en un diario como una adolescente de falda entablillada. Pero, a ver, cómo lo digo. Bueno, da igual, esto no lo lee nadie. Gracias, pueblo, por darme una ¿amiga? ¿Se puede ser amiga de una vieja? Si no es familia sí, ¿no? Paula pensará que estoy como una cabra.

Dom., 15 oct.

Hemos pasado por delante del bar, ella ha entrado un momento porque quería dejarle a la Pura un táper enorme de albóndigas. Se oía barullo. Allí siempre hay gente. Toda la del pueblo se junta allí por las tardes, sus vidas se enganchan como las uñas de las enredaderas en esas paredes del bar de la Tía Pura. Empinan el codo, juegan un dominó y se olvidan de que son viejos. ¿Lo deben pensar todo el rato? Yo si fuera vieja pensaría todo el rato lo vieja que soy como si tuviera una bomba entre las manos. Al salir, cuando prácticamente empezábamos nuestro paseo, me ha dicho que a los del bar —los del pueblo que me miran mal, a los que no hago ni una pizca de gracia, los que quieren que esté aquí pero que no esté, los que creen que las pelirrojas traemos mala suerte— lo que les pasa es que tienen miedo.

—¿Miedo de qué? —le he preguntado un poco enfadada.

—Les da miedo que esto cambie, ¿sabes? —me ha dicho pudorosa.

—Espera, voy a activar el reloj para que me cuente los pasos.

—¿Para?

—No sé. Perdona, ¿qué decías?

—Que les da miedo que hagas algo aquí y que el pueblo, con los años, no se reconozca.

—¿Por qué no se va a reconocer? ¿Qué creen que he venido a hacer?

—No sé, pero les dan miedo las cosas nuevas.

—¿Nuevas como yo?

—Prefieren lo de siempre.

—¿Aunque el pueblo acabe desapareciendo en pocos años?

—No, eso no.

—¿Entonces?

—Bueno, no sé, Clara.

—¿Y a ti?

—¿A mí qué?

—¿Te da miedo lo que pueda hacer en el pueblo?

—¿Qué quieres hacer?

—¿Te digo la verdad? —Me ha contemplado asustada. Dábamos pasos cortos, pero se ha parado y me ha mirado a los ojos. No sabía si ser tan sincera. No sabía si debía decírselo.

—Sí, claro. —Los ojos se le han abierto como los faros de un coche.

—Mira, cuando llegué hace hoy exactamente dos semanas —«Aunque cuentan como catorce»—, no tenía mucha idea de por qué venía a este pueblo. Bueno, sí, a ver, venía por las condiciones. Ya está. Venía por el cansancio. A ver cómo te lo explico. En realidad, no es que haya venido a este pueblo, sino que he escapado de otro sitio.

—¿De dónde? —Los ojos se le movían de un lado a otro, un poco asustada.

—A ver, no. Quiero decir que no es que quisiera venir a este pueblo concretamente, sino que me pareció una oportunidad para intentar parar y respirar un poco.

—Ya. —No sé si me entendía. Hemos seguido andando las dos, a ratos he mirado el suelo. He dado un paso corto y apoyado la rama entre los adoquines pulidos. Estaba limpio el camino. No había ni un solo papel ni una lata. Ni una pintada. Ni basura arremolinada debajo de ningún coche. No hay apenas coches aparcados en las veredas de este pueblo. La he seguido, he querido que ella marcara la ruta. Me he dejado llevar. Hacía un poco de viento y las hojas marrones del árbol de la plaza han salido volando, dejándolo cada vez más desnudo.

—Pero ahora de verdad empiezo a querer estar aquí —lo he dicho y he pensado: «¿De verdad?»—. Me gustaría poder utilizar este pueblo como sitio de parada. No de paso. De parada.

—¿Cómo «utilizar»? ¿Qué vas a hacer? —Se ha detenido y me ha mirado con el ceño un poco más doblado que de costumbre. No se le han notado mucho las muecas porque la piel de la cara le va muy grande, enorme, la que más de todo el cuerpo.

—No, nada, nada. Me explico. Creo que no me estoy explicando bien.

—Pues no mucho.

—Ya, es que me cuesta. No lo tengo todo claro. No tengo un plan específico. —Ha parecido que eso la tranquilizaba; al verle la cara le he preguntado—: ¿Qué pensabas?

—No sé, mujer. Te has puesto tan seria que pensaba que a lo mejor me ibas a explicar que eras otra.

—¿Quién?

—Otra. No la Clara buena que he conocido estos días.

—¿Soy buena?

—A ratos. —Ha dicho «gatos» y me han entrado ganas de acariciarla—. Los primeros días eras una gruñona de mucho cuidado, parecías una vieja insoportable. —Me he reído, se ha reído. Es que veo en Ángela a esa joven que querría ser y ella tal vez ve en mí algo que también la reconforta, ¿no?

—¿Tú eras gruñona? —le he preguntado todavía con las risas en la boca.

—¿Cuándo? ¿De joven? Igual que ahora.

—Entonces no.

—Pero ¿no te digo siempre que en la cabeza me creo que tengo veinticinco? —Se ha parado y ha cogido aire. Me he parado y he respirado. El reloj me ha vibrado. No lo he mirado—. Entonces ¿qué les digo a los del bar?

—¿Tienes que decirles algo?

—Mujer, me preguntarán. Siempre lo preguntan todo. Aquí todos lo queremos saber todo. Piensa que este pueblo para nosotros es como un hijo, no queremos que le pase nada malo.

Pienso que el jardín de esta casa en la que vivo brota en realidad del único hijo que tiene: el pueblo. El único hijo que les queda aquí es este pueblo, por eso desconfían de con quién se va a ir el hijo. Al final el hijo siempre se va, pero supongo que, para una madre, para un habitante, dejar a su hijo que acabe siendo quien quiera ser o quien es en realidad en cada etapa de su vida es uno de los duelos más bestias por los que puede pasar. Yo no tengo hijos, pero he podido sentir algo así —a años luz— con algunos de mis proyectos. Con Madrid. Con las

prisas, con la agenda llena, con la imagen que tienen de mí, con el éxito que se supone que tenía por ser una publicista con una buena cartera de clientes, una currante construyéndose una vida exigente al borde de un precipicio. Tener el control de todo. Que no se me escape nada. Abarcarlo, apretarlo, ahogarme. Hay personas —poquísimas de mi generación y de las que han venido después— capaces de mantener el equilibrio; yo decidí apuntarme al programa de repoblación de la Generalitat Valenciana sin saber qué vendría después porque me caía. Sabía que si me quedaba un día más allí me caía por el precipicio. Hoy por primera vez creo que no ha sido un error tomar esta decisión, creo que es posible que realmente me haya salvado la vida. Suena fuerte. He dicho «creo». De verdad lo creo ahora mismo. Cuando hemos llegado al final del pueblo, el sol empezaba a bajar. Y lo demás no voy a ser capaz de describirlo aquí. Lo mejor sería hacer una foto y pegarla junto al mapa de este pueblo, tenerlo presente, pero mi móvil está hecho un asco y ¿dónde voy a imprimir algo aquí? Bueno, tal vez en la tienda de la Pepa hay impresora; no me sorprendería, allí hay casi de todo. Todo mezclado, eso sí. La carne al lado de los guantes de fregar. Más que una tienda parece un almacén de supervivencia. El detergente debajo de un saco de harina. Por cierto, he amasado mucho estos días y ya me sale un poco mejor la pizza aquí. Me voy haciendo con el horno, que tirita cada vez que lo enciendo, pero calienta mejor. La cocina va suelta, sobre unas ruedas diminutas, y el horno abajo. Todo es blanco excepto el cristal, que es negro. Y la rejilla que debía de ser plateada también está negra. La última pizza que hice, la de ayer, me salió mejor de lo que esperaba. Creo que el truco está en taparla con un papel de plata para que no se queme con el calor residual de arriba mientras la masa burbujea con el calor de abajo. La hice toda entera de cebolla cortada en tiras finísimas. La caramelicé antes un poco en la sartén. Tengo ahora mismo aquí al lado un plato de ribetes dorados, el único que no está descascarillado por ninguna parte, con una porción de pizza que me sobró. La he calentado después del paseo. Ya se habrá quedado fría otra vez. Me doy cuenta de que no necesito tanto de todo lo que necesitaba en Madrid. Sin tostadora también se puede recalentar bien. Solo que me requiere algo

más de tiempo. Aquí siempre hay tiempo.

—¿Qué vas a cenar? —le he dicho a Ángela cuando volvíamos de ver el atardecer. Ella ha entrado un momento al jardín a cortar unos hierbajos. Y yo estaba a punto de entrar en casa con la idea de los restos de pizza.

—Ya he cenado.

—¿Cuándo?

—Antes del paseo. Ceno pronto, ya te lo dije.

—Tengo pizza.

—¿Qué?

—Pizza.

—No sé lo que es.

—¿Cómo no lo vas a saber?

—No, bueno, sí. Lo he oído alguna vez, «pizza». —Ha dicho «piza», no «pitsa», como digo yo—. Pero nunca la he probado.

—¿No? No me digas. —Seguro que ha podido notar mi desconcierto.

—No, mujer. ¿Qué pasa? ¿He hecho algo malo? ¿Es malo no haber comido la pizza esa?

—A ver, es una pena.

—Por qué va a ser una pena si cada día disfruto de comer. Si como de todo y me hago unos guisos y unas cosas que están buenísimas. —Se ha puesto los dedos en la boca y se ha dado un beso en las yemas que no se le han deshecho.

—Un día de estos te invito —le he dicho—. Buenas noches.

Ahora, mordiendo la última porción de pizza, que se me deshace la cebolla en la boca y la masa de los bordes cruje como las crestas de una barra de pan, pienso: «¿Cómo debe ser una primera vez a los setenta y nueve años?».

Lun., 16 oct.

Hoy en lugar de escribir me he puesto a leer antes lo que escribí hace unos días. Es la primera vez que lo hago porque la idea de un diario de este tipo creo que no es leerlo, sino escribirlo. No sé si ha estado bien. Creo que no debería haberlo hecho. Si la idea de esto es soltar, tengo que soltar, no volver y recogerlo con los ojos. No intentar controlar lo que pasa. No volver al pasado a remover lo que pudo haber sido. Lo suelto y ya. Pues bien, he estado un buen rato trotando en este *journal* que me describe a trompicones. Y me parece que soy incoherente. A veces estoy de coña, otras seria, otras enfadada. Me leo y pienso que viven en mí un montón de Claras. ¿Es síntoma de algo? Me ha parecido que algunas de las cosas que he escrito no tienen relación. Parecen no tener conexión las unas con las otras. Como si estuviera trufado de mentiras, inseguridad, soberbia y desazón, de pensamientos inconexos, que estuviera todo demasiado crudo. No hay estabilidad. Tengo treinta y siete años y estoy empezando de cero. ¿Es así como funcionan este tipo de diarios? Hay que decir la verdad y ya está, ¿no? Es una línea que sube, baja, se corta y vuelve. ¿Es esto lo que soy? ¿No debería de ser todo más estable? Parece que hay tres o cuatro Claras aquí dentro solo en estas líneas, ¿cuántas personalidades tengo? Me hace pensar, ahora que lo practico todos los días y que de alguna manera estoy apuntando parte de lo que me pasa en este proyecto —en el que avanzo a pasos lentos o solo avanzo en mi cabeza — en el que llevo desde principios de mes, que la coherencia absoluta solo existe en las películas y en algunas novelas. Solo existe en la ficción. No creo que esto solo me pase a mí, será como el estrés y sus consecuencias, que nadie presume de los síntomas, solo de las cumbres a las que el frenesí creemos que nos empuja. Como digo, eso, lo lineal, la coherencia absoluta, solo debe de existir en las películas.

En esos espacios en los que no todo es verdad, o no es verdad casi nada. Lo que cuentan en las novelas o en las películas es como las habitaciones de exposición de Ikea, que las hacen de las formas que quieren para que encajen todos los muebles a la perfección, pero después tú lo sacas de allí y te lo llevas a casa, a tu vida, y esa habitación no queda igual. En la vida, en la vida real digo, que es esto que estoy contando en el *journal* con toda la franqueza y el detalle que se me pasa por la cabeza, no hay proporciones ni estabilidad. Estoy intentando entenderlo para quedarme tranquila. Es que es normal este batiburrillo cuando dejas un mundo y empiezas a habitar otro, ¿no? No me levanto todos los días con el mismo humor ni todo lo que hago tiene relación. A veces estoy enfadada y no sé el motivo, no sé explicarlo. En las películas se explica todo. Todo tiene un porqué, lo han pensado unos guionistas o un escritor para que el que lo vea piense que la vida de ese personaje es en realidad la que se narra, pero la vida real es otra cosa. La vida no se entiende tan bien como en las películas o en las novelas. Por lo menos la mía me parece complicadísima de entender, ¿hay que entenderse? A veces es aburrida, aunque siga siendo trepidante; a veces, como estos dos últimos días, es rutinaria y pausada. Esto último es algo nuevo para mí. Y me gusta. Si hicieran una película o alguien escribiera un libro de esto, ¿qué contarían? Si esto lo escribiera un escritor para ser leído por otros, supongo que dotaría al personaje —o sea, a mí— de unos rasgos muy concretos, estables, cincelados, perfectos, sin vaivenes y lo echaría a andar por un mundo apasionante donde cada paso que da tiene que ver con el anterior o con el posterior. Todo pensado al milímetro. Un camino perfecto y ordenado. Un espacio en el que sabe lo que va a venir y lo controla. Un poco como la vida de esos gurús que hablan de éxito y acaban siempre los e-mails con algo que te enganche. Un futuro asegurado. Mira, en la vida real eso no pasa. Es imposible. Y lo he intentado. Pero no hay control. Las cosas pasan, algunas sin riendas, y tienes que cabalgarlas como puedes. Otra cosa es lo que hagas ver que pasa. ¿Paula estará bien? Voy a ver si me ha escrito. No me ha escrito en todo el fin de semana. No se ve nada a través de la tela de araña de la pantalla de este móvil. A lo mejor no

me llegan los mensajes. Voy a ver si al dejar el teléfono en el poyete de la ventana llega alguna señal. Allí es donde mejor entra la cobertura. Si me ha escrito, sonará. Bueno, por dónde iba. Que sí. Que eso es lo que pienso. La vida fuera de las películas es otra. Muchísimo menos lineal. Mis emociones no son como las de la protagonista de una novela, eso está claro; mis emociones son intermitentes. Y creo que eso le pasa a todo el mundo. Aunque lo oculten o lo disfracen de «no me hace falta parar». No sé, ¿estoy intentado justificarme? ¿Por qué? Mierda de estigma social. Lo que quiero decir es que es imposible ser siempre en todos sitios, a todas horas, en cualquier caso, durante años y años, la yegua que galopa sin descanso. No me creo que esto solo me pase a mí. Bueno, no sé si me estoy explicando. El *journal* de hoy es un fiel reflejo de la confusión que me está provocando vivir a otro ritmo. El reloj zumba para que respire.

Esta mañana ha venido Vicente para lo de la ducha. Ha entrado sin llamar como siempre, solo que yo estaba en la cocina con las manos llenas de harina y no he podido salirle al paso. Yo había oído la puerta de casa chirriar, no la verja de fuera, el cencerro no lo he llegado a oír, sino la puerta de casa, y me he imaginado que era él. Me dijo que vendría.

—¿Cuántos trajes iguales tienes? —le he dicho saludándole con la cabeza, mis manos suaves masajeaban la masa.

—¿Como este? —Ha bajado la barbilla para mirarse, el palillo que le salía de la boca le ha rozado la carne.

—Sí.

—No sé. Dos o tres tengo ahí colgados. Sí. —Lo ha dicho como desinteresado. Que le ha dado igual, vamos, que lo de la ropa le ha dado igual. Yo he pensado, por el contrario, que tenía una imagen muy marcada. Se ha creado sin saberlo una marca personal. Debe de tener muy claro quién es. O no le preocupa en absoluto a estas alturas de la película. Tal vez piense: «¿Qué más da quién soy?». Ojalá en la vejez me dé igual casi todo. Espero que llegar a vieja tenga ese premio. Que te suban a un podio flotante y te cuelguen una medallita de la Virgen de Me la Suda. Y se esfumen todos los «debería de». Todo

el mundo en el pueblo sabe que Vicente es un abuelete resuelto, que siempre lo arregla todo, que no le da pereza nada, que se acuerda de lo que tiene que hacer aquí o allí. Saben igual que yo, desde el primer día, que Vicente es alguien con el que se puede contar cuando algo en casa no funciona y que va a intentar resolverlo con todas las manos que tiene.

—¿De qué trabajabas?

—¿Yo? Uy, *xiqueta*, he hecho muchas cosas. Sí. Soy ingeniero agrónomo —ha dicho con las manos enroscando una pieza minúscula.

—Eso sí que no me lo esperaba. —«No tiene pinta de ingeniero agrónomo», he pensado. Quiero decir que ¿qué pinta tiene que tener un ingeniero agrónomo? ¿Dónde ha estudiado la carrera? ¿Qué hace aquí?—. ¿Y qué haces aquí?

—Estoy enroscando la piesa esa que era plana, pero que…

—No —le he cortado—. Quiero decir aquí en el pueblo.

—¿Cómo? Vivo aquí. Sí. Nací aquí. Soy de aquí.

—Pero ¿has trabajado siempre aquí?

—Aquí, sí, siempre he trabajado aquí. Al acabar de estudiar, en mi época no todos estudiaban, yo quise estudiar, sí, pero mis compañeros de aquí del pueblo no estudiaban tanto como yo. —Se ha reído. Las manos han hecho ruido de tambor al golpear dentro del termo.

—¿Y dónde trabajabas aquí? —No acababa de decírmelo.

—En el campo. Mira, ¿los bancales que se ven desde la plasa? Si te sientas en el banco y levantas la cabesa, mirando entre las dos calles que bajan, allí —la voz le ha resonado dentro del termo y ha parecido que me estaba hablando desde el pasado—, todo eso lo diseñé y lo planté yo. Todo el regadío, los árboles, todo lo que es el plan de abastesimiento agrícola de este pueblo lo han hecho estas manitas. —Las ha sacado del termo y me las ha enseñado, tenía las puntas de los dedos negras—. Esto ya está, *xiqueta*.

No doy crédito. Vicente es ingeniero agrónomo. No me lo hubiese imaginado nunca. Es que no sé qué clase de persona soy que he vivido toda mi vida mirando a los viejos como si nunca hubiesen sido personas, como si nunca hubiesen tenido otra vida que no fuera esa que ahora cubren con un montón de piel arrugada. Como si no me

llevaran ventaja, sino como si esa ventaja en años fueran escombros que apartar. Casas derruidas. Ruinas. Despojos. Pieles muertas de la sociedad. Creo que mucha gente de mi edad piensa así. Los niños molestan a veces. Los viejos molestan casi siempre. De verdad, es el discurso que conozco. Se les pone a los niños el peso de ser quienes los padres no fueron. Y se les quita a los viejos la virtud de quienes han conseguido ir siendo durante toda su vida. Hasta que te paras y empiezas a hablar con viejos. No me gusta lo de «persona mayor» porque creo que mayor se es a partir de los dieciocho. Después, vas cumpliendo años, y años, y años, hasta que con suerte eres viejo. Y más tarde te quedas estancado en la vejez como un embalse lleno de hojas. Y todavía puedes cumplir algunos años más en esa calma que siento que hay en el agua de esta gente. No sé si por el pueblo o por viejos. Creo que es por las dos cosas. Los viejos en las ciudades parecen perros en un piso. Ahora que estoy aquí, creo que nadie se interesa por recuperar un pueblo como este porque solo hay viejos. Como si eso no se pudiera cambiar. Como si los demás no deseáramos con todas nuestras fuerzas llegar a viejos alguna vez. Ya decían, cuando lo del COVID, que las grandes fuerzas mundiales lo crearon para purgar a la sociedad, para limpiarla de pelos muertos, para vaciar los espacios de personas que ya no son capaces de producir, que ya no corren, que ya no pueden subirse a la rueda de hámster. ¿Estos que ya no corren? Fuera. Que no se vean. Que se vayan fundiendo poco a poco con el paisaje hasta que desaparezcan. No sé si eso será realmente así, pero creo que deberíamos parar. Volver a ordenarlo todo.

—¿Tiro esto? —me ha dicho sosteniendo el papel que envolvía la pieza nueva que ahora luce destacando en el termo enroscada al tubo viejo.

—Sí, claro. Dame. Yo lo tiro. Por cierto, ayer entramos a la casa parroquial —he alzado la voz mientras lo tiraba a la basura y él colocaba la escalera en el trastero, al lado de la puerta de atrás, donde siempre. Donde solo entra él a coger y dejar herramientas.

—¿Qué?

Me he acercado y se lo he repetido:

—Ayer entramos a la casa parroquial.

—¿Y qué te paresió? Una bellesa, ¿verdad?

—Me encanta la escalera de madera que sube al segundo piso. El suelo de arriba chirría un poco, pero parece que está entero, rígido, está mejor conservado que yo —le he dicho de broma. Se ha reído—. En realidad, iba a decir que está mejor conservado que tú, pero me ahorro el comentario. —¿Debe de tener Vicente también una cabeza de veinticinco años?

—Pues en la parte de abajo hay un secreto, ¿lo viste? —Se ha sacudido las manos en el pantalón del traje.

—¿El qué?

—Lo que esconde el suelo. —Parecía un detective.

—¿En qué parte?

—En el suelo. Sí. Debajo del suelo.

—¿Pero en qué parte del espacio? —he insistido.

—Pues ¿no te estoy disiendo que debajo, *xiqueta*? —Se ha reído y ha arqueado las cejas con una mirada astuta.

—¿Bajo tierra?

—Sí, bueno, no. Debajo del suelo.

—No vi nada, ¿cómo lo voy a ver? —Se estaba quedando conmigo, ¿acaso estoy muerta para saber lo que hay bajo tierra?

—Hay una trampilla. Sí. No recuerdo en qué parte exactamente, hase muchos años que no entro a esa casa, pero sé que hay una trampilla que la levantas y puedes bajar unas escaleras que dan a otra habitasión. Una reliquia, che.

—¿Y adónde dan?

—Abajo. Sí. Te lo enseñaré el próximo día. Voy y vemos si todavía se puede abrir. A ver si no han hecho nada los curas. —No ha querido decirme qué hay.

—¿Cuántos curas han pasado por allí?

—Al menos dos que recuerde. Sí. Dos. Don Jaime y don Pablo, el de ahora. Sí. ¿Lo conoses?

«No conozco al cura. ¿Debería? No lo he visto nunca. No va al bar, no va a comprar, no va a ver el atardecer y eso que le pilla al lado de la iglesia», he pensado.

—No. Bueno, a no ser que el cura no vaya vestido de cura.

—Sí, sí va vestido de cura. Sí.

—Pues no lo he visto.

—Es mayor, no sale mucho. No. —He escuchado al perro ladrar a lo lejos.

—¿Lo oyes?

—¿El qué? A ese perro, ¿lo oyes?

—Sí.

—¿Cuántos años tiene?

—¿El perro?

—El cura.

—Debe tener…, a ver, mira. Si yo soy del cuarenta y siete —ha dicho contando con los dedos negros en la barbilla de pasa—, él tiene…, sí, él tiene ochenta y siete. Onse o dose más que yo, sí.

No sé si es que no me entran los mensajes. ¿Ya habrá vuelto Paula del puente? Tengo el teléfono en la ventana y tampoco me han dicho nada los de Netfiber. No me han contestado y ya hace un par de días que contacté, ¿no? Ya deberían haberme dicho algo. ¿Hoy qué día es? A ver, espera. Hoy es lunes. Podrían haberme llamado ya, ¿no? Podrían haberme llamado hoy. A estas horas ya no creo que lo hagan, pero ojalá me llamen esta semana, antes del viernes, y pueda aclarar algo para la reunión telefónica de evaluación de progreso con Peralta. Cruzo los dedos. Gracias a… Agradezco… Agradezco a este lunes… Uy, qué raro suena. ¿Gracias, lunes? No me pega nada. Si Paula me escuchara escribir esto, me intentaría arrancar la piel para descubrir que no soy yo la que está debajo. Bueno, que sí, que gracias, lunes, porque ya no eres como los de siempre. Seguramente no es por cómo eres en sí, sino por cómo yo te miraba. ¿Le estoy hablando al lunes? Bueno, que no sé cómo ponerlo. Agradezco a los lunes porque ya no son tan pronunciados. Me voy a dar una ducha ardiendo. «Ducha ardiendo», pensaba que estas dos palabras juntas se repelían en esta casa. Una ducha ardiendo por primera vez aq… Espera. Ah, no. Pensaba que era un SMS, pero es que suena igual que la notificación de *mindfulness*. «¿Qué tres cosas agradeces del día de hoy?», pone.

Mira, parece que me estaba escuchando.

Mar., 17 oct.

Ayer cuando hablaba con Vicente hubo algo que me dijo que me llamó la atención, pero veo que, por lo que sea, no lo escribí por aquí. Me dijo que nunca había visto el mar. «A mí lo que me gusta es el campo», me dijo con sus ojos pequeños y el palillo bailando en la carne del labio. Pienso que cada uno ve el paraíso donde quiere. Donde puede. Pasa lo mismo con el infierno, ¿cuál es para mí el infierno? Pues no sé, depende del día. ¿Existe el infierno? Esas etiquetas tan eclesiásticas son puntos extremos con los que catalogar lo que se supone que está bien y lo que se supone que está mal. A mi edad, con treinta y siete tacos, empiezo a ver más claro (ahora desde aquí) que nada está bien y nada está mal. O, por el contrario, todo podría estar bien y todo podría estar mal. El otro día, estando todavía en Madrid, escuché una frase en una serie. No recuerdo qué serie era, una de esas de ponerte un finde y zampártela entera un episodio detrás de otro. O a lo mejor lo vi en Twitter o en Instagram. No sé. Lo que sí es seguro es que era antes de venir aquí, porque aquí no he visto nada. Me impactó especialmente; decía algo así como que «algunos huyen haciendo las maletas y otros huyen anclándose en el mismo sitio». Cuando vi esa frase, pensé que yo era de las primeras. De las que huyen haciendo las maletas. Ahora también pienso que Paula es de las segundas. De las que huyen anclándose en el mismo sitio. Son absolutamente contrarias, pero son la misma cosa, una huida. ¿Cuál es el infierno, entonces? ¿Este pueblo lento o la ciudad que corre? A mí me llegan a preguntar la primera semana y hubiese contestado con absoluta rotundidad y una cara de asco bastante repugnante que el infierno era sin duda este pueblo. Ahora no tengo nada de eso claro. No creo que uno sea el bueno y otro el malo. Empiezo a entender que los espacios, los pueblos, las ciudades, la

montaña, el mar, las casas, tienen un color u otro, son el infierno o el paraíso dependiendo de los ojos que los miren, las circunstancias y tantas otras cosas. Por ejemplo, esta mesa en la que tengo apoyado el portátil la veía mucho más oscura hace una semana de lo que la veo ahora mismo. No sé si la madera se ha aclarado de tener las ventanas abiertas o si lo que se ha aclarado ha sido mi mirada. Puede que ambas. Respiro y vuelvo a respirar. Me vibra el reloj, entrecortado. Cojo aire hasta el final. Quité los visillos y ahora cuando estoy aquí sentada escribiendo puedo ver bien lo que hay fuera, pero también me pueden ver. Sigue sin pasar casi nadie. Y si lo hace ya me da igual. Cuando ha venido Ángela —se ha acercado hace un rato para traerme un táper con raolas de espinacas—, ha asomado sus ojos alimonados primero a la ventana y yo estaba aquí, justo encendiendo el ordenador. Se ha dado un susto, porque ha pegado la cabeza al cristal como si estuvieran los visillos y, como no estaban, se ha topado con la nitidez del interior y ha dado un respingo.

—Pasa.

—¿Qué?

—Que pases —le he dicho desde la ventana cerrada, aunque iba a pasar de cualquier modo—. ¿Tú has huido alguna vez, Ángela? —He escuchado al perro ese otra vez ladrar a lo lejos.

—¿Y eso a qué viene?

—No, nada, estaba pensando en una cosa que vi el otro día y…

—Yo no huyo —me ha cortado—, ¿de qué voy a huir?

No he sabido qué decirle. Creo que a este pueblo se viene a huir del mundo. A qué vas a venir si no. Pero ella ya estaba aquí, está aquí desde siempre, así que le he contestado:

—No, de nada. Nada. Cosas mías.

—Toma, te he hecho unas raolas de espinacas. —Ha dicho «gaolas» y ha sacado un táper viejo azul.

—¿A mí? ¿Llevan algo de carne? —Lo he abierto, olían muy bien.

—¿Cómo van a llevar carne si son de espinacas? A ver, mujer, las he cogido salvajes de aquí al lado del camino donde están las cabras del Luis. —Ha señalado hacia atrás, la piel del codo le colgaba como si fuera un triángulo chafado de plastilina. Me habría encantado jugar y

hacerle formas. Llevaba las mangas del vestido arremangadas y un delantal de cuadros encima.

—¿Qué cabras?

—Las del Luis, aquí abajo. —Se ha girado y ha señalado, no a las cabras, porque no se ven. Desde esta casa solo se ve campo. El camino, el campo. Las casas están a los lados de esta casa, por lo que no las veo desde aquí. Todo lo que veo es verde y azul.

—No las veo, pero ¿no eran ovejas?

—Nooo, también hay cabras, mujer. ¿No las has visto?

—Creo que las he escuchado alguna vez.

—Pues allí hay espinacas salvajes. Se las comen las cabras, no te creas, pero a veces no llegan por el cercado a la vereda y salen unas cuantas espigadas hacia arriba. —Ha dicho «aguiba»—. Están buenísimas.

—Ya te diré, tienen buena pinta, muchas gracias. —Últimamente subsisto en gran parte de lo que ella me prepara. Esta vieja es mi *delivery* en este pueblo.

—¿Te paso a buscar esta tarde?

—Sí, claro. Vendrá Vicente también.

—¿Adónde? ¿De paseo?

—Sí, bueno, no. Nos acompañará un trozo y nos pararemos en la casa parroquial.

—¿Te tiene que arreglar algo allí? —Se le ha trabado la lengua con los dientes.

—No, todavía no. Estoy esperando lo de internet primero. Vamos porque quiero que me enseñe lo que hay bajo el suelo.

—Aaah. —Lo sabía, parecía que sabía lo que había en el suelo, ¿cómo no lo iba a saber?

—¿Qué hay allí? ¿Lo sabes? Lo sabes. —Me gustaría hacerle cosquillas para sonsacárselo.

Se ha reído y me ha dicho que nos veríamos a las seis como siempre.

—Un poco más pronto, mejor.

—Vale, pues a las cinco y media. ¿Él a qué hora viene?

—A esa.

—¿Y el pie?

—Bien, mira. Ya no me hace falta el bastón.

—¿Te has seguido poniendo lo del vinagre?

—Todos los días.

—Ah, mujer, pues entonces no hace falta que pase a verte Ramón.

—¿Quién?

—El médico. Hoy le toca. Pasará por casa a las tres para mirarme la tensión.

—Ah, no, por aquí no hace falta. —Se ha girado dando pasos pequeños como una bailarina, con esos zapatos negros de goma que parecían las pezuñas de un caballo que nunca galopa y se ha alejado arrastrando los dedos huesudos de las manos por los arbustos más altos del jardín—. Espera.

—¿Qué? —No se ha girado, ha seguido de camino a la verja. Su pelo blanco parecía una nube reluciente que le rodeaba la cabeza.

—¿Has visto el mar alguna vez?

—Claro, mujer —ha respondido entre risas. Ha sonado el cencerro. La he visto salir.

Recuerdo que hace unas semanas, cuando escuchaba el cencerro, esta mujer, esta vieja, me parecía otra. ¿Debe de pensar lo mismo de mí? Me pasa ahora con Paula, que desde aquí me parece otra, aunque probablemente siga siendo la misma, y eso me entristece. Sé que a nuestra edad la amistad es otra cosa, se transforma con los años como las caderas, el pelo o la piel de alrededor de los ojos. Pero llevo unos días pensando que tal vez ya no tenemos nada que ver. Y me da miedo. Me sucedió como a todos, hace mil años, cuando pasé del colegio al instituto, cuando pasé del instituto a la universidad. Después en un trabajo, luego en otro. Algunos amigos, muchos, muchísimos más con los años y con las ciudades que recorrí, se fueron quedando por el camino. Corriendo cada uno sus carreras, supongo que exhaustos, agarrados a las barras de algún vagón de metro al acabar el día. Tal vez fueron importantes en un momento de mi vida, pero llegamos a una bifurcación —otro vecindario, otra carrera, otras formas de mirar— y fuimos caminando en direcciones que no nos han

vuelto a cruzar. A alguna la he visto en Instagram o en Facebook, te dejas un emoji, te saludas, un día le mandas o te manda un mensaje privado de «Te veo muy bien, no paras, ¿eh?» y un «A ver si nos vemos» fugaz. Nunca nos volvemos a ver. Le contesto con un «Uy, sí. Esta semana no, que voy muy liada. Tal vez la que viene. O la otra que lo tengo mejor». Nunca hay tiempo. Ni para esos amigos de antes ni para los de ahora. Luego aparecieron los maridos, los hijos, los amantes, las hipotecas, los trabajos, los vinos con otros, los restaurantes de carne, Tinder, los cócteles, follar los viernes, el niño con fiebre, los congresos para ser mejor, los retiros para recuperarte de ser la mejor. Bueno, ya sabes. Paula no me llama. No sé si le debió de molestar lo que le dije el otro día o simplemente es que con ella también se han bifurcado los caminos. ¿No vendrá? En Madrid corríamos sobre la misma cinta, eran cintas parecidas, pero aquí, en este Moscú al que se llega después de las serpientes, aquí no hay cinta por la que correr y me parece que todo se ve tan cristalino que empiezo a ser el tipo de persona que creí que nunca sería. Esa que dice: «Mira, si no tienes tiempo es porque no quieres». ¿Eso es así? No lo sé. Pero lo pienso. Me dice el reloj que me levante. Voy a aprovechar para buscar un vaso de agua. Y creo que voy a quitar la notificación de levantarme. Aquí no me paso tanto tiempo sentada como en el *coworking*.

Mientras limpiaba con la palma de la mano el surco que ha dejado el vaso sobre la mesa pensaba que hace muchísimo que no escribo a mano. El otro día la Pepa, no sé qué fui a comprar a la tienda, algo de comida, supongo y…, ah, sí, compré por fin la cortina para el baño. Fea como ella sola. Es una cortina rosa con unos elefantes azules que echan agua. Ahora cuando me meto en la ducha parece que me estoy lavando en una de esas cadenas de limpieza de coches a presión. Cuando entré a la tienda, la Pepa estaba allí recogida y arrugada detrás de la mesa del mostrador mientras escuchaba la música clásica con perdigones. En ese transistor que suelta unos petardazos que no veas. Como no llega bien la cobertura… (por cierto, a ver si me contestan de la compañía). Como no llega bien la cobertura las trompetas que salen de ahí se mezclan con los petardeos de los

altavoces pequeños de la radio y parece que alguien está soplando en un micrófono. Bajó un poco el volumen y cogió un papel de la libreta. No lo arrancó, solo le dio la vuelta y apuntó allí dos o tres sumas a mano, escribió los números que parecían caracolillos caminando sobre el papel de cuadros. Apuntó mis cortinas: «Cortina baño elefante». Escuché tres canciones enteras mientras ella escribía eso. Un mensaje. ¿Es Paula? Ah, no, es publicidad. Bueno, por lo menos sé que me están llegando los mensajes. Lo voy a dejar aquí, me voy a calentar las raolas que luego iremos los tres a la casa parroquial; los tres, como una pandilla de niños aventureros. Me tiene intrigada. ¿Qué debe haber bajo el suelo? No me lo quieren decir hasta que no lo vea. Vaya dos peliculeros.

Mié., 18 oct.

Estoy muy triste. Y siento tanta rabia que lo único que me pide el cuerpo es escribir. Y escribir y escribir y escribir y escribir. Ha sido después de la llamada de la empresa de internet, cuando he hablado con Paula. Primero, me han contactado los de Netfiber. Ha sonado el fijo, yo estaba en la cocina, limpiando el horno, porque el otro día al cocinar la pizza se me derritió mucho queso y cayó en la base, y quería limpiarlo ya que a veces me ha pasado que lo vuelvo a calentar sin acordarme y huele a hierro podrido. Cuando ha sonado el teléfono fijo, he pensado que sería Peralta. No estoy acostumbrada a escuchar el ring prolongado, agudo y persistente del teléfono que está colgado en la pared lateral del arco que separa el comedor del saloncito. Esa pared está llena de manos marcadas. Se ve que la muerta que vivía aquí debía de usar mucho el teléfono fijo y se apoyaba en el marco mientras hablaba y hacía dibujos con el dedo lleno de aceite en la pared. Cuando he contestado no era Peralta, sino los de internet.

—¿Dígame?

—¿La señora Clara Soto? —«¿Cómo que "señora"?», he pensado.

—Sí, soy yo.

—Buenos días, soy Carlos Clement y la llamo por la petición que ha hecho para un estudio de conexión a internet en un entorno rural, ¿es así?

—Sí, exacto. Tal y como especifiqué en el formulario de su web quería saber simplemente si podría llegar la conexión hasta aquí —le he explicado lo que ya le había contado en el mensaje de contacto.

—A ver, déjeme un momento que compruebe una cosa. Espere un minuto, ¿bien? No me cuelgue.

«No me pone música», he pensado. Le he escuchado teclear rápido en un ordenador. Ha respirado pausado y a veces su inspiración ha

tapado el auricular del teléfono y me ha respirado en la oreja.

—¿Sí? No cuelgue, por favor.

«¿Cómo voy a colgar?», he pensado. Si llevo esperando esta llamada días con la ilusión de una niña. Creo que, cuando no puedes tenerlo todo, cuando la orografía, las circunstancias, el pueblo en sí te propone unas limitaciones, conseguir algo es mucho más satisfactorio. En las ciudades se puede conseguir casi cualquier cosa, cueste lo que cueste —esfuerzo, dinero, no llegar a vieja, da igual—, todo lo que te propongas en cualquier momento, a cualquier hora del día, en casi cualquier parte y, si quieres, sin moverte de casa. Se ven pasar *riders* de un lado a otro, con vete a saber qué llevarán en esas cajas amarillas que cuelgan de sus hombros como mochilas. Puede que una hamburguesa, una bolsa de patatas del súper, las llaves que te dejaste en la oficina, un paquete de tabaco o incluso a un bebé que vuelve de la guardería. Eso último no, pero todo se andará. Somos capaces de llegar a hacer cualquier cosa, por absurda que sea, con tal de poder con todo y cada vez con más y más. Ser los más innovadores de cartón pluma, los más exitosos, los más aplaudidos, los más hechos polvo. Todo vale por el elogio del no parar. Hemos ido inventando cada vez más herramientas, servicios, utilidades, cacharros…, que nos ayuden a consumir cada vez más cosas y a tener cada vez menos verdad. Trabajamos sin parar hasta las nueve de la noche para después premiarnos comprando el tiempo de un *rider* que va a buscar una Avocado Supergreen al Honest Greens de Gran Vía mientras tú vas con el metro hasta arriba cogida como puedes a la barra del techo de camino a casa, haciendo *scroll* con la otra mano en un móvil sin cobertura, mirando otras vidas probablemente igual de lamentables que la tuya, aunque siempre crees que son mejores. Parecen mejores, pero es solo porque muestran la carcasa, como hacemos todos. Agotados por dentro y con algo de dinero por fuera.

—¿Está ahí?

—Sí, claro.

—Perdone por el tiempo de espera.

He hecho un sonido con la boca que era algo así como un «vale», pero no era un «vale». Era una especie de mugido breve.

—Estaba comprobando en el sistema, según el número de teléfono fijo que nos facilitó, este al que le llamo, si habría la posibilidad de llevar hasta la zona una conexión estable.

—¿Y? —He esperado.

—No lo he podido comprobar. Lo siento, no me deja ver con claridad si hay algún repetidor de señal cerca, tendremos que ir hasta allí a testear *in situ* con un medidor manual.

—¿Aquí? Sin problema, ¿cuándo pueden venir?

—Ahora mismo los tiempos de espera del servicio de internet rural son de tres semanas.

—¿Pero no pueden venir antes simplemente para comprobar si es posible? ¿Si llega?

—Espere un momento. Un minuto, no se mueva.

«¿Adónde quiere que me vaya?», he pensado. Estaba con un cordón rizado enganchada a la pared. Llevaba más de un minuto. Debía de llevar por lo menos dos o tres. No le escuchaba respirar en el auricular. Por los sonidos enlatados que me llegaban, parecía que había dejado el teléfono sobre la mesa y estaba hablando con alguien. Una mujer o un hombre con la voz muy fina. No he sabido qué decían.

—¿Sí?

—Sí.

—Mire, apunte, estaremos allí el lunes 23. Le repito, el lunes 23.

—¿A qué hora? —El lunes que viene.

—Eso no se lo puedo concretar, pero será en algún momento durante la mañana. Hacemos ruta y no puedo calcular exactamente qué hora será cuando lleguemos.

—Bien, no pasa nada, estaré aquí.

—De acuerdo, ¿quiere que le mandemos un SMS?

—¿Para qué?

—Para recordarle la cita.

—Eh. Sí, vale. De acuerdo.

—Muy bien. ¿Eso es todo o tiene alguna otra consulta?

—¿Vendrán seguro hasta aquí?

—¿Qué quiere decir?

—Si vendrán.

—Claro, tal y como le he dicho, el lunes 23 durante la mañana iremos a comprobar el estado de receptividad en su zona.

—¿Cómo en mi zona? —Cuando ha dicho «mi zona», he pensado en el paseo Imperial—. Perdone, ya, sí. De acuerdo. Pues nada más, eso es todo. Gracias. Los espero. —Es muy importante, dependen muchas cosas de la prueba que harán el lunes.

—Nos vemos pronto.

Netfiber es una empresa con sede en Alicante con un servicio especializado en internet rural y que, según he podido entender, acepta desafíos de este tipo, donde llegar es complejo, hay escasez de infraestructuras y la densidad de población es baja. Creo que son perfectos para ayudarme a dar el primer paso. Necesito que haya conexión. Si no lo conseguimos, será absolutamente inviable seguir adelante con la idea del refugio. Ojalá llegue. Espero que puedan llegar a hacer la instalación porque de verdad creo que este proyecto, la idea de un refugio de este tipo, es algo que podría hacer que el pueblo existiera en el mapa. Que tuviera sentido venir aquí y quedarse. Podría ser algo que salvase a personas que, como yo, como Paula, tenemos el problema de la sociedad actual. Podría ayudar a mucha gente. No creo que sea apuntar alto. Lo veo posible y sobre todo lo veo necesario. ¿Por qué nadie lo ha hecho? ¿Por qué nadie lo ha hecho en serio sin un interés lucrativo? De verdad, no como esos retiros sacapastas. No digo que todos lo sean, los habrá serios y los hay sacadineros. He visto y tenido que hacer campañas para ese tipo de clientes. Lo he vivido en primera persona. Algunos no se preocupan, simplemente han detectado el mismo problema que yo y ven negocio alrededor. No quiero embalarme porque cuando algo me motiva tanto como esto que se me ha ocurrido, cuando de repente veo que el camino se alumbra, me acelero y no puedo parar. No quiero que eso me pase. Se lo quería contar a Paula, pero las cosas no han ido como siempre en nuestra conversación de hoy. Después de hablar con los Netfiber la he llamado y me lo ha cogido sin tardar mucho, lo debía de tener en la mano, hemos estado charlando bastante rato. Ha habido momentos en los que la he notado rara. Le he preguntado por

lo de las analíticas. Me tiene un poco mosca el tema. Espero que no me esté ocultando nada más complicado. Y luego, bueno, las cosas no han acabado bien:

—Oye, ¿y cómo estás? ¿Para qué eran las analíticas de las que me hablaste el otro día?

—¿En las que me dijeron lo del cortisol?

—Sí, ¿te has hecho otras?

—No, ¿por?

—No sé, como dices si me refiero a esas. ¿Qué haces?

—Estoy en casa.

—¿A estas horas? ¿Y eso?

—Algo me debió de sentar mal y estoy cada dos por tres en el baño.

—¿Vomitando?

—Sí. Me han pinchado y parece que se ha parado un poco, porque me he pasado toda la noche devolviendo sin parar. Aun cuando no me quedaba nada más. Como se lo haya pegado a los niños esta noche puede ser una catástrofe, no sé si decirle a la niñera que venga para adelantarme al futuro.

—Díselo. Y no vas a ir al despacho, claro. —Para que Paula no haya ido al despacho tenía que estar realmente mal. La he visto defender a un cliente con treinta y nueve de fiebre.

—No, hoy no. ¿Y tú qué tal?

—¿Yo? Te noto rara.

—A ver, Clara. No estoy en mi mejor momento. Estoy floja.

—¿Solo hoy? ¿O llevas más días así?

—Vomitando solo hoy.

—¿Y floja?

—Floja ya desde hace un tiempo.

—¿Y por eso lo de los análisis?

—Sí.

—¿Y por qué no me lo has dicho?

—¿El qué, Clara? ¿Que estoy floja? ¿Para qué te lo voy a decir? Si es una tontería, mujer. Estoy floja, sí. Me levanto y las piernas a veces me flaquean. Me siento y al cabo de un rato se me pasa. Creo que me viene de las cervicales. —La he escuchado con la voz blanda pero

crispada, como si le saliera del fondo de los pulmones. Como si tuviera un dragón durmiendo en los pulmones.

—¿Lo de las piernas te viene de ahí?

—Sí, bueno, no sé, lo digo porque me mareo un poco. Y eso siempre es cosa de las cervicales.

—¿Estás mareada?

—No, ahora no. Clara, no te preocupes. No seas así, que me pones nerviosa. Por favor. —Ha levantado un poco la voz, que le ha salido baja de la tráquea. He intuido el fuego sin fuerza del dragón.

—Vale, perdona. Es que tienes que bajar un poco el ritmo, amiga. Al final te va a pasar factura. Nos va a pasar factura a todos, ¿sabes? —le he dicho más enfadada de lo que muestro.

Se ha quedado en silencio.

—¿No ves que no es normal la vida que llevamos?

—Llevo. —La he escuchado rugir por lo bajini sobre mi frase.

—¿Qué?

—Nada.

—Llevamos años pisando el acelerador por encima de lo permitido. Muy por encima de lo que puede el cuerpo, la cabeza, las piernas, el corazón. Lo del cortisol, ¿de qué crees que es lo del cortisol, Paula? ¿Es que adónde vamos? —No se lo he dicho enfadada, sino con un tono quizá algo desesperado, como creo que debería habérselo dicho cuando empecé a darme cuenta—. Paula, tienes que frenar o el cuerpo te frena.

—Que típico, Clara. Ya lo sé, ¿qué crees, que no lo sé? Pero las cosas no se pagan solas. La casa, los niños, los coches, los seguros, los colegios, la niñera… Vivir, Clara. Vivir no se paga solo. ¿Sabes cuánto tengo que trabajar para poder mantener la vida que tengo? Es que no tienes ni idea. Lo que pasa es que tú no tienes ni idea porque siempre has hecho lo que te ha dado la gana, porque no tienes a nadie a tu cargo ni una hipoteca que todos los meses arrasa con tu sueldo y el de tu marido en el banco. Así, en tu situación, es fácil parar —me ha reprochado con una actitud reptiliana que no reconozco.

«No es justo», he pensado. Pero me he quedado callada un rato apoyada en la ventana de la entrada, mirando al campo y a la luz que

seseaba cálida en la colina. La he escuchado respirar entrecortada, el reloj me ha notificado que mi pulso era superior al habitual. «Respira y vuelve a respirar», me ha recordado. Respira y vuelve a respirar.

—¿Clara?

—Sí —le he dicho con un hilo de voz.

—Perdona. Perdona. Perdona, de verdad. No tendría que haber dicho eso. Perdona, es que estoy cansada. No me encuentro bien, Clara. No puedo más. Hoy no tengo el día. De verdad que no puedo más. —He escuchado cómo daba un golpe al sofá o a la mesa o a la pared o a la cama, quizá con una cola enorme y verde, la boca llena de fuego apagado—. No sé, Clara. No sé qué me pasa. Yo siempre he podido y ahora no puedo. No puedo más. No puedo. Te prometo que no puedo. Perdóname. —Ha dejado de rugir, yo no he dicho nada—. Perdona, me he pasado tres pueblos. ¿Clara?

—Sí, estoy aquí.

—¿Clara?

—Sí, ¿me oyes? Estoy aquí.

—Ah, qué susto.

—¿Y qué podrías quitar de todo lo que tienes? —He querido ayudarla, no sé si era la mejor manera.

—Nada —ha tardado en responder—, no puedo quitar nada, ¿sabes? Ese es el problema, que una vez llegas aquí arriba ya es muy difícil ir quitando cosas porque cada pieza es como el palo de madera de un *Jenga*. Todo está tan perfectamente encajado, todo está tan construido para trabajar, y pagar, y comer, y follar los viernes, que, como mueva una pieza de la puta torre en la que estoy subida, se cae todo.

«Nunca la he oído hablar así», he pensado. Paula no habla así. La que habla no es Paula. Habla el dragón, habla el estrés. Puedo reconocerlo en su voz porque yo también he hablado a través de ese fuego muchas veces. Muchísimas. No sé qué hacer. No sé cómo ayudarla. Creo que si le explicara lo del refugio… Bueno, no sé. ¿Es el momento? A lo mejor me diría que sí, que tiene que venir, que está a tiempo, que todavía es joven, que puede venir con sus hijos y su familia, que es una idea increíble o que estoy como una cabra; seguramente me diría eso. «A ver si sientas la cabeza, amiga». Así que

no se lo he contado porque no tenía claro si ver la realidad de que existe otra forma de vivir, a la que para acceder hay que renunciar a todo lo que tiene, podría estresarla aún más. Despertar al dragón para siempre. Que la hiciera añicos. El éxito es, en muchos casos, un monstruo que te va rodeando el cuello y te va apretando poco a poco, poco a poco, poco a poco, hasta que no queda espacio para el movimiento. Al principio notas que respiras mal al dormir, te despiertas con la sensación de que te caes o de que no te pasa el aire. Algo que quema. Lo sé porque lo he vivido. El estrés te coge con unas manos anchas y no te suelta. El estrés no te suelta. Tienes que abandonarlo tú haciendo el esfuerzo de quitarte de la cintura y del cuello esas garras gordas que te aprietan, que son en realidad las manos juntas de toda la sociedad, de una generación que vive por y para el éxito. Para ser visto. Para producir. Para llegar cada vez más lejos. Para construir un futuro cada vez más lejano, cada vez más complejo, que requiere cada vez más y más esfuerzo. El exceso de positividad de una generación que se cree capaz de todo —la mía, la nuestra— nos está viniendo en contra como un tsunami que arrasará con todo. Toda esa positividad nos está haciendo creer que somos invencibles y que seguimos pudiendo más y más y más y más, y la ola se forma cada vez más grande sobre nuestras cabezas. Y todavía no ha roto, pero romperá, y nos llevará por delante si no hacemos nada por evitarlo. La positividad, los fármacos y la normalización del estrés y del cansancio nos impide ver que no estamos viviendo el éxito que nos contamos. Sino que esta forma de éxito es un fracaso absoluto. Un despropósito. Algo inhumano, más para las máquinas que para las personas. Estamos alimentando la mentira más grande de la historia. La ola es tan alta. Los monstruos, tan grandes. Nos mentimos, mentimos en redes, mentimos a nuestros amigos, mentimos en todas partes porque de tanto mentir nos creemos que la verdad es aquello que proyectamos y no lo que somos. Un éxito relativo, un éxito de cartón piedra. Sé muy bien lo que le pasa a Paula, porque a mí también me ha pasado. Estoy prácticamente convencida de que estamos en un momento crítico donde adolescentes, jóvenes y hombres y mujeres de mi edad estamos sufriendo en un silencio

colectivo disfrazado de satisfacción y éxito. ¿Qué le pasa a mi generación? ¿Cómo hemos llegado a este punto? ¿Por qué nadie lo frena? ¿Qué más tiene que pasar? Volví al médico en Madrid. No sabía lo que era. Primero el cansancio fue mental, pero no le hice caso y pasó al cuerpo. «Tendré el hierro bajo», pensé. Y el médico me lo dijo claro:

—No es nada, sufres de agotamiento. Tienes que bajar el ritmo.

—¿O qué? ¿No me pasa nada o sí me pasa?

—Bueno, no sé, ahora no tienes nada, pero puede derivar en muchas patologías indefinidas. —Me lo dijo con las gafas bajas mientras miraba el ordenador, moviendo mucho las manos, con un tic en la ceja y una sonrisa a la mitad que no sé si era felicidad o me enseñaba los dientes, esperando a rellenar el parte para que entrara el siguiente. Tenía prisa, tal vez también sufría de agotamiento emocional. Tal vez estaba estresado. El sistema lo agarraba del cuello. Cinco minutos por paciente, no más.

—¿Por ejemplo?

—El estado más peligroso es el cansancio de vivir, una sensación que puede llegar a ser mortal.

—¿Y eso qué quiere decir? ¿Se cura?

—Sí, claro que se cura, pero tendrás que cambiar tu estilo de vida radicalmente si no quieres que el susto sea mayor. No es fácil, sé que no es fácil y que ahora te asusta. Pero cada día veo a dos, tres, cuatro personas como tú en esta consulta. Estamos viviendo la era de la autoexplotación —lo dijo con hastío, se colocó las gafas—. El mundo nos arrastra, pero somos nosotros mismos los que nos exigimos soportarlo. Esa es la condena y el peligro de la sociedad actual. No llegaremos a viejos a este paso.

No se lo conté a nadie, ni siquiera a Paula. Pensé que sería una fracasada si lo hacía. Por qué muchos llegan y yo tenía que quedarme por el camino. Por qué ellos podían y yo no. Me preguntaba todo el rato si yo no era capaz de seguir el ritmo por algún tipo de tara. «Eres una fracasada, Clara». Hasta que me voy dando cuenta, poco a poco, sobre todo desde que decidí venir a este pueblo y ahora que empiezo a verlo con cierta perspectiva lejos del meollo, de que probablemente no

esté pudiendo nadie. Solo están haciendo que pueden. Pero ¿hasta cuándo?

Jue., 19 oct.

Esta noche ha venido Ángela a cenar. Se ha ido hace un rato, debían de ser las diez. Hemos cocinado juntas. Le he enseñado a hacer pizza. Una masa rápida que he hecho muchas veces. La saqué del libro *Pizzas para llevar* de Jérôme Quilbeuf y Rie Yasui —uno de los que me traje en la maleta—. Un libro que, por cierto, primero me compré porque el *packaging* me pareció fascinante y después me conquistó por el contenido. La forma de ver el mundo y de explicar la elaboración de las pizzas, poniendo el detalle en el producto, los tiempos y la tranquilidad, o el motivo por el que se cocinan me acunan como una nana sosegada y alegre. En este libro hay recetas de pizzas con queso o sin queso, de todo tipo de vegetales, con tomate o sin, y claro que con carne o pescado para quienes coman animales. Nosotras hoy hemos hecho la de alcachofas confitadas, queso parmesano y unas lascas de las manzanas del jardín. Las alcachofas las ha traído Ángela. Ya le he dicho que no es una pizza clásica la que estábamos haciendo, pero que sí se podía hacer una idea de la cantidad de combinaciones impensables que puede tener una pizza y, sobre todo, que la importancia recae principalmente en la masa. Por el simple motivo de que puedes utilizar unos ingredientes excepcionales para poner encima, pero, como la masa no sea ligeramente crujiente y un poco esponjosa, el resultado completo no va a ser bueno. Amasar con ella me ha devuelto la esperanza. Ha sido de los mejores momentos desde que estoy en este pueblo. Enseñarle a una vieja a cocinar algo por primera vez es un privilegio. Además, después de lo de ayer, lo que más necesitaba era meter una y otra vez las manos en la bola elástica y relajante de una masa de pizza. Ha sido curioso porque Ángela ha encendido el horno de una forma que yo no había logrado. Ha dejado apretados dos mandos —se ve que tiene dos mandos y yo solo había

usado el mismo, por eso si giraba hacia una parte se me apagaba la otra— y sin soltarlos me ha dicho que encendiera con la cerilla larga las dos partes. Mientras se calentaba el horno, he volcado en un bol el agua, la harina, la levadura seca, bueno, todos los ingredientes, no hace falta que lo deje escrito por aquí. El reloj me notifica que beba agua. Declinar. Lo he mezclado todo mientras ella iba abriendo hoja por hoja las alcachofas confitadas y las dejaba encima de un plato de ribetes azules que he sacado del armario carcomido de arriba. ¿Cuántas cosas habrá comido Ángela en esos platos? Supongo que los habrá usado infinidad de veces. ¿Cocinaba aquí con su hermana? A ella le gusta cocinar, ¿le gustaba también a su hermana? ¿O le traía táperes como hace conmigo? Abría y colocaba hoja por hoja, cada una de las seis alcachofas, con una delicadeza casi quirúrgica. Yo amasaba y le miraba los dedos como varitas de vidrio arrugado sobre esas flores verdes. Estábamos en silencio. Hemos estado en silencio casi todo el rato mientras cocinábamos. No hacía falta hablar porque la comida, la liturgia, el placer de cocinar una buena pizza, una pizza de verdad, ya hablaba por nosotras. Cuando las manos se me despegaban ligeramente de la masa, le he dicho: «¿Ves? Así es como tiene que quedar, elástica y fresca». La he estirado sin presionar demasiado y le he dado una forma redonda sobre la mesa temblorosa de la cocina que he cubierto previamente de una fina capa de harina. Nada me relaja más que eso. Cocinar pizzas. Nunca estoy más presente que cuando hundo los dedos en la informe mezcla de esos ingredientes de resultado esponjoso. El horno estaba más caliente que otras veces, justo como toca. No marcaba la temperatura, este horno es viejo para tener medidor, pero lo he podido notar en mis piernas cuando he pasado por delante del cristal para lavarme las manos y quitarme los restos de masa de las uñas en el fregadero. Me gustaría tanto poder hacer algo así con Paula. Parar el reloj, pedir tiempo muerto, volver otra vez a ser las que éramos antes de que el síndrome de la vida ocupada se nos clavara con las patas en la nuca como una garrapata que no se ve. Ángela sonreía, con los labios relajados y la boca entreabierta mientras continuaba, ahora con una manzana del jardín, sujetándola con sus manos de piel de leche. Una piel tan fina, tan

blanca, tan delicada, tan arrugada como la que se forma en la leche al hervirla en el fuego. Así le he visto las manos, manchadas pero blancas e impolutas; cortaba la manzana con una precisión de casi ochenta años. Y observarla así, con la paz que supongo trae consigo saber que no hay más futuro hacia el que correr, me ha reconfortado. He extendido una base ligera de aceite de oliva sobre la masa blanca. Las alcachofas abiertas como bailarinas, unas lascas de queso parmesano que he cortado con el pelador de patatas con la punta oxidada y he metido la pizza en el horno. Hemos esperado pacientes, las dos, sentadas en las sillas rayadas de madera contrachapada, allí, sin movernos de la mesa de la cocina. Cuando he visto que la masa estaba formando burbujas alveoladas en los bordes, le he dicho que se asomara a verlo. Para que el horno tenga luz hay que pulsar un pitorrito blanco y mantenerlo presionado. Ángela miraba la pizza burbujear con unos ojos nuevos enmarcados por sus gafas grandotas. Una primera vez a los setenta y nueve años. Y yo he tenido la suerte de presenciarlo. Cuando la he sacado, he comprobado que la base había quedado crujiente y de esta manera, con los dos fuegos encendidos, no ha hecho falta el truco del papel de plata para cubrir la superficie. En ese momento le hemos añadido las lascas de manzana que se habían oxidado un poco, pero que estaban frescas y crujientes. Y he cortado la pizza en porciones con la ayuda del cuchillo más grande de la cocina, el que cogí el día que pensé que alguien quería hacerme daño. Y ese alguien ahora me sonreía con un gesto puro e infantil delante de mis narices, del todo inofensiva.

—¿La probamos? —le he dicho con ilusión.

—Claro, pero debe de quemar, ¿no? ¿Se come así, ardiendo?

—Bueno, se enfría rápido.

—Venga, pues ponme un trozo en el plato que yo no me puedo quemar el paladar porque no es mío.

—¿Cómo que no es tuyo?

—Es broma, mujer. Si ahora las jóvenes tienen muchas menos cosas suyas que las viejas, que se ponen de todo por todas partes, que parecen…, ¿cómo se llama el muñeco ese de la patata?

—¿Mister Potato? —Me he muerto de la risa.

—Eso, ¿te la vas a comer con la mano, cochina?

—Se come así, con la mano.

—¿De verdad?

—Sí, claro. Cógela de aquí del borde y te la comes por la esquina, poco a poco, hasta llegar al final. Verás que es muchísimo mejor que con cubiertos.

—Me parece una cochinada comerme esto con las manos, pringándome los dedos.

—Venga, pruébala a ver si te gusta.

—A ver, buena pinta tiene, desde luego, pero es como una coca. Yo coca de verduras sí que he comido.

—La masa no es igual que una coca, ya verás, pruébala.

Le ha soplado un poco y le ha dado un mordisco grande, metiéndose casi la mitad de la porción en la boca. Ha cerrado los ojos mientras masticaba. Me hace gracia porque cuando éramos niños y probábamos algo nuevo, cogíamos un trozo minúsculo por si no nos iba a gustar y teníamos que escupirlo con repulsión. A medida que pasan los años probamos las cosas nuevas con más ansia, puede que por el propio hecho de que tal vez, cuanto más tiempo pasa, menos oportunidades nos quedan de probar cosas nuevas. Menos cosas nuevas nos quedan por probar, ¿no?

—Está riquísima. —Ha dicho «guiquísima» en vez de «riquísima»—. La masa es suave y crujiente, mira. —Me ha enseñado con ilusión un agujero de aire que le ha tocado en el borde. Una de las cuevas de la pizza. Me encanta cuando se forman así. Se lo ha metido en la boca y he escuchado cómo crujía. Se ha reído—. Mmmmmm. Muy buena, Clara. Muy buena la pizza. Estás hecha toda una cocinera.

—No te creas.

—¿Cómo que no?

—Realmente solo sé cocinar pizzas y poco más.

—¿De verdad?

—Sí, siempre he cocinado cosas rápidas o pedido comida para llevar. Pero con las masas es otra cosa, no lo hago solo por el propio placer de comerme una pizza casera, que me encanta, lo hago porque han sido mi refugio desde hace tiempo.

—¿De qué te refugiabas en las pizzas? —Ha dicho «guefugiabas» en lugar de «refugiabas», y me han dado ganas de darle un beso en la frente porque un refugio en su boca suena todavía más acogedor.

—Del ruido. Del ruido mental.

—¿De la radio de la cabeza?

—Exacto, ¿a ti también te pasa? —«Dime que a esa edad deja de funcionar».

—Sí, claro. Eso le pasa a todo el mundo, mujer. Creo que el problema viene cuando no se puede apagar la radio de la cabeza o si cada vez suena con el volumen más alto. Le pasó a Enrique y se paseaba por el pueblo como un megáfono. Pobrecito mío. —Ha pronunciado sus «erres» de montañas redondas cuando ha dicho «radio» y «Enrique», y por un momento me ha parecido que me hablaba en francés.

—¿Quién es Enrique?

—Uno del pueblo que ya no está.

—¿Se fue?

—No, murió. Su familia lo dejó aquí y él solo no se apañaba. Además, no quería que nadie lo ayudara, ¿sabes? Se quedó tan solo que la radio de la cabeza empezó a ocupar todo el espacio.

—¿Y de qué murió?

—Creo que de pena.

—¿Se puede morir de pena? —He escuchado al perro, el de siempre, me ha parecido que es el de siempre algo afónico, ladrar a lo lejos.

—Sí, estoy convencida, por eso cada día cuido de este jardín.

Nos hemos quedado las dos en silencio un rato y no sabía si debía contárselo, si ya tengo la suficiente confianza como para compartir con ella esto. Al final se lo he dicho porque no lo he podido reprimir:

—Pues yo hoy tengo pena, tengo mucha pena, Ángela. —Se me ha descomprimido el esternón.

Ella me ha mirado, por primera vez, con los ojos tristes al ver que los míos se habían enrojecido y que estaba a punto de llorar.

—¿Por qué, cariño? —Y me ha abrazado, ha llevado mi cabeza contra su pecho. Y su olor a vieja se me ha pegado por todo el cuerpo y me ha calmado. He respirado y vuelto a respirar. Y he pensado que

dentro de cuarenta años quiero oler así, como ella, mirar con los ojos que ella mira, tener las manos suaves que ella tiene, transmitir esta paz, esta tranquilidad, esas ganas de coger una manta y quedarme a dormir esta noche acurrucada en su axila.

—¿Sabes? —le he dicho levantando la cabeza y mirándola de cerca a esos ojos que me alumbraban bajo los cristales—. Eres la amiga vieja que no sabía que quería tener.

Se ha reído tan fuerte que ha tenido que soltarme y sujetarse los dientes. He visto cómo se le humedecían los ojos y cambiaba de tema.

—Venga, vamos a acabarnos la piza, amiga —me ha dicho vocalizando exageradamente la palabra «amiga». Y nos hemos reído llorando un poco, la he visto de reojo.

Vie., 20 oct.

Lo del suelo de la casa parroquial es todo un misterio. No sé por qué no me lo quieren decir, según Vicente es mejor que lo vea. Es que puede que sea una tontería y me están haciendo una pelota enorme con unas expectativas desorbitadas que ni los cierres de los capítulos en Netflix, madre mía. Qué control tienen estos dos de la narrativa. A lo mejor deberían decírmelo por si puede ser importante para el proyecto del refugio. Por si puede darme alguna idea de cómo seguir dándole forma. Hoy hemos vuelto a ir Ángela, Vicente y yo a la casa parroquial, pero no hemos podido entrar a verlo. Lo del suelo, digo. Se conoce que hace tantos años que la compuerta está cubierta que no se ve. Le pusieron el suelo actual por encima sin dejar hueco y Vicente no quiere ir levantando baldosa por baldosa para saber dónde está la trampilla. Así que ha desmontado todos los muebles de la cocina para ir dándole golpes con un palo al suelo, porque dice que está por esa zona, que la recuerda por ahí, y que prefiere descubrir por el sonido hueco dónde puede estar la puerta de acceso. Ángela y yo lo mirábamos mientras daba golpes secos, como si fuera un personaje de una serie de detectives. Vaya personaje este Vicente, tiene una energía que no se le acaba. Él, con su traje azul eléctrico y su camisa de rayas gruesas, el palillo en el labio, los ojos pequeños, la sonrisa amplia, ligeramente encorvado, las piernas ligeras, abrazado con una mano al palo grueso de madera. Dando golpes secos. Sabe lo que hace. Se nota que sabe lo que está haciendo. Se oían los golpes y el sonido de los pájaros que entraba a través de la puerta. Me gusta estar rodeada de personas que saben lo que hacen. Aunque eso sea dar palos de ciego en un suelo que esconde vete a saber qué chorrada. Nunca creen que pierden el tiempo porque lo habitan a conciencia. Eso es lo que me parece. Esta mañana, por cierto, han tocado a muerto otra vez. Yo no

lo conocía, al muerto. Pero ha muerto Miguel. Eso me ha dicho Ángela cuando ha tocado con sus dedos huesudos sobre el cristal de la ventana para avisarme. Lloviznaba y olía a hojas secas. Solo toca cuando alguien ha muerto. El resto de las veces entra y se sienta en la butaca sin avisar. Ayer casi me da un patatús porque yo salía de la ducha con una toalla rasposa enroscada en el cuerpo y otra en la cabeza, y cuando pasaba por el comedor para ir a la habitación a vestirme estaba ella allí, en el saloncito, sentada en la butaca oscura y desaliñada, acariciando con su mano el reposabrazos. El reloj me notifica que me levante. Por dónde iba. Bueno, que no se ve la trampilla, así que Vicente pensará qué puede hacer estos días y, si finalmente consigue localizarla por el sonido —quiere estar totalmente seguro para tener que picar solo la porción de suelo correspondiente y no destrozar lo demás—, me avisará para que pueda entrar a verlo. Está en muy buen estado la casa de la parroquia para lo que es este pueblo. Será que los curas están más tiempo en la iglesia que en casa. Por cierto, una cosa, ¿la piel de la cara de los curas es así por poder divino? No, en serio. He visto pasar a don Pablo un momento y ese hombre tiene la piel tersa como un vestido de seda. No soy católica, pero casi todos los curas que he visto en mi vida tenían una piel envidiable. Deben de llevar una vida tranquila y contemplativa. Cero estrés. La misa de las once, la misa de las siete. Tocar las campanas. Elevar el cáliz, entregar hostias. Poco más. La verdad es que fue una carambola increíble cuando le dije a Peralta que quería intervenir «la de al lado de la iglesia», sin tener ni idea de cuál era, y que haya sido justo esta. A veces me tiene que golpear algo de suerte, no todo va a ser esfuerzo. Lo hice por intuición y me tocó premio. Todo fue porque había estado por allí, en la casa descapotada viendo el paisaje verde despejado como una moqueta de árboles en el horizonte. Y me gustó. Fue lo único que me gustaba del pueblo y, por suerte o por lo que sea, ha resultado ser un acierto. Tiene carácter. Las paredes interiores de piedra vista, las escaleras que trepan casi flotantes por la pared hasta el piso de arriba, el techo a dos aguas con toda la estructura de madera vista. Hay polvo, kilos de polvo, olor a polvo y a cura. A pachuli. A flores condensadas. Y a pan antiguo. Espero que lo que hay

bajo el suelo no sea un problema, espero que no cambie la fortuna de esta carambola. Supongo que Vicente no me enseñaría algo que fuese malo por algún motivo. La edificación de al lado, la del techo descapotado, también forma parte de la misma propiedad según me ha dicho él; esa no tiene casi nada en pie, no sé qué podría hacer allí. Tal vez la deje como está y solo intervenga la casa parroquial como tenía previsto. Es un espacio muy amplio, enorme, de techos altos y diáfano. Es perfecto como sede del refugio. Espero que salga bien lo de la prueba de internet. Si eso se confirma y puedo seguir adelante, voy a necesitar la aprobación del pueblo; y teniendo en cuenta la aversión que sienten algunos hacia mí, también puede ser una parte difícil de gestionar. A ver cómo me las apaño. ¿Qué deben pensar que voy a hacer con este pueblo? Todos esos viejos del bar que me olisquearon como a una intrusa deben de creer que tengo la intención de construir un helipuerto en mitad de la plaza y tirar todo lo que existe para crear aquí un campo de placas fotovoltaicas o una torre de pisos con piscinas ovaladas y hamacas colgantes en el jardín. Es que no sé qué deben pensar que quiero hacer aquí. Cada vez soy menos nueva —tres semanas son, al menos, tres meses aquí— y tal vez, poco a poco, me olfateen con más amabilidad. Creo que mañana vamos al bar. Me ha dicho Ángela que si la acompaño. Creo que me lo ha dicho por ayudarme. Si voy de la mano de una vieja del pueblo, seré una amenaza menos agresiva. Incluso, quién sabe, tal vez de la mano de Ángela puedo llegar a entrar en el bar como una vieja más y no como un arma pelirroja de destrucción rural. Como dirían los gurús empresariales que no soporto: Ángela es mi mentora en este pueblo marchito. Espero que salga bien porque ya me basta con tener ahora a Peralta en contra, ¿qué más le dará a él?

—Ni hablar. No puedes cambiar la infraestructura del pueblo —me ha dicho hoy.

«¿Pero qué dice?», he pensado. A veces creo que ese señor utiliza palabras que no van en el sitio, que las ha oído y cree que pueden sonar bien, pero no hay quien entienda ese dialecto funcionarial que habla. A veces, es probable que ni sus propios compañeros lo entiendan. Y que le dé igual. Acabo de recibir un mensaje. Le voy a

decir a Siri que me lo lea. Son los de Netfiber, que me notifican que vendrán el lunes 23 tal y como habíamos previsto. Bueno, pues justo este ha sido el problema. Lo de internet:

—Ni hablar, Clara, no puedes poner internet en el pueblo.

—Pero ¿por qué?, en el contrato no pone nada de eso.

—Lo sé, pero no es posible, ¿quién va a cubrir los gastos?

—¿La Generalitat?

—Ves, ahí está el problema. Los presupuestos para el programa ya están cerrados.

—A ver —he tratado de explicarle, él no me ha debido de escuchar—, es una empresa que forma parte de la red de Receder. La plataforma de voluntarios que me facilitaste donde podía ver el mapa de recursos que ofrecen y acceder a sus servicios como parte del programa de repoblación. Para eso están, ¿no? Vendrán el lunes y mirarán si es posible habilitar la conexión aquí. Eso lo harán de una forma totalmente gratuita, nos ceden el servicio y la instalación también, pero las cuotas mensuales por la descarga de datos habrá que abonarlas si confirman que puede hacerse la instalación.

—No estoy de acuerdo. No se puede ampliar el gasto sin una nueva licitación. Y ya está cerrada.

«Creo que no me está escuchando», he pensado. Pero le daba igual, él se ha puesto como un perro para marcar su territorio de responsable de papeleos absurdos.

—No estoy de acuerdo, principalmente porque te has saltado un paso importantísimo.

«Estará con la vena del cuello hinchada», he pensado. Haciendo aspavientos en su despachurrio después del desayuno de una hora y media, hablando alto para que puedan ver sus compañeros de ocho a tres que no es lo que realmente es, un mindundi.

—Todo lo que vayas a hacer, absolutamente todo lo que vayas a hacer en ese pueblo…

«Repítelo otra vez, Peralta. Que cada palabra te delata más», he pensado. Lo tengo caladísimo. He podido sentir el desprecio cuando ha dicho «ese pueblo», le ha salido de la boca como un escupitajo con olor a tabaco.

—… todo, repito, todo tiene que pasar primero por la evaluación de progreso y yo, como responsable, porque soy el responsable…

«Pero no ejerces», he pensado.

—… tengo que dejar aquí registrada cada acción, ¿entiendes? —ha sentenciado.

—Tranquilo. Sí. Lo sé. Lo hice simplemente por seguir avanzando. —He sabido que, si me mostraba falsamente dócil, se sentiría bien. Esta es una versión como cualquier otra de darle la razón a un tonto para que no moleste y yo pueda continuar con lo importante.

Es un imbécil, no tiene ningún sentido lo que me ha dicho en la conversación de hoy. Lo único que le importa a ese absurdo señor de oficina de ocho a tres, donde se habla un dialecto que nada tiene que ver con el idioma de las personas empáticas, es cumplir con los procesos que se marcan. Marcar su territorio. Mearse en los papeles. Creerse que es importante, estorbar para hacerse notar. No le importa el resultado, no le importa avanzar en lo del pueblo, no le importa salvar a la sociedad del cansancio, se importa a sí mismo. Así que él me dice que hay que cumplir con los procesos, aunque esos procesos puedan perjudicar la evolución de mi compromiso con el proyecto. ¿Qué pasa si no he presentado una propuesta cerrada de activación para el plan antes de que acabe el mes? Eso también lo firmé. Eso también lo pone en el papel. Si eso pasa, todo esto será mi culpa cuando en absoluto lo es y me hará sentirme una fracasada. Si no le comuniqué lo de la petición de comprobación de conexión al señor Peralta Responsable-del-programa-de-repoblación fue porque no ha estado en su puesto cuando se han dado los hechos. Ha estado de puente durante cuatro días en la casa de la playa, donde quiera que esté esa playa, mientras que yo he estado durante cuatro días metida en esta casa pensando en cómo podría hacer algo importante para el mundo aquí. Para el mundo que habita este pueblo y para el mundo que existe fuera. ¿Voy a salvarlo todo? No creo, sobre todo porque el sistema es una mierda absoluta. Y lo que ha pasado hoy con Peralta es otra evidencia más de que a nadie le interesa solucionar nada de lo que está pasando. Que, además de hacernos correr, nos ponen palos y piedras, para que lo poco que es mínimamente sencillo sea

absolutamente complicado. ¿No es sencillo lo que he hecho? Rellenar un formulario, pedir información. Ya está. ¿No tiene sentido que pregunte lo de internet sin necesidad de pasar una hoja de solicitud de petición al programa de repoblación al que pertenezco para informarme de si es viable la conexión en este pueblo? Se me traba la lengua de los pasos vacíos que me hace dar. No entiendo nada. Es que se me había pasado el mosqueo con el paseo y la puesta de sol cálida e hipnótica que hemos vuelto a ver al final del pueblo, desde allí arriba, donde el tiempo no pasa. Donde no pasa absolutamente nada. Y ahora escribiendo el *journal* me he vuelto a inflar al recordar otra vez al imbécil del señor Peralta. No puedo con él, de verdad que no puedo. Ese señor… Qué digo ese señor. Ese palitroque seguro que no…, bueno, yo ya…, seguro que le da todo igual. No sé ni lo que escribo. El organismo que activa este tipo de programas, ¿realmente quiere que tengan éxito o lo hacen simplemente por que salga en prensa la convocatoria y parezca que son lo que no son? Pregunto porque puede, no lo sé, que tal vez este tipo de programas impulsados por los organismos públicos no sean más que piezas de madera del *Jenga*. Una pieza perfecta que les encumbre al éxito visto desde fuera. Votos. No sé. En cualquier caso, ¿qué me puede pasar si me salto las normas del contrato? ¿Una penalización? ¿Juicio? ¿Llegarían tan lejos? Eso le daría demasiado trabajo. Como sea. Si arriesgarme a las reprimendas significa poder activar el refugio, lo acepto. No hay otra salida. No veo otra. Es urgente que alguien haga algo para acoger a las personas que están siendo perseguidas por sí mismas. Es urgente rescatar a Paula. Es urgente que alguien haga algo por parar este mundo ridículo. Y estoy convencida —noto un ancla en el estómago— de que esta es una buena manera de hacerlo, por dos motivos: porque empezarían a llegar jóvenes y familias que están corriendo en la rueda de hámster extasiados y porque se llenarían las casas y, con el tiempo, se podrían llegar a recuperar y activar nuevos comercios aquí. Pero no se puede. ¿Por qué quieren frenar cualquier avance? No se puede por la absurdez más insensata e imperdonable que es haberme saltado un paso en la cadena de procesos que detalla punto por punto, sin dejar ni un espacio para respirar, el contrato que firmé. Porque ya se ha

cerrado la licitación. Chimpún. Y así vamos. No me lo explico. Un organismo, bueno, el señor Peralta como responsable del programa me amenaza con apercibirme por ir en la dirección buena. ¿No es esta la dirección buena? Si por una vez en cinco años lo veo clarísimo. Hay que hacerlo. Espera, el reloj este que me está notificando que respire. No voy a respirar. Ala. A la mierda el reloj. El lunes vendrán a hacer la prueba de conexión como que me llamo Clara Soto y si sale bien, que ojalá salga bien, seguiré adelante con el plan de crear un refugio aquí para que la sociedad cansada tenga por fin un lugar en el que desintoxicarse. ¿Alguien va a tener las santas narices de impedírmelo?

Sáb., 21 oct.

Son las tantas. Tengo la boca rasposa del vino. Y eso que, al llegar, me he tomado un vaso de leche bien fresca y me he quedado dormitando un rato en el sofá. No veas aquí cómo empinan el codo cuando montan una fiesta. Hoy he visto nacer a una cabrita blanca. Ha sido antes de ir a lo del bar. Ángela sostenía una bandeja repleta de buñuelos rellenos de aire con las dos manos y con la cabeza me ha hecho un gesto para que mirara. Al lado, es que estaba muy cerca, separada del rebaño; ¿se dice «rebaño» cuando son cabras o solo se usa cuando son ovejas? Desde que tengo la pantalla del teléfono crujida no pierdo ni un minuto en buscar cada cuestión mínima que se me plantea. Entre eso y que aquí tarda en cargar una vida entera, me he acostumbrado a hacerme preguntas y no tener todas las respuestas. Bueno, estaba la cabra allí pariendo, resguardada bajo un árbol de morera —reconozco ese árbol porque de pequeña cometí la crueldad de todos los niños de criar gusanos de seda hasta que se convirtieron en mariposas en una caja de zapatos—. Ha sido realmente tierno ver a esa cabra blanca salir de las entrañas de su madre. Lo hacen completamente solas. Se apartan del resto y lo hacen suyo. No sé cuánto tiempo debía llevar allí, no sé si es rápido el parto de una cabra, no tengo ni idea. Cuando Ángela y yo hemos pasado por delante ya estaba prácticamente fuera.

—¿Se las comen a esas cabras o las crían para hacer quesos? —le he preguntado atemorizada.

—Estas son para queso.

—¿Cómo lo sabes? Lo dices para que no se me gire el cuerpo, ¿no?

—Lo sé porque conozco al dueño. El Luis, el cabrero, y hace unos quesos que le irían a tu pizza que ni pintados. —Ha aleteado las pestañas muy rápido, poniendo ojitos de placer.

—Pues a la de mañana le ponemos queso de cabra, ¿traerás? —Ella se encarga de suministrarme los mejores ingredientes. Ya se han convertido en habituales nuestras noches casi diarias de pizza.

—Vale. Mira, te traeré un rulo de los de verdad. Cremoso como un yogur sólido que se deshace entre los dientes.

—Entre los dedos —la he corregido.

—No, entre los dientes. Se deshace y se me queda pegado en todas partes. —Se ha reído y ha tragado saliva—. Se me llena la boca. Calla, qué hambre. Venga, vamos a donde la Pura que esto pesa.

Le he cogido la bandeja de buñuelos. Los brazos se le han relajado a los lados como dos pellejos más que cuelgan de su cuerpo y se balancean sin aparente esfuerzo mientras íbamos con pasos cortos recorriendo con cada uno un adoquín hasta llegar al bar.

—Feliz día de las Vírgenes —nos ha dicho Pura al entrar; yo he soltado una risa que se me ha escapado de los labios como un aspersor, se han reído los demás. Muchos. Algunos.

He dejado la bandeja sobre la barra, al lado de cinco o seis bandejas más repletas de buñuelos de aire y rellenos, bañados en azúcar y otros en miel.

Las pocas mesas que había el otro día recorriendo el espacio hoy formaban un rectángulo pegadas a las paredes, dejando un hueco enorme en el centro. Las sillas, colocadas delante dejando las mesas a la espalda. Todos estaban sentados. No se han acercado a la puerta a enseñarme los colmillos. No me han olisqueado con desprecio. He ido con Ángela, eso es llevar un cartel de luces brillantes que pone «Es de fiar la pelirroja». Había una tele de tubo colgada en la pared de la que salía una música que no reconocía y gente que cantaba dentro de la tele que no sabía quiénes eran. Tenía pinta de ser una cinta de vídeo que se estaba reproduciendo porque salían las típicas rayas de entonces. Las que ahora muchos utilizan en los vídeos en redes sociales simulando que son retro. Creo que lo de la tele era para hacer bulto, para que pareciera que éramos más, nadie la miraba. Todos hablaban entre sí. No sé si en este pueblo ven mucho la tele. Si todos tienen televisores en sus casas. Ni si les importaría dejar de tenerlos.

—¿Tú tienes tele en casa, Ángela? —le he preguntado mientras

cogía un buñuelo de la bandeja y Pura me ha servido con sus manos de casi noventa años, temblando ligeramente, un vaso de vino de la garrafa blanca—. Gracias, Pura.

—Sí, claro. Tengo una como la de mi hermana, como la que tienes allí en el mueble del comedor.

—¿Esa pequeña?

—No es tan pequeña.

—A mí me lo parece. —Debe de medir lo mismo que la pantalla del ordenador desde el que escribo esto. Dos palmos grandes. Tal vez un poco más.

—¿Y qué ves?

—Me gustaba ver las noticias de las nueve, pero ya no las miro.

—¿Por?

—Porque solo pasan catástrofes. Y luego me voy a la cama y no paro de pensar en lo que está sucediendo en el mundo. Además, a veces parece que hacen esos vídeos con la música, chin, chin, chin —ha tarareado graciosa una música, acelerada, ella estaba seria, tal vez incluso un poco enfadada—, y me ponen la cabeza loca porque en lugar de un telediario parece que estoy viendo una película de terror a cámara rápida. —Ha dicho «tegor» y «gápida»; su leve enfado parece más suave mezclado con su forma de hablar.

—Dan terror, sí. Yo tampoco veo las noticias.

—¿No? —me ha preguntado sorprendida, como si esa sensación fuera cosa solo de este pueblo.

—Qué va. Antes, todas las mañanas, nada más levantarme, cogía el móvil y desde la misma cama veía Twitter, que ahora se llama X. —Me he reído, qué sabría ella qué es Twitter o qué es X.

—¿Y qué es X? —Ha cogido un buñuelo, yo he bebido un sorbo de vino. Y un montón de señores, diez o doce, puede que todos los del pueblo, se han arremolinado en el centro de la sala sosteniendo unas botellas de cristal rugosas y vacías.

—Un lugar en el que las personas odian todo el rato. —Por resumir.

—Uy, a mí eso no me gusta, ¿y por qué veías las noticias ahí?

—Porque me enteraba de más cosas en menos tiempo, y además no solo de la noticia en sí, sino de lo que la gente opinaba de la noticia.

—¿Y para qué quieres ver tantas cosas, mujer?

Los viejos han empezado a rascar las botellas con ramas finas, haciéndolas sonar todos juntos a un ritmo que no he reconocido. Y han comenzado a cantar, con voces garrapiñadas, gruesas, ásperas, temblorosas y felices, donde se notaba que la edad ha ido haciendo socavones, la letra de una canción que solo había escuchado en el restaurante Botín. En Madrid. Y he empezado a reconocer también la música que hacían con las botellas. Una noche, creo que fue en la despedida de soltera de Paula, ella quería ir a un clásico antes de salir a tomar unas copas y cenamos allí. En Botín. Ellas, cochinillo, yo, uno de los pocos platos vegetarianos que había en la carta. Una ensalada de lechuga, huevo hervido, rodajas de tomate y espárragos blancos. Siempre me pedía esa ensalada cuando íbamos a un clásico, porque no acostumbran a tener platos vegetales en la carta más allá de la ensalada de la casa a la que a veces, por cierto, tenía que pedir que le quitaran por favor el atún. Y aun así muchas veces me la servían con él. Y me cogía unas borracheras tremendas por salir sin apenas cenar. Parece que ha pasado una vida de aquello. Allí entraron los tunos, rodearon nuestra mesa, que era una mesa enorme repleta de chicas en edad de procrear, como diría el imbécil de Peralta, y se pusieron a cantar, igual que estos viejos cantarines —hoy menos rabiosos—: «Mocita, dame un clavel, dame un clavel de tu boca, que pa eso no hay que tener…».

Al acabar de cantar algunas más que ya no he reconocido, han subido el volumen de la tele para que se escuchara la música del VHS y se han puesto a bailar. Primero han bailado en línea, todos colocados en fila uno detrás de otro a unas distancias perfectas, haciendo los mismos pasos, con una descoordinación magnífica, digna de admirar. Parece mucho más difícil moverse a destiempo que lo contrario. Se ve que con los años se va perdiendo el tempo entre el cuerpo y el oído. Yo tampoco bailo igual que con veinte. Después de un buen rato de mover sus caderas protésicas se han sentado a respirar. Pura ha repartido vasos de vino a todo el mundo. Y, al poco, han ido apareciendo otra vez en el rectángulo del centro viejas a cuentagotas hasta que todos —todos menos un señor que estaba

sentado encogido sobre un andador puesto del revés— bailaban moviendo las caderas descompuestas. Incluida Ángela, que me ha dejado aparcada en la barra hasta que tres vinos más tarde me he unido al cotarro cuando sonaba la de Perales. Me dijo que le encantaba Perales cuando hablamos del éxito hace unos días, que aquí son más días aún. Y al principio no la he reconocido, pero al poco, cuando ha empezado a sonar el estribillo con «y se marchó y a su barco le llamó libertad», la he buscado instintivamente con los ojos. Ella me ha mirado cómplice, con una sonrisilla de dientes perfectos, como una amiga que mira a otra en la discoteca con esos ojos que dicen: «Esta es nuestra canción». Ya más suelta, gracias en gran parte al vino avinagrado que se movía en mi estómago, he bailado con todos los viejos. Uno a uno. Daba igual lo que sonara. Daba igual lo viejos que fueran. Daba igual hombres, mujeres, altos, rechonchos, encorvados, con bastón, con dientes o sujetando puros gruesos entre los labios. Todos celebraban, creo, por el propio hecho de estar hoy vivos, ya está. No hacían falta motivos. Imagino que cuando vives la última etapa de la vida, siendo consciente por naturaleza de que lo es, estar vivo no es algo que se dé por hecho. ¿Cuánto les queda de prórroga ahora que la sociedad absurda los tiñe de inservibles? Yo entono el *mea culpa*. También he formado parte de esa opinión. Me molestaban en el supermercado, en el médico y en las paradas de autobús. ¿Cuántos años de prórroga a partir de la jubilación? Cinco, diez, veinte, a lo sumo treinta si llegan a los noventa o a los cien como una de las viejas de entre todas las del bar. Cuando eso pasa, si con suerte te pilla vivo, solo importa el ahora. Y si solo importa el ahora no existe la vergüenza ni el qué dirán. No existe el mañana, no existe esperar a que sea el momento, no existe el «ya lo haré». Bailaban como fuera, bailaban con dolor de huesos, bailaban sin ritmo porque saben que hoy sí pueden hacerlo, pero ¿y si mañana no hay cuerpo con el que bailar?

—Te lo has pasado bien bailando en la verbena de las Vírgenes, ¿eh? —me ha preguntado Ángela volviendo a casa casi como una afirmación. ¿En qué momento me gusta salir de marcha con una vieja

y bailar en un salón de la última edad? ¿Se dice la tercera como si pudiera haber una cuarta? O incluso más.

—Ha sido increíble, qué energía los viejos. Alucino. A ver —le he dicho arrastrando un poco las palabras por el vino—, al principio me daba un poco de vergüenza salir a bailar.

—Uy, yo hace años que no tengo vergüenza. A mí el qué dirán me da igual. Puede que para cuando tengan que hablar de mí yo ya no esté aquí. ¡Mira esta! —ha afirmado sobrada.

—¿Dónde? —Estaba un poco tocada y no he entendido si estaba siendo tan clara como parecía.

—En este mundo, mujer.

—Ya, pero yo soy más joven.

—Pues aprovecha.

—¿El qué?

—Mira —me ha dicho cogiéndome del brazo, he notado sus manos frías, como si estuviesen muertas—, siempre recuerdo una frase que me dijo mi madre hace muchos años. —Con esta frase de repente he sentido que Ángela tenía cien años más, la he mirado atenta intentando mantener el equilibrio mientras caminaba sin zapatos por los adoquines—. «Si no lo vives hoy, no lo vivirás nunca». ¿Sabes lo que quiere decir?

Me he quedado esperando a que siguiera.

—Que hoy solo existe una vez en la vida. Pensar en el futuro es una pérdida de tiempo. Feliz día de las Vírgenes, mujer —me ha repetido con una sonrisa enorme mientras traspasaba el jardín exuberante de esta casa—. Es eso lo que celebramos hoy.

—¿El qué? —La he mirado extrañada. La he visto algo nublada.

—Hoy.

Dom., 22 oct.

El perro que escucho a veces a lo lejos se ha pasado toda la noche ladrando. Y yo, que después de unos vinos ya no duermo como cuando tenía veinte años, llevo despierta desde las cinco. He visto amanecer desde el jardín. Sentada en uno de los dos escalones de la puerta. Me he sacado la manta marrón que huele a huevo, como todo el textil que hay en esta casa por más que lo lave, para cubrirme los hombros y las piernas. No es el frío de Madrid. Es el frío típico del Mediterráneo, con una humedad que te cala los huesos. De hecho, cuando he vuelto a entrar, la manta parecía mojada y olía aún más fuerte. La estaba extendiendo sobre las sillas roídas del comedor cuando han sonado las campanas. Lentas y espaciadas. Una detrás de otra durante mucho rato. Me he metido en la ducha. El perro seguía ladrando. Se escuchaba desde cualquier parte de la casa. Daba igual dónde estuviera. Al cabo de un rato, los nudillos huesudos de Ángela han golpeado el cristal fino de la ventana y eso solo puede significar una cosa.

—Han tocado a muerto.

—Lo he oído, sí.

—Era el cura.

—¿Y el muerto?

—El cura.

—¿Y quién ha tocado las campanas?

—El campanero.

—Pensaba que era el cura.

—¿Cómo las va a tocar, mujer? Si te digo que se ha muerto.

—Me refiero a que creía que era el cura el encargado de tocar las campanas.

—No.

—¿Y ahora será ese señor el que sustituirá al cura?

—¿Quién?

—El campanero.

—Nooo, qué dices. Ese no es cura. Está casado con Antonia. Qué tonterías dices, Clara. ¿Vas borracha todavía? —me ha soltado socarrona.

—Perdona, es que no me entero mucho de los temas de la Iglesia.

—Vendrá otro cura pronto. Eso es lo que me han dicho, que será pronto.

En este pueblo solo mueren personas y nacen animales. Cada vez hay más espacio libre. Más huecos. La muerte sigue habitando estas calles como una más. No parece afectarle mucho a Ángela la muerte de los vecinos. La muerte de otros. ¿No? Me lo cuenta calmada, con cierta sobriedad, con un aplomo que no conozco. No sé si, llegado el momento, cuando ves el final más cerca de lo que yo lo veo ahora, va desapareciendo el miedo al vacío absoluto. ¿Quién sabe dónde está el precipicio? ¿Dónde se corta la carretera? Esta es la única mentira que tolero, pensar que todos —al menos todas las personas que me importan— nos vamos a morir de viejos. Casi todos pensamos que llegaremos al futuro, como si fuese a existir alguna vez. Que pasarán los años mientras corremos, iremos perdiendo agua, iremos perdiendo cosas, los dientes, la forma de las rodillas, nos saldrán manchas y pelos largos en sitios raros (en la barbilla, las orejas), el cuerpo se irá encorvando y empequeñeciendo, con el único objetivo de estorbar cada vez menos. Que nadie se dé cuenta de que te vas. Y ni aun con esa metamorfosis digna de Kafka —porque Vicente no pudo ser niño nunca, es imposible— la muerte pasa por encima y nos deshace de toda física. No hay manera. Es el futuro al que vamos. El único futuro que existe. A mí sí me impacta. La muerte, digo. Otra vez el perro ladra. No se calla. ¿Cómo debe estar Paula? Ella no me escribe, yo no la llamo. Entiendo que necesita espacio. ¿Necesita espacio? Sí. Yo también. El silencio es el único lugar en el que podemos encontrarnos ahora mismo. Espero que esté bien. ¿Estará bien? Yo estoy bien ahora. Y deseo con todas mis fuerzas poder activar el refugio por ella, por

tantos.

Vicente se ha pasado hace un rato, como siempre entrando sin tocar hasta la mitad del saloncito, yo estaba en la cocina. Ha venido para decirme que ya tiene localizada la trampilla de la casa parroquial. Mañana, si todo va bien, podremos acceder y por fin veré lo que hay allí abajo.

No tengo la cabeza para escribir más. El vino me manda recordatorios en forma de palpitaciones en las sienes. Con casi cuarenta, las resacas duran tres días. Lo dejo aquí. No me apetece seguir escribiendo. Voy a prepararme un yogur y a enroscarme como un gato en el sofá de terciopelo. Nada es mío en esta casa. ¿Nada es nuestro aquí? Hace mucho que no agradezco. Agradezco a mi cuerpo que bailó ayer descontrolado.

Lun., 23 oct.

Eran dos hombres de unos cincuenta. Tal vez menos. Llevaban unos chinos de color camel y un polo azul marino de manga larga con el logo de la empresa en el pecho. Han aparcado justo aquí, en el camino de delante de esta casa, un jeep negro alto, ancho, que ocupaba la mitad de la carretera. «No pasa nada —les he dicho al saludarlos—, no creo que pase ningún coche más. No molestará». Llevaban una especie de *walkie* en la mano, una carpeta rígida de color negro y, ambos, unas gafas de sol que han cubierto todo el rato sus ojos. Colgándoles de la oreja, un cable negro que se metía en sus bolsillos traseros, como dos agentes secretos. Al separarse, uno en la parte alta de la cuesta y el otro en la parte baja, han estirado las manos hacia el cielo sosteniendo un aparato negro pequeñísimo con un montón de botones naranjas, una antena extensible y una pantalla con dígitos que oscilaba no sé si hacia arriba o hacia abajo. Porque a uno lo tenía cerca, pero no llegaba a ver ese detalle con nitidez. Cada cierto tiempo bajaban los brazos, comprobaban el dispositivo y se comunicaban a través de lo que intuyo debía ser un micro de conexión que colgaba del cable que les salía de la oreja. Y, entonces, volvían a subir las manos y repetían una y otra vez la misma cadena de acciones, dando pequeños pasos hacia derecha e izquierda, durante al menos media hora, no lo sé. Al acabar, mientras los observaba entretenida y ansiosa sentada en los escalones del jardín, uno se ha subido al coche y ha empezado a maniobrar para salir, haciendo ruido con los neumáticos en la gravilla, al tiempo que el otro se ha acercado y me ha dicho:

—De acuerdo, señora, ya está.

—¿Y bien? ¿Se puede?

—Todavía no podemos saberlo.

«¿Qué han estado haciendo entonces?», he pensado.

—Volcaremos los datos que hemos recabado en la prueba manual de hoy y la computadora de conectividad nos dará la respuesta de itinerancia de red. Piense que hacer llegar la conexión hasta aquí no es tan fácil. Tenemos que asegurarnos de que la instalación pueda funcionar.

«Lo sé. Pero creía que no era fácil llegar para las personas, que internet ya vuela por el cielo de casi todas partes y que solo hay que cazarlo. Veo que no va a ser tan sencillo», he pensado.

—Bien —he asentido algo desilusionada. No era un no, pero tampoco un sí. Por ahora no era nada—. Y entonces ¿cuándo lo sabrán?

—Hoy es lunes, ¿verdad? —Se ha mirado el reloj redondo de correa marrón de su muñeca—. En unos tres días, el miércoles. Sí. El miércoles nos pondremos en contacto con usted por SMS.

«¿Un SMS?», he pensado.

—Al teléfono móvil que nos facilitó, donde recibirá el cuadro de resultados. Usted misma podrá comprobar si la instalación puede llevarse a cabo.

—¿Y si es que sí?

—En el mismo mensaje verá un botón naranja para aceptar el proceso. Al ser parte del programa de repoblación no tendrá que hacer ningún pago inicial, le asignaremos un día de instalación y empezaremos con los trabajos de conectividad en el pueblo.

—¿Cree que se podrá? —Estaba ansiosa.

—No lo sé, señora. —¿«Señora» otra vez? Pero si soy más joven que él—. Me lo estaría inventando. Haremos lo posible, seremos honestos con los resultados. Hemos conectado pueblos como este recientemente. Cada vez es más factible llevar la conexión a todas partes, incluidos este tipo de lugares menos accesibles, pero a veces hay imprevistos e inconvenientes ante los que no podemos actuar. No le voy a mentir.

—Está bien. —No sabía si estar esperanzada o no.

—Estamos en contacto. —Y me ha tendido la mano, que le he apretado con levedad.

¿Y si sale que no? ¿Y si no se puede traer la conexión a este pueblo? No tengo plan B. No quiero tener otro plan que no sea este. Porque al principio me daba igual qué hacer aquí, no sabía qué hacía aquí. Simplemente estaba sobreviviendo, todavía mareada del ruido mental de la exigencia de la superproductividad. Aturdida por el abismo que se me presentaba, huérfana de todo. Pero, gracias al cansancio hasta la extenuación del que ahora soy más consciente, ¿sé realmente cómo de profundo debió de ser mi cansancio? Creo que nunca lo sabré, de haber visto entero el agujero, me hubiese creído negada a subir las paredes que me han vuelto a traer a esta superficie en la que puedo verlo todo cada vez más claro. Tengo que intentarlo como sea. No puede ser, es que no puede ser. Paulita. Tenemos que salvarnos del mundo que nos hemos creado. Hay que construir alternativas, hay que alzar presas para contener el río de la sociedad del cansancio que corre caudaloso —especialmente en las ciudades— llevándoselo todo, llevándonos por delante a todos, creyendo que acabaremos en el placentero mar cuando la naturaleza de ese río es la sequía más absoluta. Mi deseo es crear en este pueblo un refugio que actúe de embalse o reserva, que sea capaz de recoger a las personas que como yo hemos sido golpeadas por el sistema; no quiero tirar solo balones fuera, nosotros mismos como sociedad lo hemos alimentado. Haciéndonos los unos a los otros importantes por exceso de actividad. Cuanto más, más. «No paras, ¿no?», dicen bajando el río, como si no parar fuera lo mejor que puede pasarnos y no un síntoma inequívoco del nocivo síndrome de la vida ocupada. Las serpientes enroscadas que llegan hasta el pueblo tendrán por fin su parte buena. La idea es que podamos hacer de este un lugar en el que desintoxicarse, donde curarse por la propia naturaleza del entorno y los habitantes que ahora deambulan como pellejos alegres por las calles y tienen tanto que contagiarnos. Volver al pueblo, mezclarnos con los viejos que saben que no hay futuro hacia el que correr. Tener un espacio para el trabajo, pero también un sitio para el ocio. Donde para comer haya que meter las manos en la tierra y conectar de verdad con el mundo. Moqueo. Me emociona pensar que esto pueda ser una oportunidad para volver a empezar sin la sensación de que estamos huyendo.

Acabar con todo el cansancio del que nos hemos cargado sin sentido. Pero ¿por qué no gritamos más fuerte? ¿Por qué no pedimos socorro? «Aaaaaaaaaaaaaaah. Socorroooooooo. Aaaaaaaaaaaaaaaaah». Siento alivio. Lloro y me seco las lágrimas y grito. Y escribo con las manos llenas de agua y de mocos. ¿Es por esto? ¿Es por el *journaling*? Esto es por parar y reflexionar y pensar y escucharme, es por eso, ¿no? ¿Es por el contraste en este pueblo? Es por eso por lo que puedo ver el lío en el que estamos metidos como sociedad. ¿Verdad? Hacía tiempo que no hablaba tanto conmigo. Siempre sin tiempo de parar. ¿Sinceramente?, también me daba miedo. Me daba pánico parar. Me daba terror. Y ahora sé que, con el colocón del espejismo del éxito, envuelta en ese ruido de los días, sin escucha, el cuerpo ya puede mandarnos señales que no las vamos a oír. No vamos a oír nada con todo ese ruido. Me duele la cabeza. No he llegado a este pueblo hueco por casualidad, ¿no? Bueno, tal vez sí. Pero ¿la casualidad ha dado como consecuencia esto? Que reflexione, respire y vuelva a respirar, que pare, que expanda la mirada, que entienda. ¿Aquello que me dijo el médico? «Tendrás que cambiar, no será fácil». Es esto. Es justo esto. Se me eriza la piel. Qué escalofrío. Sé que es esto. El cambio está aquí. Solo si llega internet podré activar el plan porque necesito garantizar unos recursos mínimos. ¿Qué pasa si no? ¿Qué pasa si no llega? ¿De qué podrían vivir aquí si no hay conexión para el teletrabajo? En el futuro, se podrían activar más comercios y por lo tanto más puestos de trabajo anclados en el pueblo, pero, mientras, la única manera de poder ofrecerles un desplazamiento sería esta. No se atreverán a venir sin un mínimo. Será complicadísimo. Necesito internet para poder ofrecerles a todas las personas, con familias o no, en situación de *burnout*, fatiga por estrés prolongado y otras patologías derivadas de la sociedad agotada, una vía de conexión con sus ingresos y la tranquilidad de poder empezar a curarse sabiendo que no se va a ver perjudicada su estabilidad económica. Personas que estén dispuestas a encontrar, gracias al refugio, un espacio en el que equilibrar y reconectar con la vida. Bajar las revoluciones, volver a tener la esperanza de que podrían llegar a viejos. Alejarlos de la amenaza real para la salud que provoca la droga de esta era. Lo había olvidado.

Hacer encajar las piezas no solo por dinero, sino por una motivación superior. Algo más puro. Al principio, mi carrera profesional como publicista me encantaba, siempre me ha apasionado, pero poco a poco se fue moviendo la aguja de la brújula de la intención del por qué hacía lo que hacía y pasó de señalar la pasión y el fuego a señalar ganar dinero, para pagar dinero, para tener cada vez más cosas y menos tiempo, para aparentar cada vez más éxito y tener que comprar tiempo, para volver a girar la rueda. Un momento, acaba de entrar Ángela.

Ya se ha ido. Hemos cenado juntas pizza con el queso de las cabras de aquí que me prometió el otro día. Ella, como yo, podría cenar pizza cada noche. Eso me ha dicho, con las comisuras de la boca aceitosas. Qué peculiar, Ángela. Cuando ha llegado me ha pillado aquí llorando a moco tendido.

—¿Qué te pasa, pelirroja de mi corazón? —Me ha dicho «peligoja».

«Nunca me había llamado así», he pensado.

—Nada, Ángela, amiga mía —me he agarrado a ella, a su barriga de pellejos bajo el vestido que parece una piscina de agua—, estoy muy feliz y muy nerviosa. —Y me he reído mientras lloraba. He notado un trozo de papel mojado en los labios. Me he sonado los mocos con una mano sin soltarme de ella.

—Anda, pues mira qué bien. ¿Y qué te hace tan feliz? —No ha parado de acariciarme el pelo.

—Estar aquí, contigo.

—No me digas eso que me vas a hacer llorar, mujer.

—De verdad, no te imaginas cuánto me ha alumbrado tu mirada repleta de sencillez. Nos complicamos la vida, ¿sabes? Y creí, durante semanas, que venir aquí era complicarla aún más, mucho más, una absoluta locura; eso creí, eso me hicieron creer, eso me tragué —me ha apretado la cabeza contra su piscina de agua y me ha seguido acariciando el pelo, que he visto posarse en mechones naranjas sobre mi cara—, pero creo que ha resultado ser todo lo contrario. Este es el camino bueno.

—¿Cuál? No hay camino bueno, cariño. Todos lo son.

—No —le he dicho con rabia—, todos no lo son. Tendrías que vernos, vamos locos, Ángela. —La he mirado y he sentido cómo los ojos se me salían, ella se ha dado cuenta de que esas palabras no me han emergido solo de la boca, me estaban saliendo de las raíces del estómago, del dragón, del monstruo, del fuego, de una parte tan profunda, tan sepultada, tan herida que del llanto los ojos ensangrentados hablaban todo lo que no he podido seguir diciendo, lo que todavía no he sido capaz de expresar, este dolor tan profundo que ha empezado a drenarse como un fuego antiguo y ya el incendio es incontrolable.

—Respira —me ha dicho. Y ella ha respirado. Me lo ha dicho con una voz tan susurrada que parecía que me insuflaba oxígeno y paz y pájaros.

Y he respirado, y he vuelto a respirar. Con el llanto entrecortado como una niña pequeña, como si aquí, en las paredes de este pueblo vacío por dentro, estuviera volviendo a nacer, como si Ángela, mi amiga, mi abuela, mi madre, mi hermana, como si esta mujer que nos reencarna a todas estuviera alumbrando a una nueva Clara.

—Ven, ven aquí, vamos a sentarnos. —Y nos hemos sentado las dos en el sofá de terciopelo. Ella me ha traído contra su pecho. Y ha respirado sosegada. Yo he respirado sosegada. Mis mocos, dos ríos de agua que han corrido hacia la boca. Me he pasado el papel y he respirado, y he vuelto a respirar como lo hacía ella. He aprendido a respirar otra vez. Sola. Con ella. Sin reloj.

—¿Crees que podré? —le he dicho realmente preocupada.

—¿El qué, cariño? —Ha seguido acariciándome el pelo.

—Repoblar este pueblo. Conectar dos mundos que se necesitan. ¿Crees que podré?

—¿Quieres que te diga algo de vieja pelleja? —Yo me he recompuesto y la he mirado a los ojos. Me ha cogido de las manos. Ha sido la primera vez que sus manos arrugadas de cristal se han posado como dos mariposas sobre las mías.

—Sí, claro. —He respirado profundo.

—No todo está en nuestras manos.

—Ya. —He soltado aire. He mirado nuestras manos cogidas.

—El propio hecho de caminar hacia eso que deseas y que hoy te ha hecho llorar de esta forma tan bonita, ¿esto? —me ha dicho con clarividencia—, esto es haber podido, Clarita. Pase lo que pase, es haber podido. Porque el propósito de la vida no es llegar, el propósito de la vida es seguir caminando —ha afirmado con una voz que acariciaba.

—Hasta que se corte la carretera —he murmurado.

—Hasta que se corte la carretera —ha susurrado «caguetera», y he visto cómo nacían de entre sus labios esos dientes de cerámica impoluta. Una cordillera completa.

Nos hemos levantado, yo primero. Ella después haciendo palanca sujeta a mi mano, con algo de esfuerzo y un quejido. Y las dos cogidas, como dos lagartijas que se lamen y juegan, hemos ido con pasitos cortos hasta la cocina, que es el único refugio que por ahora tengo en pie.

—Parecemos dos adolescentes en el patio —le he dicho—, cogidas como amigas de la infancia, secándome los ojos.

—Lo somos. Somos la adolescente, la niña, la joven, la de mediana edad y yo ya también la vieja. Lo somos todo, mujer. Así que hoy, tal vez, este rato, somos la adolescente de patio de colegio como dices que vive también aquí. —Y se ha tocado con la mano el corazón.

—Pero, dime la verdad, ¿crees que podré?

Mar., 24 oct.

Cuando he llegado a la casa parroquial, Vicente sostenía una máquina que creo que se llama percutor, que es algo así como un taladro muy grande. Se agarraba a él y lo cabalgaba mientras la punta iba entrando y saliendo de la baldosa, mordiendo, crujiendo y rompiendo la parte superior del pavimento. Ya llevaba un trozo generoso punteado y se podía intuir una compuerta de madera robusta cubierta por una manta rizada azul que la protegía del suelo.

—¿Quién habrá hecho semejante barbaridad, che? Sí, es una barbaridad —ha dicho Vicente al parar la máquina.

—¿Haberlo cubierto?

—Además de eso, haberlo hecho de esta manera, esto es un pecado. Sí. Un pecado.

—Pues a lo mejor lo ha hecho un cura. —Me he reído.

—Ya. Debe de estar resando todavía en alguna parte.

—¿Ya ha llegado el cura nuevo?

—No, disen que viene mañana. —He asentido con la cabeza. Ahora entiendo la curiosidad de una cara nueva en el pueblo cuando ya todos nos tenemos tan vistos.

—¿Crees que vamos a poder bajar hoy?

—Sí, *xiqueta*, esto ya casi está. Sí. —Ha retirado con una pala los escombros. «Este hombre tiene setenta y cinco años. Cualquier persona de mi generación, a su edad, estaría tumbada en la cama para recuperarse de la juventud», he pensado. Llegaremos tan agotados a viejos, si es que llegamos, que no nos quedarán fuerzas para hacer todo aquello que dejamos para cuando tuviéramos tiempo libre.

—¿Puedo? —He cogido la pala y retirado los escombros que quedaban—. ¿Tiro de aquí? ¿Hacia mí o hacia el otro lado?

—Hasia el otro lado. Sí.

Ha salido de allí un olor a madera quemada. Un intenso olor a humo. Un olor antiguo a chimenea de casa de fin de semana.

—Baja, baja. —Ha señalado con el dedo las escaleras que descienden.

He bajado dubitativa, podía haber ratas de mil años, gatos muertos, huesos, carne podrida. No sé. Pero en cambio…

—¿Lo ves? —me ha dicho Vicente desde unos escalones más arriba.

—Sí. —Con la boca abierta.

—Ese suelo que pisas es un suelo morisco. Sí. Una de las pocas edificasiones que se conservan de esa época. Se conserva impoluto. ¿Verdad que sí, *xiqueta*? Y, en el horno que tienes delante, se cosía todo el pan del pueblo —ha dicho «cosía» en lugar de «cocía»—. Venían las señoras y cosían el pan aquí, cada una el suyo. Sí. Es una joya, che. Luego, como pasa en muchas partes, se fue construyendo encima, hasta ir cubriendo toda la siudad antigua. Sí.

No he dicho nada. Estaba absorta. Él ha bajado despacio las escaleras y se ha colocado a mi lado. Yo estaba de cuclillas mirando la boca del horno, que tiene el suelo y las paredes de adobe marrón y es enorme, con una chimenea de ladrillos que parecen hechos a mano y no sé por dónde sale.

—¿Sabes por qué quería que lo vieras? —Los ojos le brillaban. ¿Iba a llorar? No, no ha llorado, pero lo parecía—. Ahora, algunos dan normalidad a pisar el trabajo de los otros, ¿sabes, *xiqueta*? Lo sé porque a veces mis hijos me lo cuentan. Se normaliza llegar y transformar lo que otros construyeron con esfuerso y visión. Incluso como pasa aquí —ha movido los pies sobre el pavimento—, a taparlo por completo, a sepultarlo. Sí. No me gustaría que tú hisieras lo mismo. —Ha hecho una pausa muy larga, un hueco que yo no he ocupado con nada—. Sé que no vas a haserlo —ha añadido.

No he sabido qué decirle. «¿Es una advertencia o es algo bonito?», he pensado. Estaba confundida. Entiendo lo que me quería decir, pero dudo de si él cree que estoy aquí para tapar todo el trabajo que él ha hecho en este pueblo. Si cree que voy a arrancar, a sepultar, a enterrar o a deshacer todas las infraestructuras agrícolas, los conductos de agua y regadío, los termos que arregla; si cree que mi intención es

destruir los agujeros que él repara. Me ha dolido el comentario. Me temblaban los labios. No he dicho nada. He mirado el pespunte azul de sus pantalones cerca del suelo, sobre sus cangrejeras de piel marrón.

—He oído que quieres traer aquí el internet. Sí. Eso lo cambia todo.

—Pero para bien, ¿no?

—Depende. Tengo entendido que a veses lo arrasa.

—¿Qué quieres decir? Lo quiero traer para usarlo bien.

—Ya. Sí, pero eso no está solo en tus manos.

Me da pena. Creía que Vicente confiaba en mí. No sé qué problema puede traer que aquí haya conexión a internet, si es que finalmente resulta posible. ¿Le da miedo tener acceso al mundo? Tal vez sea eso. Si el problema no es de internet, el problema, en todo caso, es de cómo se usa. Igual que un cuchillo. Puede servir para sobrevivir o para matar. Va a ser difícil. No sé qué pensar de todo esto. Supongo que no lo ha hecho con mala intención, pero he visto en su acción la desconfianza. Y me ha dolido. Entiendo que los habitantes de un pueblo así se debaten entre la decisión marchita de quedarse anclados, derruidos y moribundos y la posibilidad fértil de agarrarse a un cable que les dé la posibilidad de seguir viviendo. Escucho al perro ladrar a lo lejos. No sé en qué casa vive. Llevo aquí demasiados días como para no haberlo visto ni una sola vez. Empiezo a pensar que tal vez viva solo en mi cabeza. ¿Qué hace ahí un perro? Mientras escribo esto con una pena que me revuelve y me inquieta, Ángela riega el manzano exuberante del jardín, ¿qué debe pensar ella? La miro caminar sobre sus piernas de huesos carcomidos, con los ojos como dos limones a través de esas gafas, cuidando este jardín que… Espera, voy a salir.

—¿Es lo único que tienes?

Se ha asustado, no me esperaba.

—¿El qué? —me ha dicho desconcertada mirándose las manos con una manzana en cada una.

—Nada, tonterías mías. —No me he atrevido—. Ya lo he visto.

—¿El qué, Clara? Habla, querida, que parece esto el rosco de *Pasapalabra*. —Ha dicho «gosco» en vez de «rosco».

«Eso podría haberlo dicho yo», he pensado.

—Lo que hay debajo del suelo —le he respondido.

—¿En la casa parroquial? —Ha dicho «pagoquial», ilusionada metiendo manzanas en la bolsa—. ¿Y? —Ha estado esperando a que le dijera que me había encantado. Porque me ha encantado, es un tesoro, pero le he contestado lo que pensaba.

—Vicente no se fía de mí.

—¿Qué dices? ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Tiene miedo de que cambie el pueblo.

—Vicente es tonto —me ha dicho con reproche—. No le hagas ni caso. Un día te dice blanco y al otro negro.

—¿Lo dices para hacerme sentir bien?

—Yo no hago eso. Te digo la verdad. Los viejos somos así, ya lo verás cuando llegues. Llega una edad en la que no coordinas lo que piensas con lo que dices, y a lo mejor a Vicente le ha pasado eso, se le ha escapado un pensamiento en lugar de lo que quería decir. No tenemos filtro, mujer.

—No creo. Lo ha dicho porque quería decirlo.

—¿Por qué estás tan segura?

—Por cómo lo ha hecho, lo tenía todo pensado.

—Para Vicente, igual que para mí, este pueblo es muy importante. Es todo lo que nos queda, ¿entiendes? —Ha acariciado los matojos del jardín. La he visto más encorvada que un cisne—. Venga, vamos.

—No tengo muchas ganas de ir a dar el paseo hoy.

—Pero no querrás perderte el atardecer más bonito del mundo, mujer. —Ha sonreído.

Ángela siempre tiene las palabras justas. Sabe lo que puede decir para acariciarme el corazón. La generosidad de esa vieja es tan grande que tiene que repartirla porque en ese cuerpo encogido se le debe de salir por todas partes.

Había dejado el ordenador encendido y he pensado que podía apuntar aquí una idea que me ha venido a la cabeza mientras estábamos viendo el atardecer, al otro lado, al final del pueblo, dos pasos más adelante de la casa parroquial, justo en frente del edificio descapotado

con las paredes pintadas. Han puesto allí un banco de madera. No lo había visto antes. Ángela dice que seguro que ha sido cosa de Vicente. Ayer no estaba. Si lo ha puesto hoy, a lo mejor ha sido su manera de decir que lo siente. Como buen manitas parece que puede ser su forma de disculpa, hacer cosas con las manos. Si ha sido así, me ha parecido un gesto bonito; llegar allí y ver el banco ha sido algo así como llegar a casa y ver un ramo de flores en la mesa del comedor. O mejor, porque nos ha permitido contemplar el sol más relajadas que nunca. Nos hemos sentado, una al lado de la otra, y hemos visto caer el día desparramado entre las montañas. Desde allí, y por cómo iban cambiando los colores del cielo, parecía que el sol se iba derritiendo en el horizonte. Primero de un amarillo intenso hasta ponerse del color del caramelo sobre los picos de la sierra que galopa de un lado a otro. Leí una vez, en una de esas páginas por las que solía rebotar como un *pinball* cuando buscaba desesperadamente estímulos que me calmaran, un artículo acerca del *sungazing*. Así es como llaman algunos a la práctica contemplativa de mirar el sol en el horizonte, al amanecer o al atardecer. Contemplar la puesta de sol no solo es una visión romántica, sino que, al parecer, cuando vemos el sol caer manchando el cielo de varios colores nuestro cuerpo produce una respuesta fisiológica que reduce los niveles de estrés y nos hace sentir más calmados. Me he acordado hoy, que después de un día removido he vuelto a sentir la calma al ver el atardecer, al escuchar a los pájaros y a las ovejas rebotar con eco en las montañas haciendo el sonido más intenso. Al respirar este aire verde y volver a respirar. Es en ese momento en el que se me ha venido a la cabeza lo que quería apuntar aquí. Voy a por agua.

Vi en Netflix, ¿fue en Netflix? No, creo que fue en Apple. Bueno, da igual, vi un programa en el que salía un arquitecto islandés que había construido un museo del atardecer en medio de la nada. Un espacio con una cristalera enorme desde la que ver el atardecer que caía en ese lugar idílico día tras día, y justo al lado había creado una pared repleta de pantallas desde la que ver en directo los atardeceres de infinidad de lugares del mundo. ¿Podría hacerlo yo aquí? ¿Tendría sentido? Pensaba que podría ser incluso terapéutico para las personas

a las que quiero dirigir el refugio y también algo bonito para los viejos que no han salido nunca de aquí, que no han visto otros atardeceres, antes de que llegue definitivamente el suyo. La casa parroquial podría ser el punto de reunión y el edificio derruido de al lado podría albergar el museo del atardecer. De esa manera, podríamos realizar allí —donde según Ángela se ve el atardecer más bonito del mundo— prácticas que pudieran ayudar a bajar la inercia de estos tiempos. Me acaba de llegar un mensaje. Le digo a Siri que me lo lea. Es Paula. ¿Qué? ¡No! ¿Cómo? Paula está en el hospit |

Mié., 25 oct.

Paula me decía ayer en el mensaje que estaba en el hospital porque había perdido de forma repentina la visión de un ojo. La llamé enseguida, con los dedos todavía en el teclado del ordenador.

—Pero ¿cómo ha sido? —Me pegué a la ventana, en el punto exacto en el que sabía que la cobertura era más estable. No me moví ni un milímetro.

—No lo sé, estaba en el coche volviendo del despacho y de repente me ha bajado una especie de halo gris por el ojo izquierdo hasta que se me ha puesto todo negro. Vaya susto, Clara. Todavía me tiemblan las piernas. Me he tenido que poner a un lado de la carretera, todos los coches pitando y yo que no sabía qué hacer. He llamado a la ambulancia del seguro médico, han venido a buscarme enseguida y me han traído a la Quirón de Pozuelo. El coche no sé si lo ha llevado la grúa o qué ha pasado. No sé —me hablaba acelerada, las palabras se le mezclaban en la boca.

—¿Y qué te han dicho?

—Me están haciendo pruebas. Todavía no me han dicho nada.

—¿Qué hago? ¿Voy?

—No hace falta, tranquila, estoy bien. —Estaba con su marido. Los niños debían de estar con la niñera.

—¿Seguro?

—Sííí, estoy bien. —Alargó la «i» como llamándome pesada.

—¿Cómo vas a estar bien? ¿Qué pruebas te han hecho? —«¿Ni aun estando en el hospital se da cuenta de que no está bien? ¿Quién más la tiene que avisar?», pensé.

—Me han metido un tubo, pero me han puesto anestesia.

—¿Por dónde?, ¿por el ojo?

—No, por el ano.

—¿En serio? ¿Para mirar qué?

—Qué va a ser, los intestinos.

—No entiendo nada. A ver, Paula. Dime la verdad, ¿qué te pasa?

—Te estoy diciendo la verdad, tonta.

—Pues no lo entiendo.

—A ver, tranquila. Te lo explico. Llevo días vomitando. Ya te lo conté —me dijo dándole cierta normalidad.

—¿Pero cuántos días? ¿Desde que hablamos? Son muchos.

—Me levanto y vomito. Después se me suele pasar.

—¿Y qué tiene que ver eso con lo del ojo?

—No lo sé. No sé si tiene algo que ver. Lo del ojo me ha pasado solo hoy. He perdido la visión durante unos minutos, pero ahora ya veo bien. Me han dicho que a veces pasa y que no tiene por qué ser nada grave.

—¿Estás embarazada?

—¿Estás loca? No.

—¿No te da miedo poner el cuerpo al límite de esta manera? Tienes hijos, lo sabes, ¿no? —A lo mejor así.

Se quedó callada. Supongo que sabía que yo tenía razón. Ella me lo dijo: «No puedo más». Lo tengo escrito unas páginas atrás. «Estoy cansada», me dijo sollozando. Yo le recordé que, si no te paras a tiempo, el cuerpo te para.

—Estoy asustada —me dijo con el volumen de la voz muy bajo.

—Te puedo ayudar, Paula. Te lo prometo. Sé cómo puedo ayudarte. Tienes que bajarte de la rueda.

—¿Qué rueda? ¿Qué dices?

—Corremos todos en una rueda de hámster. ¿No te ves? Estás agotada. —Me cansa que no lo vea. Creo que lo del ojo ha sido un síntoma casi escrito: «¿NO LO VES, PAULA?».

Se quedó callada. La escuché respirar entrecortada. Creo que lloraba.

—¿Estás llorando? Tranquila. Ay, no puedo verte así. Voy a ir.

—No, de verdad, no hace falta. Estoy bien. Bueno, no estoy bien, pero estaré bien. A ver qué me dicen de los resultados.

Ojalá el médico sea tan claro con ella como lo fue conmigo aquel de

hace unos meses. A veces necesitamos que el personal acreditado para ello nos diga con un papel justificativo lo que nos pasa, de una forma tangible, y no nos dé ni un solo fármaco para superarlo. Leí en algún periódico digital o en algún enlace que vi en Instagram, no lo recuerdo bien, que uno de cada cinco adultos consume psicofármacos de modo regular para poder seguir con el ritmo de vida autoexigente que hemos diseñado. ¿Cómo podemos llamarle a eso? ¿Ceguera? ¿Tirita y a seguir? No lo entiendo. ¿Es esta la droga de nuestra era? ¿Es la hiperproductividad el crack de 2023? La búsqueda de la perfección, la autoevaluación constante, el elogio a la sobreocupación, la sensación de vacío si el ritmo baja, apartar el presente para mirar el futuro y avanzar con paso rápido hacia la implosión.

—Los resultados de la analítica sí me los han dado y no han salido bien —añadió—, ha salido muy alterada y, según me han dicho, me la van a repetir porque hay unos niveles anormales que quieren volver a comprobar mañana en ayunas.

—No quiero ser dura, Paula, sé que debes de estar asustada, pero soy tu amiga y… te quiero de verdad. Me preocupas. Me preocupa que te pase algo y no haber hecho nada.

—No todo está en tus manos, Clara. A veces vivimos situaciones que no se pueden controlar, simplemente pasan.

—Sí, ya, pero me sentiría muy responsable si te pasara algo y no haberte dicho esto.

—¿El qué?

—Creo que deberías venir.

—¿Adónde?

—Aquí, al pueblo. Estoy preparando un proyecto que te puede ayudar.

—¿A vivir? Pero tú estás como una cabra, ¿cómo nos vamos a ir allí a vivir? Eso no tiene sentido. Tengo una casa, dos hijos, un marido… ¿Lo recuerdas?

—Ya estamos con lo de siempre —murmullé—. No lo quieres ver.

—No, es que es así. No puedo hacer lo que quiera. Además, si no tuviera ni trabajo ni marido ni hijos, tampoco me iría a ese pueblo. No te reconozco, pero ¿qué te ha pasado, si tú eras más de ciudad que un

rascacielos? Estás muy pesada con lo del pueblo.

—¿Y si tuvieras la certeza de que si no lo haces te puede pasar algo grave?

—¿Es un juego o qué? Venga, Clara…, ¿crees que es el momento de plantearme algo así? Sabes que estoy en el hospital, ¿no? A ver si tienes un poquito de empatía y dejas de pensar tanto en ti, que desde que te has ido a ese pueblucho solo piensas en ti.

Me contestó como una yonqui. No sabía qué hacer. Solo nos atacábamos. ¿Estoy equivocada? Es que a lo mejor estoy intentando por todos los medios que ella vea algo que no quiere ver y que además no le interesa. A lo mejor tiene razón, solo estoy pensando en mí y esto es imposible. ¿Cómo puede pensar eso? Permanecimos las dos calladas. No decíamos nada, pero no colgábamos. Solo nos escuchábamos respirar. Escuchaba más veces su respiración que la mía. Emergía entre el rugido del aire al chocar con el micrófono del teléfono, un pitido intermitente de fondo. Me estaban llamando por la otra línea. Era un número de Alicante que no conocía.

—Tengo que colgar —le dije—. Cuídate, ¿vale? Prométeme que lo harás. —No me contestó.

—¿Sí?

—Hola, buenas, ¿Clara Soto?

—Sí, soy yo. Le llamo de Netfiber, era por la prueba que hicimos hace unos días en su zona, ¿lo recuerda?

—Sí. —Claro que lo recordaba, no he estado pensando casi en nada más.

—Bien, pues la llamaba para informarle de que los resultados han sido negativos.

Jue., 26 oct.

Hoy no tengo fuerzas.

Vie., 27 oct.

Todo sigue mal.

Sáb., 28 oct.

Es curiosa la rabia. Ha sido la que me ha traído de nuevo hasta aquí como un remolino que lo arrasa todo. Los dientes apretados. Esta tensión que no sé cómo gestionar ahora si no escribo. El hábito del *journaling* está siendo mi paracaídas. Mi freno de mano. Algo inesperado. La pena, la decepción y el desamparo de estos dos días me han mantenido deshecha en el sofá, con los brazos doblados y rotos, gris, toda carne, sin huesos, como una colilla mal apagada. Sin ganas de nada. Nada. Ángela tocó con los nudillos puntiagudos en el cristal de la ventana. «Tocan a muerto», pensé. Y levanté la cabeza, tapada hasta arriba con la manta marrón. Le hice un gesto con los dedos en la garganta y le señalé que no pasara. Con la boca, haciendo mímica, le dije a través de la ventana «creo que es gripe», vocalizando mucho. La gripe espanta a las viejas. Se fue haciéndome un gesto con su mano retorcida abierta. Y me empezó a dejar táperes de guisos de verduras con mucho caldo en el suelo de la entrada, tras la puerta. Escuchaba el cencerro, la sentía tras la puerta y se iba. Como en los primeros días. Por la mañana, a mediodía y por la noche. Los tengo casi todos guardados amontonados en la nevera. No me entra gran cosa por la garganta. Una manzana, dos. Y algún yogur de fresa. Ángela vendrá en un rato para que hagamos otra pizza juntas. «Tienes que comer. Luego vuelvo», me ha dicho esta mañana desde el jardín mientras estaba tirada en el sofá como una adolescente a la que le deja su primer amor, el más puro, el más intenso. También sonó el fijo. Dos veces seguidas. Supongo que era Peralta, no lo descolgué. Deduzco que era él porque es el único que me llama al teléfono de la pared y porque después me llamó al móvil, una única vez de timbradas largas y desesperantes para acabar dejándome un mensaje de texto donde me informaba de que «Al no haber comparecido a la última reunión de

evaluación de progreso y después de la conducta intolerable de la semana anterior, te comunico que debemos apercibirte. Este es un mensaje meramente notificativo». No me concreta de qué forma van a apercibirme. ¿Qué van a hacer? Pero ¿qué estoy haciendo mal? ¿Estoy haciendo algo malo? Siento un nudo en el estómago porque estoy sola en esto. Creo fervientemente que lo del refugio no es ninguna locura. Ni lo de internet. Podría atraer hasta aquí a personas al límite, inconscientes de sus lindes, con ganas o sobre todo con la necesidad imperiosa de curarse de la sisifemia. De volver a recuperar el ritmo natural de la vida, de entender que la vida seguramente no es eso que están viviendo. Eso que yo vivía hasta hace apenas un mes. Además, no solo sería positivo para el inicio de un cambio social, sino que también podría ser la chispa que alumbrara a los pueblos en riesgo de despoblación. Incluido este en el que estoy. Este por el que empiezo. Equilibrará, quizá, con el paso de los años, poco a poco, con perseverancia y tiempo, con calma y tesón, la España que ahora mismo está a punto de volcar. En las ciudades llenas por lo excesivo, en los pueblos huecos por lo escaso. Por lo que, tal vez, si consigo activar el primer refugio en este pueblo, sería el principio de templar con dos problemas a la vez: el de la ciudad repleta de población acelerada, viviendas de precios desorbitados, sociedad enferma, y el de este pueblo que está a punto de dejar de existir. Y que deje de existir este pueblo es una señal más de que la enfermedad actual es una plaga capaz de canibalizarlo todo. Sería un desastre evitable. Esto cada vez va atacando a más personas y, ya sea por el estigma del vago, ya sea por la inseguridad, el miedo o las ganas de poder de los otros, siento que están orbitando manos de bruja en mi contra. Lo digo porque creo que Peralta ha empezado a trampear para dejar claro que quienes mandan son ellos. Las ovejas al redil. Los hámsteres en la rueda. A lo mejor estoy viendo cosas donde no las hay, pero lo que ha pasado con la empresa de internet me ha parecido muy raro. Hoy he recibido un mensaje de Netfiber. Después de la llamada del otro día pensé que ya se había cerrado esa puerta. Que no había nada que hacer aquí. Lee Siri: «El informe de conectividad es favorable». Le he vuelto a decir que me lo lea otra vez por si no lo había escuchado

bien, porque con la voz robótica hay palabras que suenan raro, a veces Siri pone acentos en palabras que no tocan. Lo he vuelto a escuchar hasta tres veces más. Entonces ¿quién me llamó el otro día para decirme que no podían hacer la instalación porque había salido negativo? A lo mejor me estoy volviendo loca y veo manipulación donde no la hay, pero todo esto me parece llamativo. Primero que si los procesos, después lo de la llamada y por último el apercibimiento. Palos a la oveja Clara que se sale del carril. ¿El programa de repoblación no tenía este objetivo? Buscaba, tal vez, algo más silencioso, ¿no? Una medalla para la institución, una ayudita para el pueblo. Al final del mensaje de la compañía de conectividad se intuía en mi pantalla reventada un botón naranja. El que me dijo aquel hombre. «Pulsa el botón naranja para contratar», lee Siri. Y me he puesto a tocar la pantalla crujida del móvil como si apagara un incendio, con la palma de la mano entera, tocando una y otra vez con el deseo de acertar en alguna de ellas. Deseando que la pantalla crujida tuviera un minúsculo resquicio de contacto, una vía de escape, un grano de esperanza, para pulsar y activar de inmediato el primer paso para el plan de refugiados que, en un alarde de ambición —hoy que la rabia me ha servido de propulsión—, voy a llamar Refugio de Sísifo. Ya lo he conceptualizado. El refugio que quiero crear en este pueblo podría ser el ejemplo de toda una cadena de activación. Utilizar mis recursos como publicista para hacer el bien y no para vender, vender, vender, cosas que nadie necesita, pero que todos quieren. Sé que no será fácil, pero si no cambiamos la forma en la que vivimos estamos muertos. No lo vemos. No lo ven. No quieren que lo veamos.

Como me he quedado algo preocupada por si no había pulsado el botón, he buscado (con la paciencia de una tortuga mientras se cargaba la página) el teléfono de atención al cliente de Netfiber y le he dicho a Siri que llamara. No han tardado en contestar. Pensaba que al ser sábado no habría nadie al otro lado, pero sí. He hablado con una señora que no sé quién era. Muy amable, muy atenta, nada Peralta. Solamente quería comprobar si el botón se había pulsado y cómo es que primero me habían dicho en aquella llamada que no era posible la

instalación y después, en ese mensaje de texto escueto, que sí podíamos iniciarla. Ella me ha confirmado lo que imaginaba: ellos no me hicieron ninguna llamada. «No consta en nuestro registro». ¿Quién se hizo pasar por ellos, entonces? No sé si llamar a Peralta y acusarle directamente. Me imagino a un becario del despacho del funcionario haciéndose pasar por los de la empresa y Peralta detrás, murmurando: «Vamos a darle un sustito para que no me traiga trabajo extra la pelirroja». En cualquier caso, no me va a parar. Nadie me va a parar. Escucho el cencerro. Ya ha llegado Ángela.

—¿Sabes quién murió el martes? —me ha dicho mientras preparábamos la masa—. La Pura. La del bar.

«De todos los muertos, es la primera que conocía», he pensado. Me he servido un vaso de vino, la mesa ha temblado, le compré una de esas garrafas blancas la última vez que pasé por allí.

—¿Quieres?

—Ponme un culín —me ha dicho Ángela chisposa—. Para lo que me queda en el convento… Por cierto, ha llegado el cura nuevo. —Los ojos se le han abierto como dos farolas.

—¿Y qué pasa?

—Es joven.

—Es el cura —le he dicho dándole un codazo. Y hemos brindado chocando los vasos descascarillados.

—Por mí —ha dicho Ángela.

—Mírala ella.

—Por mis ochenta que están al caer.

—Es verdad. La semana que viene, ¿no?

—Sí, el primero de noviembre.

—Habrá que hacer algo —le he dicho con ilusión y miedo.

—¡Pizzas! —Ha dejado el vaso en la mesa, llevaba el vestido arremangado, la piel del brazo se le ha balanceado. Ochenta años, ¿dónde estaré yo cuando tenga ochenta?

—Eso está hecho. ¿Y qué va a pasar con el bar ahora que no está Pura?

—Lo han cerrado. No creo que nadie lo coja ya.

—¿No? Qué desastre. ¿Y dónde se va a juntar ahora la gente del pueblo?

—Pues eso es lo que decían el otro día, que dónde vamos a reír, a charlar, a jugar, a bailar, a coser, a juntarnos…, si no es allí. Con lo bien que lo hemos pasado tantos años en la Tía Pura.

—¿Y nadie lo quiere? —He estirado la masa que reposaba desde ayer, Ángela ha cortado la berenjena en rodajas gruesas. Hoy la pizza ha sido estilo alto, una de las recetas del libro de *Mastering Pizza*; con berenjenas, miel y también con el queso de cabra del pueblo, esta vez uno más curado que lo habían madurado con trufa.

La hemos disfrutado, por primera vez, en la mesa pegajosa del comedor. La mesa que ahora mismo, mientras escribo esto, me queda a la espalda. Nunca la había usado. Mientras cenábamos, he encendido la tele, que está subida como un escalador al aparador de roble, el de la vitrina. Más que nada por curiosidad. No la había encendido desde que estoy aquí hace ya cuatro semanas —que son en realidad veintisiete— y probablemente no volveré a encenderla. Ángela hacía sonidos de placer mientras masticaba la pizza, como si fuera una niña. Y yo me había levantado para pulsar el botón de encendido cuando hemos escuchado un crujido enorme, un estruendo, como si se cayera la montaña rodando cuesta abajo. Era un trueno tan violento que ha hecho temblar los cristales, la tele ha dado un petardazo y se ha apagado. Todavía sigue lloviendo. Lleva ya un rato. Ángela se ha ido y ha empezado a llover más fuerte. Por cierto, esta noche cambian la hora, me ha dicho al salir. «A las dos serán las tres». «Una hora menos para llevar el presente a la sociedad frenética de mi generación», he pensado. ¿Llegaremos a tiempo? Hace muchos días que no hago lo del agradecimiento, ¿no? Madre mía, cómo cae. Escucho las gotas golpear contra las tejas y parece que hay un animal corriendo sobre el techo. Bueno. Gracias. Gracias a… a… Gracias a las piedras que se imponen para que tropiece, pero que, en realidad, me marcan de una manera nítida el camino que debo seguir. ¿Una persona sola puede cambiar el ritmo de las cosas?

Dom., 29 oct.

El intestino es el segundo cerebro y no le funciona del todo bien, me ha dicho Paula esta tarde. La he llamado, le han dado el alta. Sigue todavía con algunas pruebas pendientes, pero parece que ha sido solo un susto, un aviso. En los resultados no sale nada claro. No está todo bien, pero tampoco están mal las combinaciones de datos que dan evidencias de una enfermedad u otra. Lo único que le han dicho es que tiene el intestino inflamado.

—¿Y qué puedes hacer?

—«Pensar menos», me ha dicho una enfermera con la que he estado de cháchara estos días en el hospital. Muy maja. Dice que el intestino es un reflejo de la cabeza. Más graciosa. Vaya tontería, amiga. ¿Te imaginas?

—¿Y lo del ojo?

—Lo del ojo bien, nada, amaurosis fugaz por estrés. Por lo visto es algo cada vez más habitual, según el médico. Por una vez no es grave.

—¿Qué estás haciendo que escucho todo el rato un repiqueteo? —Me ha molestado. No me ha contestado.

—¿Me escuchas?

—Eh, sí.

—¿Qué haces? —le he insistido.

—Estoy en el sofá.

—¿Viendo algo? ¿Qué se oye?

—¿Las teclas? Estoy respondiendo unos e-mails.

—¿Mientras hablas conmigo?

—Ya, sí, perdona. Es que con tantos días en el hospital llevo muchísimo retraso.

—Bueno, pues hablamos en otro momento. —Basta.

—No, no. Espera.

Tenía ganas de colgar, de darme por vencida, de mandarla a la mierda, pero de verdad pienso que está enferma. Que no lo ve. Que esto es una enfermedad y hay que ponerle nombre. Hay que avisar al mundo de esta pandemia. Parad. Paula cree, como creía yo, como creemos casi todos, que estar todo el día enganchada al trabajo, a la pantalla, a los clientes, al hacer, hacer, hacer no es malo. Que ser productiva es algo positivo. Tiene premios. Eso es lo que nos han vendido, eso es lo que nos vendemos. No dejarnos tiempo. No me cansaré de repetirlo. Al menos mi *journal* no se queja por pesada.

—Podrías venir —le he dicho una vez más.

—¿Adónde?

—Al pueblo, podrías venir unos días aquí. Te sentaría bien. —Quizá unos días.

—¿A hacer qué?

—Nada.

—¿Y por qué no vienes tú? Una compañera me ha mandado por WhatsApp un taller al que a lo mejor me apunto.

—¿De qué es?

—Ahora que he estado así, medio de baja, me lo ha enviado por si me interesa hacerlo, que ella va a ir. A lo mejor lo hago. Si me apunto, ¿te vienes y lo hacemos juntas? Dejo a los niños y vamos. —Parece que no me ha oído.

—¿De qué es? ¿Me oyes?

—¿Eh?

—¿No me oyes?

—Se corta un poco.

—Que de qué es el taller.

—Ahora sí. De nada.

—¿Cómo qué de nada?

—Sí, se llama así. Es un taller de «nada». Tiene pinta de ser útil. Espera, que te leo el cartel que me ha enviado. —No daba crédito.

Pienso que ya es tarde. Pienso que no la voy a poder rescatar. La heroína de la productividad no le deja ver la ridiculez de lo que me estaba contando. Paula es inteligente, no se le escapa un caso. Siempre ha rezumado ingenio y agudeza. Esta droga no es una cuestión de

clases. Ni de listos o tontos. Qué simple. No es fácil. Cuando estás con el colocón no lo ves claro, eso es todo. Y solo quieres un pico más. Hasta la sobredosis.

—¿Me escuchas? —me ha dicho.

—Eh, sí. —¿Paula? Ya no era Paula. Y no he sabido si ya era tarde. Si la había engullido el dragón.

—Mira, te lo leo. Pone. «Taller acelerado de no hacer nada», miércoles 1 de noviembre de nueve de la mañana a dos de la tarde en la Pista Central del Circo Price. El 1 de noviembre es festivo —ha dicho—. Y como este año pilla mal —que pilla mal quiere decir que no podrá alargar el puente por delante o por detrás— han aprovechado para ubicarlo ese día. No está mal pensado, ¿no? —Ha ido reflexionando mientras me lo ha contado, yo no he dicho nada, es que no sabía qué decir, pero la he escuchado absolutamente quieta—. Y, mira, este es el programa, te lo leo. Tiene un diseño muy bonito, luego te lo envío si quieres, así como muy minimalista, todo beis y en medio unas letras en blanco finísimas que dicen NADA y abajo, en marroncito, la programación con las fotos de los ponentes. Mira, te lo leo, a las nueve, snacks de bienvenida y *networking*. A las diez, charla «Incrementes», de David Vilaseca, experto en productividad extrema, y pone una frase en pequeño que dice «Cómo no hacer nada contribuye a poder más». Luego «ducha de quietud», ay, ¿qué debe ser eso? Habrá que ir con ropa cómoda supongo, ¿no? A ver qué me pongo. Con Pablo Reyes, adiestrador de mentes ágiles. Ah, a este lo conozco, ¡es buenísimo! Lo sigo en LinkedIn. A ver, en pequeño pone: «El superpoder de no hacer nada cinco minutos cada hora, la técnica que acelerará tu autoliderazgo». Me encanta este hombre. Creo que me voy a apuntar. Después hay un descanso y piscolabis a cargo del catering Aire, Bocados Etéreos. Y, al volver, práctica de apnea mental con Elisabeth Llados y pone, en pequeño: «Aprende a hacer una breve interrupción del pensamiento para obstruir el cansancio cada día». Esto me hace falta. No sé en qué consistirá, pero, si sirve para obstruir el cansancio, lo necesito. Y, de cierre, pone: «Un microconcierto cápsula con Árpajo, un innovador artista musical que reproduce artificialmente, de forma magistral, el sonido de la naturaleza». Qué

original, ¿no? Y sale una foto de él dentro de una jaula enorme en la que cabe de pie, con pájaros blancos fuera, parecen palomas, como muy zen. ¿Nos apuntamos?

«¿Qué hago? ¿Cómo se lo digo?», he pensado. ¿Me entenderá? Al final he sido sincera, creo que era la única opción, poner una pared, y le he contestado que me parecía una tomadura de pelo. Se ha reído. A mí no me ha hecho ninguna gracia. Y, antes de colgar, he tirado de la única anilla que tenía a mano al decirle rotunda y con una pausa larga: «Paula, estoy aquí». Pero no se lo he dicho solo como verbo presente y adverbio de lugar biensonantes. Sino como destino de supervivencia. «Paula, ¿quieres llegar a vieja? Estoy aquí».

Lun., 30 oct.

El manitas y yo hemos estado toda la mañana trabajando en el reacondicionamiento de la casa parroquial. También ha estado por allí Ángela, que se ha ocupado del horno. Y, bueno, un montón de viejos más. Ha sido una de las mañanas más bonitas que he vivido desde que estoy aquí. Vicente, con la ayuda de un vecino, ha abierto un ventanal más grande, han quitado el fragmento de pared de piedra que separaba las dos ventanas que había y al convertirlo en un hueco enorme parece un cuadro dibujando la sierra verde que se ve detrás. Esta noche estrenaremos el horno con unas pizzas. Ángela me convenció ayer. A ver qué tal salen. Ya le he dicho que no me hago responsable. Desde que el bar está cerrado por la muerte de Pura, muchos —aquí «muchos» ya sabes que son diez— deambulan por las calles como perros abandonados, desinflados y llenos de pulgas sin el jolgorio que allí se formaba. Me lo comentó Ángela. «Qué pena, Clara». Y me propuso lo de esta noche.

—Oye, pelirroja —me dijo «peligoja», era la segunda vez que me llamaba así—, ¿por qué no hacemos unas pizzas juntas en el horno de la casa parroquial e invitamos a los del pueblo? Que está esto de un triste sin la Pura —me soltó a bocajarro con su carita celestial.

—¿Qué dices, Ángela? —Me parecía una locura—. Si no sé ni cómo va ese horno, además está todo zarrapastroso. ¿Cómo vamos a cenar allí?

—Yo sí sé usarlo.

—¿El qué?

—Ese horno.

—¿Pero cómo va?

—Con leña, no tiene complicación, mujer. Solo necesita tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—El que tenemos de sobra, tranquila. Mira —me explicó—, lo encendemos mañana temprano y lo dejamos todo el día cogiendo calor.

—Pero có…

—Tú solo tienes que encargarte de hacer la masa de las pizzas. —Dijo «pizas» como siempre y me lo pedía con los labios descolgados, sin la dentadura de abajo, solo podía mirarle la boca. Era la primera vez que venía a casa sin la dentadura de abajo y le vi las encías tiernas y desgastadas como si fuera un bebé.

—A ver, Ángela, pero dónde se va a sentar la gente si allí no hay nada. Y está todo por limpiar.

—No te pongas agria, que pareces la Clara del primer día. —Me hablaba y la veía mover la boca como si fuera una recién nacida—. Así celebramos mis ochenta, que están al caer. —Bum. Insistía como un bebé de ochenta años y al final me ha convencido. Cómo no voy a celebrar los ochenta, como quiera, donde quiera, con quien quiera, si me parece complicadísimo llegar a donde ha llegado. Llegar a vieja.

—Venga, vale . Menuda lianta estás hecha. Es imposible que me resista.

—Hay que vivir, mujer.

—Tienes razón, hay que vivir. —«Paula, hay que vivir, hay que vivir, Paula», pensaba mientras la miraba a ella.

—Y ¿sabes? Muchos de los viejos del bar —me hace gracia oírle hablar de viejos cuando son de su misma especie— no creo que hayan probado una pizza en su vida.

—Anda ya —le dije descreída.

—Eh —puso cara de soberbia graciosa, de bebé jefazo, abriendo sus ojos más de lo habitual y levantando la barbilla, me deslumbró—, no sé si habrán probado alguna, pero estoy segura de que no habrá sido tan buena como las nuestras.

—¿Nuestras? —Nos echamos a reír, ella se sujetaba la dentadura de arriba, le vi un poco la otra encía. Cómo no voy a querer a este bebé de ochenta años. Tenía razón, es verdad, ya son nuestras.

Así que por eso Vicente y yo hemos pasado toda la mañana juntos allí.

Ángela ha venido temprano a echar los troncos, a encender el fuego. Cuando hemos llegado ya había dejado allí un vecino una pila de leña —Luis, el cabrero, según me han dicho—. Y después de dejar el horno calentándose, ella se ha bajado a su casa para cortar todos los ingredientes que usaremos para las pizzas esta noche. Ha movilizado al pueblo mi querida vieja. Estábamos allí Vicente y yo y ha empezado a entrar uno y otro trayendo mesas, sillas, vasos de cristal, cuchillos, una garrafa de vino, manteles blancos, escobas, sartenes…, hasta sábanas, ¿sábanas para qué?, han traído de todo. Y hasta se ha pasado Pepa, la de la tienda, que nunca la había visto fuera del mostrador, qué bajita es, ha traído su radio «para que podamos bailar un poquito esta noche».

—¿Has visto, Clarita? —me ha dicho Vicente—. Aquí todos arriman el hombro. Sí. —He podido ver lo orgulloso que se sentía de este pueblo en esos ojos pequeños y almendrados.

—Es que estoy alucinando —le he dicho mientras anudaba una guirnalda de luces que han traído de cuando hacen las fiestas de verano en la plaza.

Se ha reído. El palillo se le ha movido por todas partes.

—No, en serio. Parece que han venido de un programa de esos de la tele a hacer un cambio radical de la casa en unas horas —le he dicho impresionada mientras enchufaba las luces para ver cómo quedan.

—¿Y aquí qué vas a haser?

—¿Dónde, en la cocina? —Estábamos él y yo sentados en el banco tosco de la cocina.

—No, *xiqueta*, aquí en la casa parroquial. Sí.

—Ya lo sabes, ¿no? —le he dicho con media sonrisa—. Te lo habrá contado Ángela o alguien del pueblo.

—Bueno, aquí todo se sabe, sí. ¿Y quién va a venir?

—¿A vivir? Todavía no lo sé. Ojalá vaya bien. Hay mucho que hacer, pero me gustaría en la fase inicial —le he explicado— dirigirme a personas con trabajos en el ámbito digital que, además de soportar la inercia del mundo, viven aisladas, consumidas y presionadas por la velocidad del medio. Además, es el entorno en el que yo me he movido en Madrid, por lo que al principio podría comentárselo a

conocidos y a partir de ahí, poco a poco, ir abriéndolo a otros entornos con el mismo problema.

—¿Y son buena gente?

—Sí, claro, a ver, son personas ambiciosas que viven de su talento como… No sé. Desarrolladores web, diseñadores, analistas de datos…

—Ah, ¿eso es lo de mi hijo? —Se le han iluminado los ojos como dos faros en la niebla.

—Sí, analistas de datos, como tu hijo. Por eso es tan importante dar un paso adelante con la instalación de internet. No es para nada malo si se usa bien, es solo la herramienta que necesitan, como tú necesitas este martillo con el que has abierto esa ventana.

Mientras escribo esto acaba de llegar Ángela cargada con dos bolsas enormes. ¿Ya son las cinco? Habíamos quedado a las cinco para ir para allá. Qué graciosa, parece que va a volcar tan chupada como está y con esos dos bolsones colgándole de las manos. Voy a ayudarla. Luego si me apetece sigo escribiendo, que creo que hoy es un día para no saltarme lo de agradecer. Al menos eso.

Son más de las doce. Ha sido la mejor noche desde que… Iba a poner desde que estoy aquí, pero creo que ha sido la mejor noche de mi vida. No exagero. Me he sentido arropada. Rodeada y caliente con los kilos de piel que les sobran a mis amigos aquí. Espera. Estaba pensando que no sé si poner esto que escribo en el día de hoy o debería ir ya en el de mañana. ¿Cómo debería ir? Ya son más de las doce. Bueno, da igual. Lo dejo aquí porque para mí hasta que no duerma sigue siendo el mismo día, qué más da la hora. Una vieja, de las que cose en el bar, ha preparado una tarta enorme, de dos pisos, para que le pusiéramos las ochenta velas a Ángela. Ya adelanto que no ha sido buena idea. Qué risas. Aquello parecía una antorcha. Imagina, ochenta velas. Y antes de soplar, riéndose y sujetándose los dientes, me ha mirado, yo estaba justo en frente y me ha señalado. ¿Qué habrá pedido? Cuando Ángela me mira lo veo todo más claro. No sé explicar por qué, pero me pasa. Me hace sentir que estoy donde tengo que

estar, ni atrás ni tres pasos por delante de lo que puedo. Cuando ya volvíamos hacia casa, me ha preguntado por esto. Me miraba pensativa y cuando se ha parado a descansar un momento me ha dicho:

—Eso que escribes siempre, ¿qué es? ¿Un libro?

—No, qué va. Practico el *journaling*.

—¿Y eso para qué sirve?

—Cuando empecé, hace un mes, lo hice porque había leído que te hace estar en el presente.

—Vaya —ha respondido como un muelle—, si no se puede estar en ninguna otra parte.

—No te creas.

—¿Y qué escribes ahí?

—Escribo lo que pienso, así como me viene, y, bueno, me ayuda a aclararme. Lo que me pasa aquí, lo que quiero hacer. Tú sales, y también Vicente —ha puesto cara de una niña con arrugas—; de hecho, es probable que esta conversación la escriba después cuando llegue.

—Anda, mujer. —Le ha hecho ilusión—. ¿Y qué dices de mí ahí?

—Cosas.

—«Cosas» no es nada.

—Ya, bueno. Pues lo que vivimos juntas, no sé, todo lo que pasa aquí —he dicho señalando mi casa, ya habíamos llegado—, y me desahogo hablando de los problemas de mi generación, de lo que me preocupa, reflexiones, algunas conclusiones a las que he llegado, cosas de las que me he dado cuenta, cómo podría ayudar, lo del refugio…

—¿Y por qué no lo publicas? —me ha cortado.

—¿Cómo lo voy a publicar? ¿Estás loca? —Me he reído y una cabra ha gritado en el silencio de la noche—. Eso es algo mío, solo para mí.

—Qué egoísta, ¿no? —No he sabido si lo decía de broma o iba en serio, creo que lo ha dicho en serio y me ha hecho pensar si lo era—. ¿No crees que podría ayudar a alguien? Así podrían ver este pueblo a través de tus ojos —ha insistido.

—No está escrito para eso. Estas cosas no se publican, Ángela. Además, será a través de los tuyos —he sentenciado dubitativa.

—Bueno, vale, no te pongas arisca, mujer. Pero ¿yo lo podré leer?

—Tampoco. —La cotilla del pueblo. Me ha pellizcado el brazo con sus manos heladas. Me he reído y ella se ha reído y se ha ido con los pasos cortos y lentos sobre esos zapatos de caballo hacia su casa, sujetándose los dientes.

Si hay unos ojos que no son los míos leyendo esto es que le hice caso, ¿te imaginas? Bueno, ahora en serio. Gracias a… Sí. Ya sé. Agradezco haber estado haciendo *scroll* en el móvil aquella noche en la que vi el anuncio del programa de repoblación. Agradezco estar hoy aquí en la nada. Agradezco haber cumplido el primer mes aquí.

Mar., 31 oct.

Es muy temprano. Me ha despertado el perro ladrando sin parar. Sonaba fuerte y grave, amplificado con el eco de la montaña. Así que me he sentado a escribir. El sol entra naranja y caramelizado por la ventana de la salita. Me acaricia suave un lado de la cara. Noto ligeramente el calor. Es agradable. Ya empieza a hacer frío aquí en la sierra. Especialmente por las mañanas que amanece el jardín cubierto de una fina capa de rocío. Están sonando las campanas. Otra vez. Una y otra. Espaciadas. He abierto el ordenador porque quería apuntar unas notas de los siguientes pasos para ir dándole forma al proyecto. Estoy deseando que los de Netfiber me confirmen que finalmente vendrán a hacer la instalación. En principio solo me queda saber el día. Vendrán, ¿no? Espero que vengan y cumplan. Al fin y al cabo, cuando hablé con aquella señora que me contestó al teléfono me dijo que, si no había novedades, podían hacerlo. Creo en la palabra de los voluntarios. A no ser que sean voluntarios que cobran de la Generalitat, porque entonces ya no lo hacen a voluntad, ¿no? Bueno, confiemos en que todo saldrá bien. En que podré activarlo de una forma u otra. Estoy preparando un documento, algo ligero, explicando el proyecto del Refugio de Sísifo, se lo enviaré a mi compañera del *coworking* por si quiere colgarlo allí en el tablón o mejor dárselo de una manera más discreta a las personas que crea que lo pueden necesitar. Quiero introducirlo poco a poco porque sé que puede crear mucho rechazo al principio, mira Paula. Sé que es difícil dejarlo, porque existe el miedo a ser discriminados. Seguramente, al principio seremos apuntados con el dedo por la sociedad inconsciente, pero espero que llegue un momento en el que podamos salir a la calle sin miedo al juicio. Mostrarnos sin tapujos, enfermos, cansados. Porque ese será el primer paso para sanar, para recuperar el espíritu de

nuestra generación. Una generación llena de talento y energía que nos fuimos desgastando por exceso. Espero que podamos reconocerlo, bajar las revoluciones con orgullo y sin escondernos. Sin que eso nos haga sentir marginados o reprimidos, menos capaces. Sé que tengo que ser cauta. Iré accionando canales de comunicación poco a poco. Primero de una forma privada. Nos va la vida en ello. Espera. Hay una carta detrás de la puerta, no la había visto.

Tengo que pagar una multa de tres mil euros por la penalización. Eso es lo que me ha comunicado Peralta a través de esta carta. Creo que debió de llegar ayer. Se ve que al arrastrar la puerta para abrir se quedó enganchada abajo y ha debido de estar allí escondida hasta ahora. Al principio me ha hecho hasta ilusión, ¿una carta? No paran de sonar las campanas. Pone: «Le comunicamos que el departamento responsable del Programa de Repoblación de la Generalitat Valenciana ha decidido sancionarla por mala conducta…», y sigue: «… rescindimos el contrato con la señora Clara Soto…», y pone mi DNI y mi fecha de nacimiento, «… por no haber superado el primer mes». Suenan sin parar. Espaciadas. Una y otra vez. ¿Eso quiere decir que ahora ya no tengo un contrato que cumplir pero soy libre para hacer lo que quiera aquí? Va a ser lo mejor. Ya no estoy sola en esto. No me siento sola en esto. Aunque los tres mil euros de penalización me escuecen, no lo voy a negar. A ver. Vamos a ver. Si este mes cobro dos mil, porque supongo que los cobraré, ¿no?, y me penalizan con tres mil, el haber estado aquí este primer mes me sale a menos mil de dinero, pero he ganado mucho más que solo dinero. Mucho más. Dónde va a parar. ¿Me dejarán pagarlo a plazos? Me da rabia. Pero, como toda rabia, me da fuerzas. No voy a parar. No paran las campanas. «Tocan a muerto», diría Ángela. Por cierto, todavía no ha venido a golpear con sus nudillos puntiagudos el cristal. ¿Se habrá quedado dormida después de la fiesta de ayer mi querida vieja? Espera un momento. Hay un perro enorme y negro ladrando en el jardín.

Agradecimientos

Agradezco a Ana Lozano por estar siempre al otro lado (tan cerca), por entenderme en las dudas, abrazarme en la inquietud y en la alegría con esa voz que arropa. Gracias a Gonzalo Albert porque sin él (y sin Marta) nada de esto existiría. Agradezco todos los audios zurcidos de cariño, por alimentar mis ganas continuas de escribir. Me siento agradecida por el equipo editorial que me rodea. Gracias a Irene Gómez por agitarlo todo, a Candela Piñeiro por hacer real con sus dedos (que son pinceles) la cubierta, por ponerle cara y ojos, manos y cuerpo a Ángela de una forma preciosa. Agradezco a mi familia (y a la suerte) por tenerlos bien y sentirlos de fondo como una hoguera que reconforta y que me permite aguantar encerrada tantas tardes y noches sin sobresaltos. Petita, Paula, Jaimes, Nara, Ismael. No podría hacer nada sin esa calma indirecta que son, mientras atravieso la incertidumbre que supone crear una nueva historia. Gracias, Roqueta Family, porque a veces esta pasión le pasa por encima a los domingos de paella y jolgorio. Agradezco cada mensaje de Alejandra, todos sus «cómo estás, cómo vas». Por entenderme como nadie. Como nadie. Por vivir en paralelo. Por la ilusión con mi ilusión. (Gracias también a Bruna, por hacerme creer en los pequeños grandes milagros). Bailaremos. Gracias a Roberto por ayudarme a ver la oscuridad, hay tantísima claridad allí. Agradezco a mi amigo Marcos por haber vuelto, aunque nunca se había ido. Por estar en el final de esta historia, por haber estado desde el principio en mi vida. A Vivi porque volverá. A Tess y a Julia por estar siempre en el horizonte. A Marieta y a Júlia. Agradezco a Génova por ser mi pueblo-barrio, que nada tiene que ver con el que dibujo en esta novela, pero que sí me ha ayudado a entender, explicar y reflexionar muchas cosas. Por vivir siempre conmigo aunque yo ya no viva allí.

Gracias, muchas, muchísimas gracias a todas las viejas de mi vida: a las abuelas (que ya no están) de mis amigos: Foquita, Obdulia. A mi abuela. A mis abuelas. Porque para todas ellas va esta novela.

Agradezco aquellas mañanas de instituto (Joan Alcover, Palma) con mi profesora de literatura, Antonia Andreu. Agradezco una mañana en concreto en la que me inoculó, sin saberlo (yo también me daría cuenta muchos años después), el amor por la lectura y la escritura. Ella recitó en clase como un colibrí batiendo sus alas el «A veces» de José Agustín Goytisolo, y yo no he podido olvidarlo jamás.

Y agradezco también, especialmente este año, a mi cuerpo y a mi cabeza, a mis manos y a mi inconsciencia, por permitirme llegar hasta aquí. Aunque a veces tenía dudas (y miedo), ha ganado la ilusión. Agradezco con el corazón y el alma a Jaime, mi amor, por abrir los brazos y dejar todo el espacio que hace falta para que quepa esta locura que me hace feliz. Por aguantar como nadie las turras sobre esta historia. Sobre cualquier historia. Sobre la vida. Por querer hacer la vida conmigo. Acurrucarme en tu pecho es mi Refugio de Sísifo.

Y, por último, agradezco a Clara, que ha ocupado mi pensamiento tantos meses. A Ángela, a Visente, a Peralta y a Paula. Me ha encantado conocerlos y vivirlos a través de esta historia que siento real. Agradezco profundamente todo lo que me han enseñado. Voy a echar de menos los días en los que los tenía horas y horas entre los dedos.

Pero, sobre todo, gracias a ti, que recorres con tus ojos estas palabras. Gracias por leer esta novela. Por sentirla tuya a ratos, por pensar en regalársela a una amiga. Por sufrirla y disfrutarla. Por leer. Gracias por pararte y leer. Gracias por mirar al presente dejando el futuro siempre para más adelante.

Gracias, gracias, gracias.

¿Podemos vivir a otro ritmo o llegamos tarde?



Clara, agotada a sus treinta y siete años, encuentra una oportunidad para no pagar los desorbitados alquileres de Madrid: vivir en un pueblo de la sierra de Alicante con todos los gastos pagados. Pero nada es gratis, y a cambio tendrá que pensar maneras para conseguir repoblarlo. Ese es el contrato que ha firmado. Allí conocerá a Ángela, una vieja de setenta y nueve años que le hará cuestionarse la forma en la que ve la vida.

Ojos color limón es un pueblo. Es una vieja. Una oportunidad. Una amiga. Y es escapar del ruido. Es masa de pizza. Es volver a empezar. Ojos color limón es Ángela y también es Clara. Y todos los años que tienen entremedias. Este libro es tiempo. Una novela para volver al pueblo (y respirar).

¿Es verdad que existe un botón naranja con el que parar el mundo?

¿Dónde está?

Marta Simonet nació el verano de 1983 en Mallorca. Es comunicadora y ha desarrollado su carrera delante y detrás de las cámaras en diferentes medios y agencias de *branded content*. Actualmente codirige la agencia creativa de contenidos digitales Banquete de ideas. Su deseo siempre ha sido escribir, escribir y escribir, y sueña con hacerse vieja escribiendo en una casa pequeña de cristaleras enormes encaramada en la sierra de Tramontana, por eso escribe sin parar desde los quince años. Debutó con *Azul salado* de la mano de Suma de Letras. *Ojos color limón* es su segunda novela.



Primera edición: septiembre de 2024

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © Candela Piñeiro

ISBN: 978-84-1025-760-3

Compuesto en punktokomo.com

Facebook: penguinebooks
X: @sumadeletras
Instagram: @sumadeletrased
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

Índice